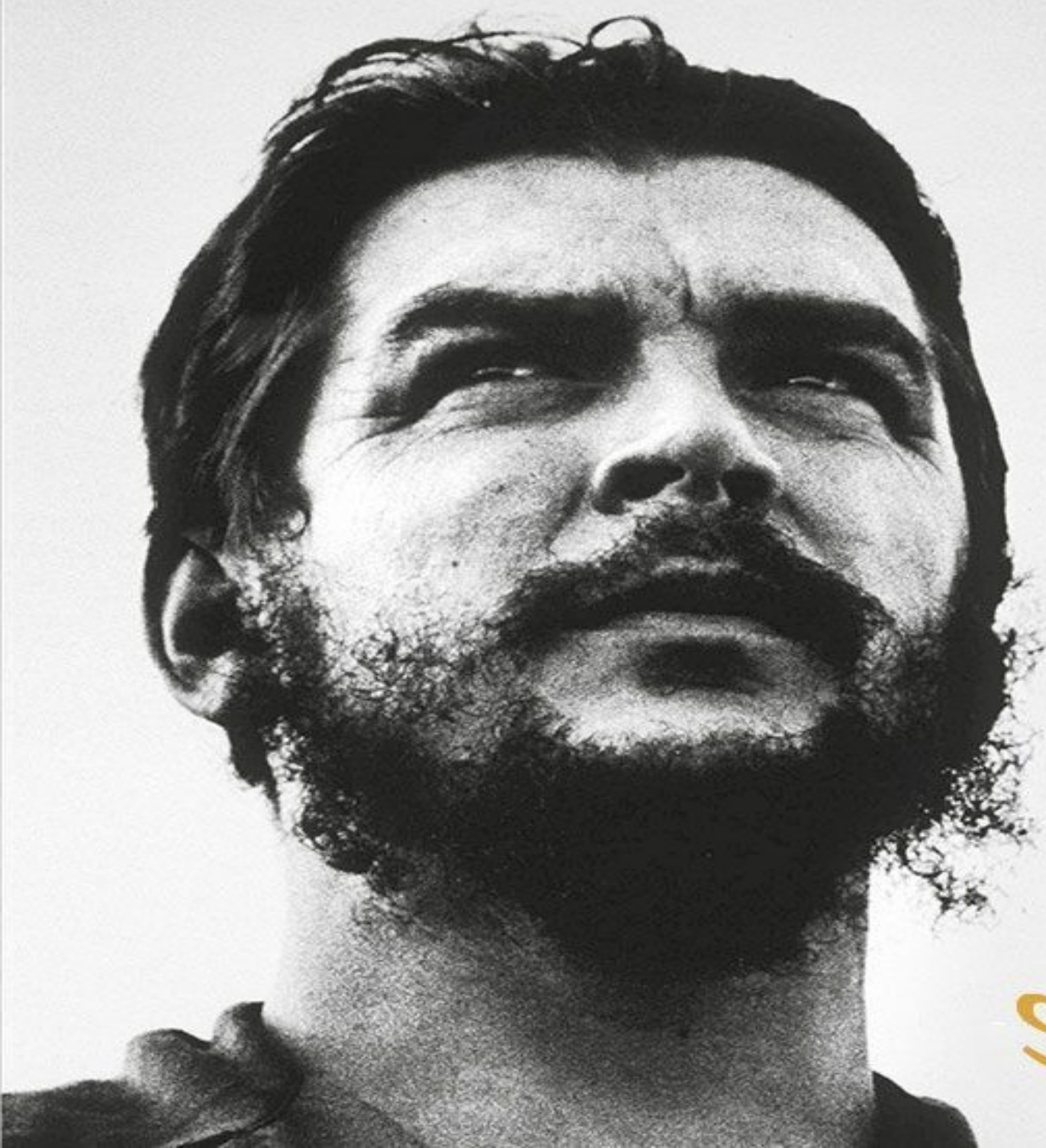


JJ BENÍTEZ

“Tengo a papá”

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL CHE



se

El 8 de octubre de 1967, Ernesto *Che* Guevara fue capturado por el ejército boliviano en las proximidades de la aldea de La Higuera, al sudeste de Bolivia. Al día siguiente lo fusilaron sin juicio previo. Transcurrido medio siglo desde aquel suceso, la opinión pública sigue dividida. ¿Fue el Che un héroe? ¿O se trataba de un asesino despiadado a la cabeza de una banda de guerrilleros comunistas?

J. J. Benítez, gracias a su predilección por personajes malditos, ha dedicado seis años de investigación para tratar de averiguar qué sucedió en las últimas horas del mítico guerrillero argentino y a quién cabe atribuir su muerte.

Una obra desmitificadora que nos descubrirá quién ordenó matar al Che, cuál era su cara oculta o cuál es el verdadero paradero de su cuerpo, entre muchos otros misterios alrededor de su figura.



J. J. Benítez

Tengo a papá

ePub r1.0

NoTanMalo 5.10.17

Título original: *Tengo a papá*
J. J. Benítez, 2017

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2



Al doctor Aldrich y a Virgilio Sánchez-
Ocejo, que me pusieron tras la pista
de Mendi.

*La verdad de un día no es la de
siempre.*

ERNESTO CHE GUEVARA



En diciembre de 2011 conocí en Estados Unidos a un exagente de la CIA (Agencia Central de Inteligencia) al que llamaré *Mendi*.

A la conversación con Mendi asistieron Blanca, mi esposa, el investigador Virgilio Sánchez-Ocejo y Roberto Torricella, amigo del exagente.

La información proporcionada por Mendi me interesó vivamente: en 1967 fue testigo de excepción de la muerte del Che Guevara en una aldea del sureste de Bolivia.

A partir de esa entrevista me dediqué a investigar los pasos del célebre médico argentino durante su estancia en el país suramericano.

El instinto no me engañó. Los hechos fueron más dramáticos de lo que se contó en su momento.

A partir de esas informaciones he ordenado los sucesos que tuvieron lugar antes y después del 9 de octubre de 1967 en La Higuera (Bolivia).

El lector, como siempre, sabrá sacar conclusiones.

La totalidad de la información procede de tres grandes fuentes:

- El diario de Roselló, uno de los guerrilleros que acompañó al Che desde la Sierra Maestra, en Cuba, hasta su muerte.
- El diario de Saturno, uno de los oficiales del ejército boliviano que participó en la captura del célebre guerrillero.

– El diario de Mendi, entonces (1967) agente de la CIA.
El autor ha consultado otras muchas fuentes...



Nada de lo planeado salió como se esperaba... ¿Fue un desastre minuciosamente planificado? Yo así lo creo.

Pero mejor será que arranque por el principio.

Conocí al Che en la Sierra Maestra, en plena revolución. Yo tenía dieciocho años.

Era un guajiro, un campesino. Allí había nacido. Allí perdí a mis padres. Y allí me casé. Mi esposa se llamaba Mami. Era igualmente guajira y muy bella.

Pero un día llegaron unos soldados de la Guardia Rural, al servicio de Batista, y nos acusaron de no sé qué. Arrastraron a Mami hasta el monte y allí la mataron, a tiros. Y la dejaron como un animal, entre las matas. Solo tenía quince años.

A partir de esos momentos decidí vengarme de Batista.

Pero ¿cómo? Yo era analfabeto. Ni siquiera tenía un arma.

Y supe que unos barbudos andaban por la sierra, en lucha contra Batista, el dictador. Era el mes de enero de 1957.

Me acogieron y me hablaron de la revolución. Pero yo no sabía qué era eso. Yo solo deseaba vengarme.

Y conocí a Camilo Cienfuegos, uno de los comandantes. Le caí bien y se convirtió en mi tutor. Él me enseñó a disparar. Con él hice muchos combates. Después conocí a Fidel y también al Che. Pero ninguno de los dos se parecía a Camilo. Mi tutor era sencillo. Usaba

palabras cubanas y comprensibles. Siempre sonreía. El Che era otra cosa, mucho más serio y de palabras raras.

Con el paso del tiempo me convertiría en uno de sus compañeros y guardaespaldas. Y acompañé al Che a otros frentes guerrilleros. Peleé a su lado en el Congo, durante siete meses, y por último en Bolivia, hasta que le mataron. Sé, por tanto, de qué hablo.

ARGEL: LA MOSCA EN LA SOPA

Poco a poco, tras la victoria de la revolución, las diferencias entre Fidel y el Che fueron aumentando. Todos lo sabíamos en Cuba... Todos lo veíamos. Y todos intuíamos el resultado: uno de los dos sobraba.

Fidel y su hermano Raúl eran prorrusos. Moscú nos daba de comer. En aquel tiempo, las inversiones soviéticas en la isla superaban los cien millones de dólares anuales.

El Che tenía otras ideas y, sobre todo, otros sentimientos.

Su credo era el maoísmo. Predicaba el «hombre nuevo socialista». Un hombre que aplastara al imperialismo norteamericano y que engendrara una nueva sociedad. Y para ello solo había un camino: la guerra.

La «coexistencia pacífica» defendida por los rusos era un insulto.

Así nació la vergonzosa prisión de Guanahacabibes, en la provincia de Pinar del Río. Allí fueron reclusos los que habían cometido faltas contra la moral revolucionaria y contra el «hombre nuevo». El Che fue un importante defensor del «centro de reeducación», como lo llamaban eufemísticamente. Y encerró a toda clase de artistas, homosexuales, católicos, místicos, santeros, drogadictos e, incluso, seguidores de los Beatles.

Y llegó el 25 de febrero de 1964.

El Che subió a la tribuna, en el II Seminario Económico de la Solidaridad Afroasiática, celebrado en la ciudad de Argel y, sin consultarlo con Fidel Castro, desnudó a Moscú, ante el regocijo de Occidente.

«Los soviéticos —clamó en francés— negocian su apoyo a las revoluciones populares en beneficio de una política ajena, egoísta, alejada de los grandes objetivos internacionales de la clase obrera...».

Y añadió, en mitad de un silencio de muerte:

«... Los países socialistas (Moscú) son cómplices de la explotación imperialista».

Los rusos se sintieron avergonzados e indignados.

Y el Che prosiguió su discurso, calificando a los soviéticos de «ladrones y traidores», entre otras lindezas.

Cuando el Che regresó a Cuba, Fidel Castro y el «rebelde» se encerraron durante tres horas. Los gritos se oían en el jardín.

Fue en mitad de esa bronca cuando Fidel ordenó que hiciera la maleta y abandonara la isla. Podía volver a su mundo irreal de la guerra de guerrillas. Y sugirió el Congo.

La inteligencia cubana, con el célebre Barbarroja al frente, prometió que la aventura en el Congo se prolongaría durante dos años. En ese tiempo, el Departamento de la Liberación (organismo dedicado a la organización de guerrillas revolucionarias en América) pondría a punto la infraestructura necesaria para trasladar al Che a un país de América del Sur.

«La lucha en el Congo —aseguró Piñeiro, jefe de los servicios de inteligencia cubanos— servirá para endurecer a los combatientes que acompañarán en su día al Che a la guerra de guerrillas de Sudamérica».

Y el mencionado Departamento de Liberación (la cloaca de las cloacas del Ministerio del Interior) puso manos a la obra: el Che moriría como un héroe.

Estábamos en marzo de 1964.

No debemos olvidar esa fecha.

Por encargo de Fidel, Manuel Piñeiro, alias *Barbarroja*, y sus hombres iniciaron una operación secreta para hacer desaparecer al incómodo Che. Pero había que hacerlo con tacto e inteligencia, de forma que la «caída» lo convirtiera, además, en un mito.

Fidel, naturalmente, informó a los rusos.

La suerte del Che estaba echada... Tarde o temprano caería.
Esa fue la exigencia de Moscú para seguir subvencionando a Cuba.

UNA PATADA A LA RADIO

La campaña guerrillera en el Congo fue un desastre total.

Nada salió como esperábamos.

Y allí descubrí a un Che que no conocía. Se volvió vulgar, grosero, intransigente y déspota.

Maltrató a los combatientes congoleños y, por supuesto, a nosotros, los cubanos. Yo empecé a tenerle miedo.

Nos preguntamos más de una vez qué pintábamos en aquel país. Y llegamos a insinuárselo. Pero el Che se burlaba de nosotros o nos castigaba con guardias y reducía las raciones de comida.

El 3 de octubre de 1965, días antes de nuestra vergonzosa huida del Congo, el Che estaba oyendo la radio. Y, de pronto, escuchamos a Fidel. Hablaba ante el Congreso del Partido Comunista Cubano. Fidel leyó una carta del Che. Mejor dicho, una supuesta carta. En el texto, el Che se despedía de Cuba, de su nacionalidad cubana, de sus cargos y de sus hijos. Nos quedamos perplejos.

¿Qué dijo el Che? Nada y todo. Se volvió hacia la radio y lanzó una patada. Pero no alcanzó el aparato. Fidel lo tenía todo calculado...

LAS GUERRITAS DEL CHE

El 24 de octubre de 1965, amparados en la oscuridad, cruzamos el lago Tanganica y huimos. Allí quedaron, abandonados, los rebeldes congoleños y algunos de mis compañeros cubanos.

El Che se refugió en la embajada cubana en Dar es Salam, en Tanzania.

Le ofrecieron regresar a Cuba, pero se negó. Estaba avergonzado e histérico. Todo había salido mal. Su prestigio estaba por los suelos. Fidel había leído una carta que —según el Che— «nunca escribió». No podía retornar a la isla. A no ser que...

Y Fidel lo engañó de nuevo.

Barbarroja se comunicó con el Che y le hizo ver que tenía varias «ofertas para sus guerritas».

Naturalmente, Barbarroja era la voz de su amo (Fidel).

Una de las propuestas fue Bolivia (!).

Pero el Che la rechazó. Él deseaba guerrear en Perú.

El Departamento de Liberación terminó convenciéndolo. Bolivia era el «puente» para el sueño dorado del Che: iniciar la guerrilla en su querida y añorada Argentina.

¿Qué le dijeron? ¿Qué le prometieron? Solo Fidel y los hombres de la inteligencia cubana lo saben.

La cuestión es que, en marzo de 1966, el Che huyó de Tanzania y voló a Praga. Allí permaneció escondido.

Regresaría a Cuba el 21 de julio y de riguroso incógnito.

Pero antes de su retorno a la isla pasaron cosas.

Algunas muy graves y significativas.

Fidel y su fiel Barbarroja se reunieron con el secretario general del Partido Comunista de Bolivia, Mario Monje.

En la primera entrevista, en enero de 1966, Fidel Castro sondeó las intenciones de Monje. ¿Estaba dispuesto a colaborar en la guerra de guerrillas en Bolivia? Monje dijo que sí y quedó en enviar bolivianos a Cuba para su adiestramiento.

Aparentemente, Monje mordió el anzuelo. El diabólico plan de Castro siguió su camino.

En mayo de ese mismo año —cuando el Che se encontraba oculto en Praga—, Fidel volvió a convocar al secretario del Partido Comunista de Bolivia. En un vuelo de Camagüey a La Habana, Fidel conversó con Monje y le dijo, textualmente: «... Resulta que un amigo común quiere volver a su país... Alguien cuyo calibre revolucionario nadie puede poner en tela de juicio... Y nadie puede negarle el derecho de regresar a su país... Él piensa que el mejor lugar por donde pasar es Bolivia... Te pido que le ayudes a pasar por tu país».

Monje adivinó de inmediato que el «amigo común» era el Che Guevara. Y aceptó, naturalmente.

Fidel lo engañó de nuevo. No se trataba de llegar a Argentina por Bolivia. Eso, de ser cierto, lo hubiera podido llevar a cabo por cualquier otro camino.

Pero Monje no era tan necio como calculaban Fidel y sus fieles hombres de la inteligencia cubana. Y el secretario del Partido Comunista Boliviano voló a Moscú e informó de los planes de Fidel.

Estaba claro. Fidel pretendía deshacerse de su «amigo» y los rusos aplaudieron en silencio.

Y la operación «Mameluco» siguió su curso...

LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

En julio de ese año (1966), el Che ingresó en Cuba. Nadie lo supo, salvo Fidel, los hombres de Barbarroja y Aleida March, su segunda esposa.

¿Qué le propusieron al Che?

Muy simple: establecer la guerrilla en Argentina, pero antes debía establecer las condiciones desde Bolivia. Allí reuniría a una fuerza importante subversiva y, poco a poco, los guerrilleros serían lanzados a los países fronterizos: Brasil, Perú, Venezuela y Argentina, naturalmente. Él, entonces, pasaría a Argentina y se haría con el poder. Esta situación —según el Che— provocaría la inmediata intervención de Estados Unidos en cada uno de los países. Y ello llevaría al enfrentamiento entre Oriente y Occidente. Rusia y China combatirían a USA y a sus aliados y estallaría la tercera guerra mundial. Sería la victoria del «hombre nuevo socialista».

Así se lo pintaron al ingenuo Che. Y este aceptó encantado.

LA BELLA TANIA

En septiembre de 1966, el Che envió a La Paz a *la bella Tania*, alias de Tamara Bunke Bider, una agente triple, al servicio de la temida Stasi (policía política de Alemania del Este), del KGB ruso y de la no menos temida inteligencia de Cuba.

Tania tenía veintinueve años. Era rubia, de bellísimos ojos verde-azulados, atlética, experta en tiro deportivo y conocedora de varias lenguas. Había nacido en Buenos Aires, aunque de madre alemana. En 1960 llegó a Cuba como traductora y se hizo amante del Che.

El objetivo del Che era reunir un máximo de información sobre las autoridades bolivianas y conseguir que Tania empezara a preparar la infraestructura ciudadana para la guerrilla.

La valiente y hermosa espía hizo bien su trabajo y llegó a ser la amante del general Barrientos, presidente de la República.

Pocos días antes de la llegada de Tania a La Paz, el 26 de agosto, dos bolivianos del Partido Comunista compraron una finca en la región de Ñancahuazú, al sur de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, en el sureste boliviano. Se hicieron pasar por ganaderos y pagaron, en metálico, 10 000 pesos bolivianos. El dinero, por supuesto, procedía de Cuba. La propiedad abarcaba una extensión de 1227 hectáreas.

El Che no estuvo de acuerdo con la compra de la referida finca. Él prefería un terreno en el Alto Beni, en la amazonia boliviana. Ñancahuazú era un lugar despoblado, perdido entre montañas y muy mal comunicado. Pero Barbarroja terminó convenciendo al Che. Era el lugar ideal para su destrucción, aunque esto último fue

considerado «secreto de Estado». Sospecho que el Che nunca supo de las sucias maniobras de su «amigo» Fidel.

Y los hombres del Departamento de Liberación, con Barbarroja a la cabeza, siguieron trazando los planes para el asentamiento y desarrollo de la guerrilla del Che en los bosques de Ñancahuazú.

25 000 PELOS

En aquel verano de 1966, siguiendo las consignas de Barbarroja, un escogido grupo de combatientes cubanos fuimos convocados al despacho de Raúl Castro, entonces ministro del Ejército. Allí llegaron viejos amigos: todos habían luchado con Fidel en la Sierra Maestra. Conté quince^[1].

Raúl fue muy escueto. Nos dijo que habíamos sido seleccionados «para una misión muy importante».

Nos dio la mano y se despidió.

¿Una misión importante?

Ya lo creo que lo era: nos llevaron a una muerte segura y planificada, pero, sobre todo, organizaron la «desaparición» del Che. Los rusos quedaron muy satisfechos.

A partir de ese momento nos metieron en un camión y nos llevaron a una finca propiedad del Estado, al oeste del país, entre los pueblos de Cabaña y Artemisa, en el arranque de la sierra del Rosario.

Allí nos entrenamos duramente durante 85 días.

Y una mañana sucedió algo poco común...

Nos metieron en el mismo camión y nos trasladaron a un lugar llamado San Andrés de Taiguanabo, en la sierra de los Órganos.

Nos detuvimos frente a una casa señorial, con piscina. Y nos hicieron formar.

Al poco se presentó un tipo muy bien trajeado, con los zapatos brillantes y unos espejuelos (gafas) de cristales gruesos. Era casi calvo.

Caminó despacio hasta nosotros y pasó revista.

Fumaba en pipa; una pipa de plata.

Y pensé: «¿Este sujeto será nuestro comandante? Parece un burócrata o un hombre de negocios».

Tomashevich, que era nuestro comandante en los entrenamientos, se dirigió al personaje de la pipa y declaró:

—Doctor, estos son los hombres de los que le habló Fidel. A ver qué le parecen.

El individuo continuó observándonos. Su mirada, ahora, era burlona.

Finalmente replicó, de manera que todos pudiéramos oírle:

—A mí me parecen unos comemierdas...

Nos enfadamos, y mucho.

Y el tipo se acercó y nos dio la mano, uno por uno. Al hacerlo comentaba:

—Mucho gusto. Ramón...

Al terminar, Tomashevich volvió a preguntar:

—¿Qué le parecen ahora?

—Siguen siendo los mismos comemierdas...

El silencio fue total. Nos lo comíamos con la mirada. ¿Quién era aquel miserable para insultarnos?

Después se detuvo frente al comandante Sánchez Díaz y le dijo:

—Yo a ti te conozco...

—Es imposible que usted me conozca.

—¿Tú no eres el comandante Pinares?

Estábamos desconcertados. Y el de la pipa de plata prosiguió:

—Tú eres aquel que, cuando la crisis de octubre, andaba por aquí, por Pinar del Río, en un *jeep* todo destartado, metiéndoles mentiras a los campesinos.

El comandante Pinares se sintió ofendido y adoptó una pose agresiva, aunque bastante cómica. Y terminamos riendo. El de la pipa también reía. Uno de nosotros —creo que fue el Rubio— se salió de la formación y, enfadadísimo, agarró al tipo por el cuello, al tiempo que gritaba:

—¡Coño, qué bicho eres tú!

Y, de pronto, el Rubio, sin soltar el cuello del doctor, exclamó:

—¡Coño, muchachos, es el Che!

Fue una prueba. La metamorfosis fue tal que no lo reconocimos.

Los especialistas de la inteligencia cubana hicieron un buen trabajo. Para empezar le arrancaron parte de la cabellera, con el fin de simular la calvicie. Necesariamente, el experto en fisonomía tuvo que arrancar pelo por pelo. Los chillidos del Che se oían en todo el edificio. En total fueron arrancados 25 000 cabellos (que fueron religiosamente guardados en una caja fuerte). La operación se prolongó durante diecisiete días. También le sembraron nuevas cejas y le colocaron varias prótesis dentales que deformaron sensiblemente la cara. Además de los espejuelos se redujo la estatura, fabricando unos zapatos especiales, sin tacón.

El resultado, como digo, fue espectacular.

El día de la despedida de sus hijos fue especialmente amargo para el Che. Ninguno de ellos lo reconoció. Él se hizo pasar por el «tío Ramón». La despedida fue fría, sin besos ni abrazos. El Che saludó con la mano y se alejó. Después, Aleida, la esposa, lloró desconsoladamente. Ella supo que no volvería a verlo.

La despedida de Fidel fue extraña. Se abrazaron brevemente y se desearon suerte. Ambos sabían que no volverían a verse.

Fidel es un consumado actor y supo disimular.

Conviene aclarar que el Che no se hallaba al mando de esta nueva operación. Las decisiones capitales, la infraestructura, las comunicaciones, las armas, etc. estaban a cargo del Departamento de Liberación y, más concretamente, bajo la dirección de Piñeiro, alias *Barbarroja*, la mano derecha de Fidel Castro.

La traición seguía su curso...

TODO PATAS ARRIBA

La compra de la finca en las montañas de Ñancahuazú, en la serranía de Incahuasi y cerca del río Ñancahuazú, fue otro grave «error» en la planificación de la inteligencia cubana.

El terreno es especialmente abrupto, con elevaciones que rondan los 2000 metros y bosques casi impenetrables, surcados de arroyos y ríos de mediano porte. La población es escasa y desconfiada, sin la menor preparación política.

La compra de la finca era vital para el buen desarrollo de la guerrilla. Allí nos estableceríamos, allí nos entrenaríamos cada día y desde allí pondríamos en marcha las acciones de acoso al ejército. Al ser una propiedad privada, nadie tenía por qué meter las narices. Pero no fue así...

En el lugar no había caza. Las aldeas y ranchos más cercanos estaban a muchos kilómetros. Para colmo, los responsables de la logística (el Partido Comunista de Bolivia) no habían hecho nada. No había comida, ni armas. Todo estaba patas arriba. Todo por hacer...

Pero eso no fue todo. El único camino de acceso a la finca pasaba por delante de otra propiedad. El dueño se llamaba Algarañaz. Era un criador de puercos. Vivía en la ciudad de Camiri, al sur, pero visitaba sus tierras cada semana. En la finca tenía un guarda que vivía permanentemente en la zona. Nuestros hombres tenían que pasar —obligatoriamente— por delante de las tierras de Algarañaz. Ese fue otro lamentable «error». ¿O no fue un error? Como dije, los preparativos (hasta los más insignificantes detalles) corrieron por cuenta de la inteligencia cubana...

El día 3 de noviembre de 1966, el Che ingresó en La Paz. Salió de La Habana y voló a Moscú. De allí se dirigió a Praga, París, Río de Janeiro y Corumbá, en la frontera entre Brasil y Bolivia. Lo trasladaron por carretera hasta la ciudad boliviana de Cochabamba y allí tomó otro avión a La Paz.

Nosotros, por parejas, hicimos itinerarios parecidos. Tres días después de su llegada a Bolivia, el Che tomó un *jeep* y se dirigió a la finca de Ñancahuazú.

Al llegar, su enfado fue monumental. Como decía, todo estaba manga por hombro. No había nada, salvo cuatro mesas y tres bancos de madera.

Cuando llegué a la finca el 10 de diciembre, el Che estaba en plena organización de aquel desbarajuste.

Se estaba acondicionando un campamento central, con una choza para el secado de la carne, una enfermería, un horno para cocer el pan, una letrina excavada en la tierra y rodeada de tablas agujereadas y una serie de túneles en los que se pretendía conservar la munición, las escasas armas, los víveres, los documentos más comprometedores y la radio que servía de enlace con «Manila» (Cuba). Los veinticuatro hombres que formábamos el grupo dormíamos bajo grandes lonas de camuflaje. Cada cual llevaba su hamaca. De esos veinticuatro guerrilleros, nueve eran bolivianos. A todas luces se trataba de un ejército de juguete y mal abastecido.

A varios kilómetros, sobre un cañón, se estableció lo que llamábamos la «casa de zinc»: una casita de ladrillos rojos y techo de calamina que serviría de «recepción» para los futuros combatientes.

Para llegar a la «casa de zinc» era preciso caminar durante dos horas, como poco.

Y los hombres trabajaron igualmente en el trazado de algunas sendas, marcándolas en los árboles a machetazos.

Muy pronto nos dimos cuenta de la seria amenaza de los mosquitos e insectos. No disponíamos de redes protectoras. La

única solución era fumar y hacerlo constantemente. Pero, durante las noches, el suplicio era mortal. Esta situación, sin poder conciliar el sueño, y la falta de comida y de medicamentos empezaron a enturbiar la relación entre nosotros. Por las noches, para colmo, los vientos fríos procedentes del polo sur hacían bajar las temperaturas hasta dos y tres grados bajo cero. No disponíamos de mantas. En cuanto al ron, se terminó en tres días.

El Che, como digo, blasfemaba contra todo.

Semanas después habíamos levantado otros campamentos satélites en los alrededores de la «casa de zinc» y del campamento central. Uno fue bautizado como «Oso». A otros los llamamos «Rubio», «Arroyo» y «Rojo».

El 20 de diciembre de 1966 llegaron los últimos compañeros cubanos.

EL TANGO

Y continuaron los problemas...

Nuestro aparato transmisor, instalado en uno de los túneles, era una radio potente —una Zenit Transoceánica—, utilizada habitualmente por la CIA. Podíamos recibir, pero no transmitir. La «llave» que hacía posible las transmisiones había quedado en Cuba, por exigencia de Barbarroja. «No convenía levantar sospechas —aseguró—. El viaje hasta La Paz era largo». Y la inteligencia cubana nos tranquilizó, asegurando que la «llave» la entregaría Monje, una vez que el Che llegara a Bolivia.

Ahora, al redactar estos recuerdos, comprendo que la maniobra de Barbarroja estuvo minuciosamente planificada.

Mediante «correos» hicimos saber a Monje que nuestra situación era delicada y que necesitábamos la «llave» en cuestión.

No hubo respuesta. Después supimos que Monje demoró la visita a Ñancahuazú con la excusa de una reunión en Bulgaria. En realidad viajó de nuevo a Moscú e informó de nuestra presencia en los montes de Bolivia.

El cerco al Che se iba cerrando...

El Che, furioso, envió a un compañero a La Paz «para traer a Monje por las pelotas».

Papi se presentó en el campamento central el 31 de diciembre. Traía a Monje casi a la fuerza.

El Che y Monje se saludaron con frialdad y se retiraron entre los árboles. Y allí hablaron durante casi tres horas.

Sorpresa: con Monje llegó Tania, la bella rubia de los ojos verdes y azules, según le diera la luz.

Aquello despertó el interés de los hombres.

Mientras Monje y el Che hablaban en la distancia, algunos bolivianos se dedicaron a espiar a Tania. Cada vez que ingresaba en la letrina, los tipos se arrastraban hasta el cajón de madera que la cubría y miraban por los boquetes. Tania los llamaba «malnacidos» y, al punto, se montaba la bronca. Algunos cubanos se liaron a puñetazos con la «resaca», como llamaba el Che a los bolivianos. La verdad es que la mayoría eran vagos y perezosos.

Hacia las 13 horas terminó la charla y el Che y Monje regresaron a la zona de las mesas de madera. Yo me dediqué a preparar la cena de Fin de Año: puerco asado con arroz congrí y yuca.

El Che aparecía muy serio. Se sentó en su hamaca y se puso a escribir su diario.

Monje, por su parte, ni saludó.

El ambiente era tenso.

Pero la cena vino a suavizar a los hombres. Hicieron fila, como era la costumbre, y les fui sirviendo. El Che tenía el número catorce.

Y el vino y las cervezas disiparon en parte las desconfianzas.

Y a eso de la medianoche, uno de los cubanos sintonizó una radio peruana. Y se escuchó un tango.

Entonces, ante la sorpresa general, el Che se hizo con un tronco de medio metro y se puso a bailar el tango.

«No te vayas, guitarrero —cantó el Che con una voz horrible y chillona—, que se me apaga la luz del alma».

Aplaudimos, entusiasmados.

Después, el Che pidió a Tania que le acompañara hasta el riachuelo.

Y la fiesta siguió hasta el amanecer.

El 1 de enero de 1967, Monje se despidió. Prometió renunciar a su cargo en el partido y regresar a Ñancahuazú entre el 10 y el 11 de ese mes «para incorporarse a la lucha, como un simple soldado».

Obviamente mintió. Monje nunca regresó. Y lo que fue peor: no trajo consigo la valiosa «llave» del transmisor. Estábamos perdidos.

Cuando Monje desapareció, el Che nos convocó y explicó —a grandes rasgos— en qué había consistido la conversación con el secretario general del Partido Comunista Boliviano.

Monje exigió el mando político-militar de la guerrilla.

El Che se negó a entregar el mando militar y aceptó compartir con él la dirección política.

Monje, entonces, anunció que el partido se retiraba de la lucha armada en Bolivia.

Fin de la conversación.

En otras palabras: estábamos atrapados. No teníamos conexión con Cuba. Carecíamos del necesario apoyo exterior. No disponíamos de armas y tampoco de comida y medicamentos. Y el Che explicó, con evidente amargura, que teníamos que rehacer los planes. «Manila» no sabía del desacuerdo con Monje y eso complicaba las cosas. Teníamos que encontrar un procedimiento para hacer saber a Fidel lo que estaba sucediendo.

En mi opinión, el Che fue excesivamente confiado. No revisó los planes de Barbarroja o, si lo hizo, la inteligencia cubana lo engañó.

Y una pregunta se propagó entre los cubanos: «¿Qué coño hacemos aquí?». El Partido Comunista de Bolivia se había desentendido de la lucha armada. Los campesinos nos huían. La reforma agraria ya había tenido lugar. No teníamos logística. Éramos un puñado de locos...

Pero nadie se atrevió a hablar con el Che. Le teníamos miedo. Así de simple.

Y el Che cometió un nuevo error.

Conversó con uno de los bolivianos —Moisés Guevara— y le pidió que reclutara veinte o treinta hombres más. Guevara había sido expulsado del Partido Comunista de Bolivia en 1964 por su tendencia pro-China.

Y prometió hacerlo.

Guevara recorrió el país, pero no encontró lo que buscaba.

Desesperado, viendo que no podía cumplir, reunió a una decena escasa de individuos a los que no conocía. Entre estos,

lamentablemente, se hallaba un expolicía, expulsado por narcotráfico.

Y los condujo al campamento central.

Pero, al llegar, el Che y el grueso de los guerrilleros habíamos partido a una larga marcha de exploración por los alrededores. El expolicía que acompañaba a Moisés Guevara no tardó en comprender que se hallaba en un campamento de la guerrilla. Y se las prometió felices. Si desertaba, y avisaba al ejército, quizá pudiera volver a su antiguo puesto como policía.

INFIERNO VERDE

Días antes de emprender la gran marcha de exploración, el Che ordenó a Tania, su amante, que abandonara el campamento y viajara a Argentina. Necesitaba que trajera a un tal Ciro Bustos, pintor y destacado comunista. El Che no dijo por qué.

Y Tania obedeció.

Eso la salvó del «infierno verde»...

El 1 de febrero de 1967, al alba, el grueso de la guerrilla abandonó el lugar. En el campamento central quedaron cuatro compañeros: dos cubanos y dos bolivianos. El Che preparó la marcha como un ejercicio de adiestramiento. Serviría también para conocer y familiarizarnos con la zona. Deberíamos estar de regreso en un plazo de diez días.

Pero el supuesto entrenamiento se convirtió en una pesadilla.

Lo abrupto del terreno, las lluvias, el desconocimiento de la zona, los pésimos mapas que portábamos, el hambre, la sed, los mosquitos, las serpientes, el desánimo y las peleas entre nosotros convirtieron el ejercicio en un infierno: un infierno verde.

Y lo que fue estimado como una marcha de exploración de diez días terminó en 48 interminables y dolorosas jornadas.

Esto fue lo que escribí en aquel nefasto y absurdo viaje:

1 de febrero

Iniciamos la marcha con cierta preocupación. El Che no ha sido muy explícito. No sabemos qué nos vamos a encontrar.

2 de febrero

Caminamos muy despacio. El terreno es salvaje y espinoso, con infinidad de cañones. Cargamos un equipo muy pesado. Mi mochila y el armamento superan los cuarenta kilos. Algunos de los hombres avanzan con dificultad. El Che se detiene cada poco y consulta los mapas, pero son pésimos. En las cartas aparecen ríos y alturas que no existen. Barbarroja es un inútil o un traidor. Se presenta una lluvia torrencial. Tenemos que detenernos. Y, tras el diluvio, surgen los mosquitos. Son enormes. Forman nubes. No sabemos cómo protegernos. Así llega la noche.

3 de febrero

La lluvia no cesa. El cielo es negro. La visibilidad no alcanza los cien metros. Partimos a las 8 horas con los ánimos muy bajos. Casi no hemos dormido. No disponemos de ningún alivio contra las picaduras de los insectos. Los muchachos tienen ronchones en las caras, cuellos y manos. Parecemos una banda de leprosos. Alcanzamos un río, pero nadie sabe qué río es.

4 de febrero

Desayunamos un plato de sopa. Esa es la única comida del día. Volvemos a caminar entre diez y doce kilómetros y por un monte que no tiene fin. El Che parece obsesionado con la altura. No para de consultar su altímetro. Cruzamos otro río (que no figura en los mapas). Estamos perdidos. Alguien pierde una bota al vadear el río y el Che lo llama «comemierda». El pobre muchacho boliviano termina llorando.

5 de febrero

Seguimos caminando por un monte cerrado y verde. No encontramos a nadie. El Che se queja de un fuerte dolor en los hombros.

6 de febrero

Caminamos sin rumbo. Seguimos perdidos. Al llegar a otro río se decide construir una balsa para cruzarlo. Necesitamos tres horas para armarla. Se hace de noche y dejamos el cruce para el día siguiente.

7 de febrero

La lluvia complica más la situación. Al intentar cruzar el río, la balsa se pierde. Estamos vivos de milagro. Armamos una segunda balsa y decidimos dormir en el lugar. Fumamos y fumamos, pero los mosquitos no desaparecen. Comemos cuatro galletas saladas y algo de leche condensada. La gente murmura, con razón. ¿A qué viene un esfuerzo así? No tenemos conocimiento del terreno y carecemos de víveres. Nadie se atreve a plantear el asunto ante el Che.

8 de febrero

Conseguimos cruzar el río y proseguimos la marcha «hacia ninguna parte». Por delante de la tropa avanzan los macheteros. Abren la senda y caminamos con dificultad. La gente está débil y desmoralizada. Esto no es una guerrilla...

9 de febrero

Por fin divisamos una casa. El campesino dice llamarse Honorato Rojas. Tiene seis hijos. Hablamos y nos proporciona mucha información sobre la zona. Los mapas de la inteligencia cubana son una mierda. Inti, uno de los compañeros cubanos, comete un error. Se ha presentado ante Honorato como «el jefe de una guerrilla». No sabemos qué clase de individuo es el tal Honorato Rojas. Podría delatarnos. [Y así sucedería meses después...].

10 de febrero

Nos quedamos en el lugar. Descansamos y comemos cerdo asado. Honorato nos ha vendido dos puercos. Algunos de los hijos están enfermos (engusanados) y el Che los cura.

11 de febrero

Partimos temprano. El hambre ha desaparecido. Seguimos la orilla del río, marcada por el campesino.

En uno de los descansos, el Che reúne a los cubanos y nos dice que su intención es que los inexpertos bolivianos vean físicamente a los soldados. Con eso será suficiente. Después regresaremos al campamento central.

12 de febrero

El Che decide que los hombres no coman. Dice que comimos demasiado chancho. Los hombres protestan a espaldas del comandante.

13 de febrero

Caminamos bajo una lluvia torrencial.

14 de febrero

Nuevo encuentro con campesinos. Al vernos salen corriendo. Están asustados. Nuestro aspecto —barbudos y sucios— no nos ayuda. El Che los interroga sobre las guarniciones próximas y sobre cómo conseguir comida. Nadie sabe nada de nada. La radio funciona a ratos. A veces oímos a La Habana. Hablan de la llegada de Régis Debray a Bolivia. Se trata de un periodista francés, muy vinculado al comunismo internacional. El Che quiere que lo lleven al campamento. Es una forma de transmitir nuestra situación a Cuba. El francés podría hacer de correo. El Che vuelve a sonreír y canturrea tangos.

15 de febrero

Día de marcha sin tropiezos importantes. Nuevo encuentro con campesinos. La misma canción: nadie sabe nada. El Che decide que los hombres no deben comer, dado lo avanzado de la hora. Las protestas, a sus espaldas, suben de tono. Los bolivianos lo llaman «argentino de mierda». Algunos cubanos se enfrentan a la «resaca». Esto no puede terminar bien... El Che no se entera. Sigue absorto en su diario.

16 de febrero

La lluvia nos obliga a caminar lentamente. La gente tiene los pies hinchados.

17 de febrero

Lluvia y más lluvia. Las armas chorrean. No sé si servirán.

18 de febrero

Caminamos entre barrancos y farallones. La dificultad es extrema. El Che nos recuerda que es el cumpleaños de su esposa Aleida. El Che la llama *Josefina* y la compara a la mujer de Napoleón. El comandante está perdiendo la cabeza...

19 de febrero

Nuevamente perdidos. Nadie sabe dónde estamos. Caminamos y caminamos sin rumbo. El agotamiento es importante. Algunos prefieren caminar descalzos. Los pies parecen muñones. Al Che solo le preocupa la altitud. La marca a cada momento. Y seguimos preguntándonos: ¿qué hacemos aquí?

20 de febrero

Día de marcha lenta y agotadora. Calculo doce kilómetros. Algunos bolivianos lloran y se arrastran cuando el Che no puede verlos. Seguimos perdidos en la inmensidad de este infierno verde.

21 de febrero

El Che envía exploradores, pero regresan sin novedad. Continuamos perdidos. El calor se hace insoportable. Necesitamos un baño.

22 de febrero

Ascendemos durante toda la mañana. Al llegar a la cima nos espera otro monte, y después otro y otro. No queda agua. A escondidas, varios compañeros orinan en sus cazos de campaña y se beben los orines. Al acampar, el Che no da explicaciones de nada. Fuma en su pipa de plata, escribe y canturrea. Parece feliz. El asma le ha dado un respiro.

23 de febrero

El sol abrasa. La marcha por las colinas se hace agotadora. Algunos compañeros lloran en silencio. No quieren seguir. Estaba previsto volver hacia el 10 de febrero y estamos a 23. De pronto, al coronar una de las colinas, el Che sufre un desmayo. Hay que ayudarlo a caminar. Los compañeros vuelven a las peleas por lo más mínimo.

24 de febrero

Perdidos bajo un sol implacable. Nos refugiamos en las sombras de los bosques, pero la tierra arde. El aire arde. Los ánimos arden. Un grupo de cubanos hablamos y decidimos plantearle el problema al comandante: no podemos seguir así. Estamos débiles. En cualquier momento podríamos ser sorprendidos. Los campesinos nos han visto. Pueden delatarnos. Hay que tomar una decisión.

25 de febrero

Nadie se atreve a hablar con el Che. Seguimos perdidos, sin agua y sin comida.

26 de febrero

Este hombre es especial, sin duda. Como si hubiera adivinado nuestros pensamientos, el Che nos habla de las privaciones que estamos padeciendo y dice que son un adelanto de lo que nos espera. Yo pienso que alguien se ha ido de la lengua y le ha contado lo que hablamos. El día terminó trágicamente. Benjamín, uno de los jóvenes bolivianos, sufrió una caída y fue arrastrado por las aguas de un río. No sabía nadar y se ahogó. Es la primera baja de la guerrilla. Se terminaron los frijoles.

27 de febrero

Caminar lento y cansino. Los pies de los compañeros están heridos y en muy malas condiciones. En una de las paradas, el Che nos amenaza con la «baja deshonrosa de la guerrilla» si siguen los robos de leche condensada. No hay señales de vida.

28 de febrero

Desayunamos un té y salen los exploradores. El grueso permanecemos junto a un río cuyo nombre ignoramos. El Che nos habla de las excelencias del «hombre nuevo socialista». Hay risitas a escondidas. Regresan los exploradores pero no aportan información. Seguimos perdidos. Se decide construir otra balsa con troncos para cruzar el cauce. Al navegar por el río perdí las botas. El Che me castiga y debo caminar descalzo.

1 de marzo (1967)

Lluvia. Caminamos por la orilla del río. Todos marchan en silencio. No queda comida. Encontramos palmitos.

2 de marzo

La lluvia cede, pero los hombres están agotados, física y mentalmente. A nadie le importa ya la revolución. El Che descubre que siguen los robos de latas de leche condensada. Grita y vocifera,

pero nadie se responsabiliza. Suprime las comidas, hasta nueva orden. El descontento es generalizado. Sueño con mi casita, en la Sierra Maestra. Allí tenía de todo, y podía bañarme a diario...

3 de marzo

Perdidos. Nadie habla. Todo son malas caras. Comemos palmitos.

4 de marzo

Los exploradores abren una trocha, pero el Che decide no mover a los hombres. Están rendidos. Varios compañeros salen a cazar y regresan con dos monos, una paloma y un loro. Asados no están tan mal.

5 de marzo

Permanecemos junto al río. Cazan algunos pájaros. No hay alegría en los hombres. Esto no puede terminar bien...

6 de marzo

Caminamos hacia ningún lugar. Para recorrer un kilómetro necesitamos dos horas. Los hombres arrastran los pies y las mochilas. Los bolivianos se sientan y se niegan a caminar. El Che los llama «comemierdas». Los compañeros cubanos los ayudan a levantarse y cargan parte de los petates. El Che sigue con su altímetro. Hemos cazado un loro.

7 de marzo

Caminata por la orilla del río. Total: entre cuatro y cinco kilómetros. Comida a base de pájaros y palmitos. Los hombres han adelgazado sensiblemente.

8 de marzo

Tras una marcha de hora y media, tropezamos con una estación de bombeo de petróleo. Montamos el campamento en las proximidades y observamos.

9 de marzo

Los exploradores dicen que hay gente al otro lado del río. Se envía a varios hombres y regresan con abundante comida: pan, arroz, latas, maíz, café, azúcar y un cerdo. Tras la comida, el grupo recupera el ánimo. Los ingenieros de la planta de bombeo aseguran que puede haber unas cinco jornadas de camino hasta Nancahuazú, donde tenemos el campamento central.

10 de marzo

Salimos de la zona a las seis de la mañana, y siguiendo las indicaciones de los ingenieros. Cuando nos disponíamos a vadear el río, la corriente creció inesperadamente y tuvimos que desistir. El monte es impenetrable. Decidimos acampar en el lugar. Surgen nuevas peleas. Alguien está robando el azúcar.

11 de marzo

Sigue la marcha por la orilla del río. Parece que vamos bien.

12 de marzo

Llegamos al pie de un enorme farallón rocoso. No hay forma de pasar. Aquí nos quedamos. Cazamos cuatro pájaros. El cocinero hace un delicioso arroz con mejillones. ¿La vida es bella?

13 de marzo

Caminamos desde las seis y media de la mañana a las doce. Remontar el farallón ha sido un suplicio. Estamos destrozados. Caminamos otras cinco horas, pero apenas avanzamos. Los cubanos seguimos hablando a escondidas: ¿por qué no regresar a

Cuba? Esto es un desastre. Nada es lo que dijeron. Bolivia no nos necesita. Echo de menos a mi amada...

14 de marzo

El Che envía un explorador. Tenemos que estar cerca del campamento central. Dicen que a dos días, pero nadie lo sabe con seguridad. Estoy muy cansado. Me importa nada la revolución. Nos hemos comido la última lata de guisantes. Ahora dependemos de lo que se cace.

15 de marzo

Tratamos de cruzar el río pero la gente no tiene fuerzas ni ánimos. Se caen varios fusiles al agua. Todo da igual. No existe la moral combativa. Cazan cuatro gavilanes.

16 de marzo

La debilidad de los hombres es tan extrema que no tenemos más remedio que matar el caballo.

17 de marzo

Cruzamos el río en una balsa. Otro desastre. La corriente es tan turbulenta que arroja a varios compañeros al cauce y las aguas los arrastran. Consiguen llegar a la orilla, pero se ahoga Carlos, otro boliviano. También perdemos la munición completa, seis fusiles y varias mochilas. Asombroso: somos una guerrilla sin balas.

18 de marzo

Nos hemos comido medio caballo. Y sigue el malhumor.

19 de marzo

Caminamos y caminamos hasta que aparece una avioneta. Nos ocultamos en la maleza. El avión da vueltas y vueltas, como tratando de localizar algo. Esto no me gusta.

20 de marzo

Al fin alcanzamos el campamento central. Nos reciben con júbilo y preocupación. También están Tania, el francés Debray, un pintor argentino y otro compañero peruano. Los hombres llegan descalzos, enfermos, agotados y desmoralizados. El Che habla con el peruano, al que llaman *el Chino*, y este solicita 5000 dólares al mes. Nos echamos a reír. ¡Vaya comunista!

IDENTIFICAN AL CHE

Pero las contrariedades no habían terminado.

En nuestra ausencia, dos voluntarios bolivianos —reclutados por Moisés Guevara— habían desertado. Uno de ellos era Pastor Barrera, el expolicía. Dijeron que iban a cazar y desaparecieron. Al poco los encontró el ejército y cantaron. Hablaron de guerrilleros cubanos y de un jefe al que llamaban *Ramón*.

El ejército, alertado, se movilizó. Y empezó a peinar la zona.

Los cuatro que permanecían en el campamento central detectaron una patrulla y cometieron otra equivocación: enviaron como explorador a Salustio, un guerrillero recién llegado y sin experiencia. El ejército lo capturó y el compañero reconoció que «éramos guerrilleros cubanos y bolivianos y que el jefe era el Che Guevara».

Cuando Marcos, que estaba al frente del campamento central, se dio cuenta del arresto de Salustio, ordenó el traslado de las escasas armas y provisiones a otro de los campamentos: el que llamábamos «Oso». Y los visitantes —Tania, Debray, Ciro Bustos y el Chino— fueron instalados en este último lugar.

Cuando el Che tuvo conocimiento de estos hechos montó en cólera y empezó a patear las piedras. Llamó a Marcos y lo avergonzó delante de todos, llamándole «comemierda» y «basura».

Marcos bajó la cabeza y no replicó.

Fue una bronca injusta. El compañero hizo lo que debía hacer en esos difíciles momentos. Pero así era el Che. Cuando hablaba, nadie podía llevarle la contraria. Sencillamente: no razonaba. Y nadie se atrevió a levantar la voz y defender a Marcos. Creo haberlo

dicho: le teníamos miedo y respeto. Era un dios para Cuba. Sí, pero un dios con minúscula...

El malestar en el campamento se hizo general. Y los cubanos adoptamos una postura equivocada respecto a los bolivianos. Los despreciamos y los obligábamos a desempeñar las tareas más duras y sucias. Vaciaban la letrina, cargaban como mulas y comían aparte. El Che, lejos de corregir esta injusticia, los bautizó como las «góndolas» y la «resaca». Y todos reíamos sus gracias.

Cada noche, el Che tomaba de la mano a Tania y se la llevaba al arroyo.

Excavamos nuevos túneles y allí depositamos los cuatro fusiles y las escasas medicinas.

La radio seguía sin poder transmitir...

Y las malas noticias siguieron llegando.

Durante la lamentable expedición por el «infierno verde», nuestro vecino —el tal Algarañaz—, propietario de la finca El Pincal, trató de averiguar a qué se dedicaban aquellos barbudos vestidos con uniformes verdes y de camuflaje. Mandó a sus peones a la zona de la «casita de zinc» y comprobó que allí no se cultivaba nada. No lo pensó dos veces. Se dirigió a la policía del pueblo de Camiri y nos denunció como supuestos narcotraficantes.

La policía se presentó en la «casa de zinc» y registró el lugar. Pero no hallaron nada. La idea de Marcos de trasladar el material al campamento del «Oso» fue oportunísima.

Los seis policías, con Algarañaz presente, interrogaron a los compañeros, pero tampoco sacaron nada en claro. Y les incautaron un revólver del calibre 38. Para la policía quedó claro que no se trataba de agricultores o contrabandistas. ¿Qué eran entonces?

Era lógico que el informe de la policía terminara en poder del ejército. Y así fue. En esos días —según supimos más tarde—, los ingenieros de la estación de bombeo de petróleo que nos suministraron la comida durante la marcha de exploración terminaron por informar a los militares sobre un grupo de hombres sucios y barbudos que cargaban enormes mochilas y armas de uso

militar. Y denunciaron la posesión de fuertes sumas de dinero por parte de estos desarrapados. La emisora que transmitió la noticia aseguraba que los barbudos, al cruzar el río a nado, cometieron la torpeza de mojar los dólares. Y se vieron en la necesidad de secar los billetes al sol, en plena playa. Todos los ingenieros y el personal de la estación de bombeo lo vieron. La radio local aseguró que los barbudos dijeron ser geólogos de la Universidad Tomás Frías, de Potosí.

Esta serie de contratiempos desbordó la cólera del Che.

Nunca le había visto tan agrio y violento. Ni siquiera en el Congo.

Nos insultaba y por cualquier motivo. Su violencia verbal era tristísima. No puedo reproducir aquí los insultos. No se salvó ni la bella Tania. La mujer terminaba huyendo y llorando.

Cuando los ánimos se calmaron un poco, el Che nos reunió a todos y repitió lo que ya sabíamos: pretendía formar dos columnas de combate, con un total de quinientos guerrilleros cubanos, bolivianos, peruanos y argentinos. Después extendería la violencia a los países limítrofes, obligando a USA a una intervención directa en cada país. «Debíamos provocar uno, dos..., muchos Vietnam en América del Sur». Y después, naturalmente, la tercera guerra mundial. Millones de muertos y el triunfo del «hombre nuevo socialista».

Nos mirábamos, asombrados. ¿De verdad creía en aquel horror?

Después le dio por montar a caballo y pasearse entre los distintos campamentos, machete en alto, y gritando a los cuatro vientos: «¡Soy el segundo Bolívar!».

El Che pretendía hacer de los Andes un nuevo Olimpo. Y él sería el «padre Zeus», el dios de los dioses. De esa forma, Fidel Castro quedaría por debajo. El Che nunca lo dijo con estas palabras, pero yo conocía sus pensamientos y supe que ese era su gran objetivo. Él terminaría como presidente de Argentina o, quizá, de la gran nación latina.

Sentí pena al verle a caballo, proclamando a gritos que estábamos ante el nuevo Bolívar.

Para colmo se obsesionó con las fotografías. Iba con su cámara a todas partes y retrataba a los hombres. Aquello era muy arriesgado y podía costarnos un disgusto. Pero él no escuchaba. Y repetía: «Esto es historia». Su mente —yo creo que enferma— pretendía dejar constancia de su paso por Bolivia o por donde fuera. Y solicitaba, constantemente, que le tomáramos fotos.

Como digo, nos costaría caro...

En aquel dramático mes de marzo de 1967 tuve que soportar otra de sus violencias. Yo estaba preparando la cena y se acercó.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó.

—Papas sancochadas y una carnita ripiada.

—No —me cortó—, haz un arroz con frijoles y sardinas.

—Bueno, como usted mande...

Y replicó a gritos:

—¡Como mande yo no, chico! ¡Como me sale de los cojones mandarte!

Me revolví y le pedí explicaciones. Yo no merecía ese trato. Pero dio media vuelta y se alejó.

Esta era la verdadera cara del Che.

49 CONTRA 10 000

El ejército boliviano no tardó en acudir a la zona.

El 23 de marzo (1967) tuvo lugar nuestro primer combate.

Éramos siete guerrilleros. Yo estaba entre ellos.

Apareció una compañía de la Tercera División. Y se dirigió hacia el campamento central. Los soplones les habían informado de todo.

Pero nos adelantamos. Y cayeron en la emboscada.

Murieron siete soldados y once resultaron heridos.

Se hicieron veintisiete prisioneros.

El botín fue excelente: tres morteros (con 64 proyectiles), fusiles Máuser (dieciséis), dos mil balas, tres pistolas y no sé cuántas ametralladoras.

El Che estaba eufórico, y nos felicitó.

Al día siguiente, 24, pusimos en libertad a los prisioneros y a los heridos. Los primeros fueron desnudados y así llegaron hasta el pueblo de Lagunillas.

Las radios locales se apresuraron a informar del choque. El mayor Plata, jefe del pelotón que fue derrotado, aseguró a la prensa que los guerrilleros éramos más de trescientos y armados hasta los dientes. «Entre los subversivos —dijo— había guerrilleros del Viet Cong».

La derrota del ejército hizo que entrara en acción la Cuarta División. Y, en cuestión de horas, en la zona desembarcaron alrededor de diez mil soldados. Nosotros, contando a los visitantes, solo éramos 49.

Y de la breve euforia descendimos de nuevo a la realidad.

Seguíamos en precario, sin posibilidad de conectar con «Manila» (Cuba). Carecíamos prácticamente de víveres y medicamentos. Era preciso hallar una salida. Y el Che pensó en sacar de la zona al francés Debray y al pintor argentino (Bustos). Ellos podrían llegar a Cuba y aclarar a Fidel nuestra situación. Debray, una vez en el exterior, se encargaría de reunir fondos, armas y todo el apoyo político necesario.

El problema era cómo sacarlos. La región estaba infectada de soldados.

Lo intentamos primero por un pueblo que se llama Gutiérrez. Imposible.

Y llegó el 10 de abril de 1967.

En los sucesivos intentos para poner a salvo a los visitantes fuimos a topar de nuevo con el ejército.

En esta ocasión éramos dieciséis guerrilleros, incluyendo a Debray.

Estábamos emboscados cerca de un río. Y de pronto aparecieron los soldados. Eran 65. Caminaban despacio por ambas márgenes. Esperamos a que estuvieran a nuestro alcance. Después los abrasamos sin piedad. No tuvieron casi tiempo de responder al fuego. A los dos minutos se rindieron.

Fue nuestro segundo gran éxito.

Matamos a once soldados. Veintidós fueron heridos y el resto cayó prisionero.

Nosotros sufrimos la primera baja en combate. Jesús Suárez Gayol recibió un balazo en la cabeza. Era capitán y había sido viceministro de la Industria Azucarera en Cuba.

Fue una noche de lágrimas y risas...

Soltamos a los prisioneros —desnudos— y permitimos que se llevaran a los heridos.

Pero la situación empeoraba por momentos.

Las radios locales informaron de la llegada a la zona de soldados de la Octava División, así como de un destacamento de *rangers*. Estos últimos —aseguraron— habían sido entrenados por la CIA.

Eso significaba que los malditos gringos ya estaban en Bolivia asesorando a los militares. No nos equivocamos.

Al día siguiente, 11 de abril, otra noticia nos sorprendió y alarmó: el ejército había registrado uno de los campamentos y encontrado una fotografía del Che, fumando en su pipa de plata. Algunos periodistas que acompañaban a los soldados dieron fe de ello. Las fotos, una vez más, nos estaban causando problemas.

Pero el Che hizo caso omiso de las noticias que llegaban a través de las emisoras bolivianas y peruanas y prosiguió con su manía de retratarse y de retratar a los compañeros.

Algunos nos escondíamos cuando lo veíamos llegar.

Y proseguimos con los intentos para «liberar» al francés y al pintor argentino.

DEBRAY Y BUSTOS CONFIRMAN LA PRESENCIA DEL CHE

Y el 19 de abril (1967) avistamos el pueblo de Muyupampa. Aquel podía ser un buen lugar para «soltar» a los visitantes.

Los exploradores se adelantaron y fueron a tropezar con un tipo que dijo llamarse Roth. Aseguró que era periodista. Lo acompañaba la chiquillería de la aldea. Después supimos que era de la CIA.

«Quiero entrevistar al jefe de los guerrilleros», aseguró.

En realidad, pretendía depositar una determinada sustancia química entre los guerrilleros. Los perros adiestrados del ejército harían el resto, localizándonos.

No sé si lo he mencionado. El Che había decidido que Tania y el Chino permanecieran en la guerrilla. Otra cuestión era el francés y Ciro Bustos, el pintor argentino. Debray era un cobarde. Cuando vio que nuestra situación no era la que pintaban los periódicos occidentales se echó atrás. Los nervios lo traicionaron. Y no hacía otra cosa que repetir que podía ser más útil en el exterior. El Che les ofreció tres posibilidades: permanecer con nosotros, huir por su cuenta o aceptar que los dejáramos en Muyupampa. Eligieron la última.

Pero el Che sabía que Muyupampa estaba tomado por los soldados. Todos lo sabíamos. Y, sin embargo, inexplicablemente, los dejó ir.

Al poco fueron apresados.

Las emisoras de radio no tardaron en dar la noticia.

Después lo supe: el ejército pensó en interrogarlos y torturarlos y, acto seguido, fusilarlos.

Debray confirmó la presencia del Che en la guerrilla y proporcionó toda clase de detalles sobre los compañeros, los campamentos, los túneles, las armas y nuestras intenciones.

Ciro Bustos ratificó lo dicho por Debray y dibujó, incluso, la posición de los campamentos. Después, a petición de los militares, fue dibujando a los guerrilleros, uno por uno. Según la radio, los militares bolivianos reconocieron al momento al Che.

Pero lo peor, a mi entender, no fue eso. Lo más grave es que Bustos y Debray dieron toda suerte de informaciones sobre nuestra verdadera situación: estábamos perdidos, sin mapas apropiados, sin comida, sin medicinas, con armas escasas, con la moral muy baja y sin posibilidad de conexión con Cuba.

La trampa de Fidel Castro y los hombres de Barbarroja empezó a estrangularnos.

El apresamiento del francés, además, cortó la última posibilidad de contacto con el exterior; especialmente con Cuba. Estábamos muertos, y el Che lo sabía.

Por fortuna para Debray y Bustos, la prensa internacional se ocupó del apresamiento y llevó a cabo una implacable campaña, proclamando que ambos solo eran periodistas. El escándalo fue tal que los militares suspendieron las ejecuciones. Ambos fueron condenados a treinta años de cárcel. El 24 de diciembre de 1970 quedaron en libertad.

Del inglés llamado Roth no volvimos a saber nada. La CIA, suponemos, se ocupó de su liberación.

Según nuestras noticias, a los pocos días de la captura del francés y del pintor, la CIA se presentó en los interrogatorios. Y se puso en marcha otra maquinaria, no menos siniestra: Estados Unidos envió asesores militares a Bolivia y empezó a preparar a un grupo de soldados en las tácticas antiguerrilleras.

Tuvimos mala suerte.

El entonces ministro boliviano del Interior —Antonio Arguedas— era un agente triple. Trabajaba para la CIA, para el Partido Comunista de Bolivia y para nosotros. Fue él, sin duda, quien avisó a USA de la captura de Bustos y Debray.

Nada más «soltar» a los visitantes, el Che cometió otro grave error.

Quedamos desconcertados. No sabemos por qué (no dio explicaciones), el Che dividió a la guerrilla en dos grupos. Él encabezó la vanguardia y Joaquín se hizo cargo de la retaguardia. El problema es que estos últimos eran casi todos enfermos. Tania sufría fiebres altísimas, así como otros compañeros. Y Joaquín se hizo cargo de ellos, así como de la «resaca», los bolivianos que renqueaban a la hora de trabajar.

Intentamos convencer al Che para seguir juntos. Fue inútil. El comandante estaba fuera de sí y la emprendió a patadas con todo el que se acercaba.

Fue así como emprendimos el viaje hacia el norte, a la búsqueda del campamento central. Fue otro viaje absurdo.

Quedábamos veintidós hombres; la mayoría desmoralizada.

A los pocos días comprendimos que estábamos nuevamente perdidos. Los ríos y los montes que teníamos a la vista no figuraban en los mapas. Y maldije de nuevo a Barbarroja.

Los campesinos, al vernos, se escondían. Todos sabían que éramos el enemigo y que los soldados nos buscaban. No encontramos la menor ayuda. Y, como sucedió en la exploración del «infierno verde», empezaron las peleas, los robos de comida y las murmuraciones a espaldas del Che.

Tres días después de separarnos, el comandante comprendió que se había equivocado y retrocedimos, en un inútil intento de encontrar al grupo de Joaquín.

Y seguimos perdidos en mitad de la nada.

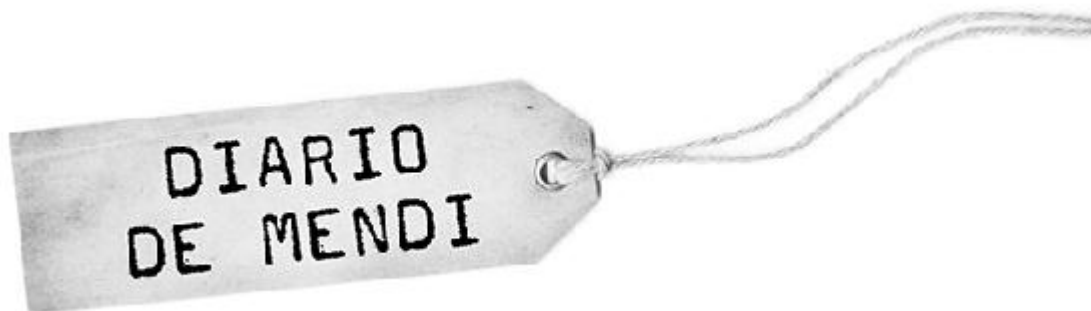
Para colmo, los *walkies* se habían malogrado. No hubo forma de comunicar con la retaguardia.

El Che no atendía a razones.

Estábamos rodeados por miles de soldados. Aquello era una locura y violaba todas las leyes de la guerrilla. Podíamos caer en una emboscada en cualquier momento.

Pero el comandante se aislaba en su diario o se dedicaba a sacar fotos.

Estábamos cerca del final...



Fui agente de la CIA. Soy cubano.

Cuando era un niño tuve que abandonar mi hogar, en Cuba. Fidel Castro y los suyos nos expropiaron. Nos robaron.

Después me hice ciudadano norteamericano y serví en el ejército de aquel país.

Mi gran objetivo en la vida era luchar contra la revolución comunista de Fidel. Así que, cuando se presentó la ocasión, me uní a los grupos antirrevolucionarios, y participé en numerosas acciones dentro y fuera de Cuba. No tardé en contactar con la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) y empecé a trabajar para ella. Me hice experto en comunicaciones y en servicios de inteligencia.

A finales de abril de 1967, cuando el Che Guevara y los subversivos trataban de encontrar al grupo de Joaquín, recibí una llamada de un alto cargo de la CIA en Washington. Allí me trasladé.

Y la CIA me informó de lo siguiente: habían descubierto que el Che se encontraba en Bolivia, envuelto en otra guerra de guerrillas.

Me propusieron viajar a Bolivia y localizarlo. Mi trabajo consistiría en asesorar al ejército en asuntos de inteligencia, rastrear la pista del guerrillero y, a ser posible, apresarlos vivos. Estaría en contacto con otro oficial de inteligencia al que llamaré *Saturno*; un coronel boliviano con el que hice muy buena amistad.

La CIA aseguró que era de especial importancia que consiguiera capturar al Che y que lo mantuviera vivo. La Agencia disponía de aviones y helicópteros para trasladarlo de inmediato a Panamá. E insistieron mucho en lo de mantenerlo vivo. Podía ser una fuente de información de primera clase.

Me preparé durante varias semanas y el 1 de agosto de 1967 aterricé en La Paz.

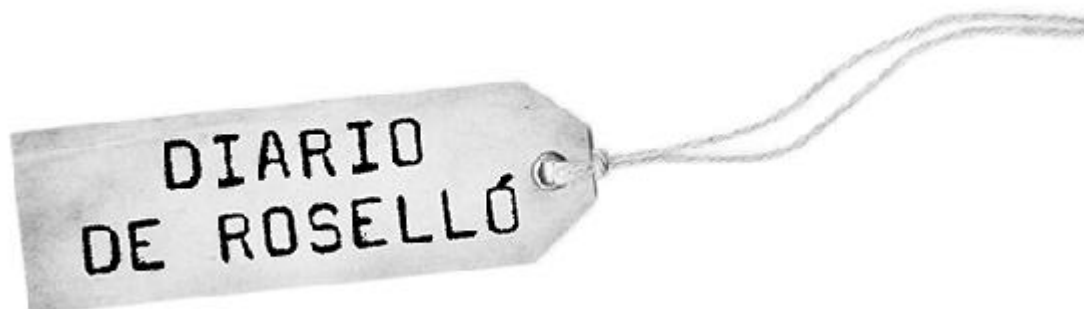
Fui recibido por el presidente de la República, el general Barrientos, que me proporcionó documentos, así como el grado de capitán del ejército boliviano.

Después me instalé en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra y allí empecé a trabajar con un grupo escogido de oficiales bolivianos. Les enseñé a mejorar las informaciones y abrimos carpetas de todos y cada uno de los guerrilleros dibujados por Ciro Bustos. Y trazamos planes de guerra abierta contra el Che y su banda de barbudos. Pasé muchos días en La Esperanza, donde el mayor norteamericano Pappy Shelton entrenaba a las fuerzas especiales bolivianas. Conviví con los «boinas verdes» y les enseñé tácticas de guerrilla.

Durante muchos días me aislé en el cuartel, procediendo al análisis de los numerosos papeles y fotografías capturados a los guerrilleros en varios de sus campamentos y cuevas. No tuve la menor duda: el Che aparecía en varias fotografías. Y con él, otros destacados capitanes y comandantes de la revolución cubana. Yo los conocía bien.

Así supimos del tipo de armas que utilizaban, las comidas empleadas, los cigarros que fumaban, las ropas usadas e, incluso, el tipo de botas que calzaban. También cayeron en nuestro poder las medicinas que utilizaba el Che para su asma crónica.

Llegó un momento en el que casi lo sabíamos todo sobre aquellos individuos. Era cuestión de estar preparados y saber esperar. Cometerían errores y lo pagarían. Y así fue...



Tras la captura de Debray y Bustos, el grupo de vanguardia que capitaneaba el Che inició una gravísima descomposición.

Al no poder localizar a Joaquín y su gente, intentamos retornar a la finca de Ñancahuazú; concretamente al campamento que llamábamos del «Oso».

Pero volvimos a perdernos. Y se repitieron muchas de las escenas vividas en la experiencia que llamé «infierno verde».

El lugar era un laberinto de cerros, bosques y quebradas, a cual más profundo y cerrado. Era necesario abrirse paso a machetazos. Los pobladores eran escasísimos y la comida empezó a faltar.

Durante diez días fue una ascensión continua. El Che anotaba y anotaba las altitudes. Era lo único que parecía preocuparle.

Nos deteníamos cada dos o tres horas e intentábamos ubicarnos. Era imposible. Los malditos mapas de Barbarroja eran basura. Nada estaba en su sitio...

Y empezaron las peleas, los robos de comida, los insultos y la falta de respeto. Cada día acudíamos al Che y nos acusábamos mutuamente. El Che escupía en el suelo y se sentaba a la sombra de un árbol. Y se dedicaba a beber mate y a canturrear.

Aquello era un desastre.

Para colmo, en la lejanía, oíamos a los soldados y los ladridos de los perros que los acompañaban. Estaban por todas partes.

La depresión nerviosa también nos visitó...

El 8 de mayo tuvimos oportunidad de desahogarnos.

Una patrulla de soldados se cruzó en el camino y los emboscamos. Vaciamos los cargadores, de pura rabia. Resultado: tres soldados muertos y un herido. Hicimos diez prisioneros.

Les robamos todo lo que llevaban encima.

A los cautivos los obligamos a desnudarse y, en pelotas, salieron corriendo por el bosque.

Conseguimos algunas latas de comida (buey inglés) y mucha manteca. Y también tabaco: cinco cajetillas de Regalías. Nos supo a gloria. Los soldados portaban (a escondidas) varias botellas de *singani*, un aguardiente de uva, muy estimulante. Esa noche, la mitad de los compañeros se emborrachó. El Che dejó hacer.

Lo peor llegó al día siguiente.

Los soldados que habían huido dieron la voz de alerta y, en la mañana, aparecieron dos aviones AT-6. Durante más de una hora nos ametrallaron y lanzaron toda clase de bombas.

Nos arrastramos como pudimos hasta lo alto de un cerro y desde allí disparamos. Cuando los aviadores comprobaron que respondíamos al fuego se alejaron.

Hubo suerte. Nadie resultó herido.

En la tarde continuaron los robos de comida. El Che me acusó de ladrón y amenazó con devolverme a Cuba. Y yo pensé: «No tendré tanta suerte...».

En los días siguientes continuó el penoso avance.

A la debilidad general de los hombres se sumaron los primeros brotes de malaria.

Avistamos una casa. Son campesinos asustados. Solo hablan guaraní. No les entendemos. Por señas les indicamos que necesitamos comida. Y les mostramos el dinero. Nuevo error.

Conseguimos un puerco y lo asamos allí mismo. La gente come sin medida.

A las pocas horas empezaron las diarreas y los vómitos.

El avance, en estas condiciones, es muy penoso.

Al Che también le alcanzaron las diarreas. Le cortaron el cólico con Demerol pero perdió el conocimiento. Tuvimos que transportarlo en una hamaca. Cuando despertó estaba embarrado en su propia mierda. Tuvimos que prestarle un pantalón pero, aun así, olía a excrementos. Nadie entiende por qué no se lava.

El 18 de mayo (1967), una vez repuesto, el Che se dedica a otra de sus aficiones favoritas: sacar muelas. Y lo hace sin anestesia. Mejor dicho, «anestesia» a los pacientes a base de insultos. Muchos de los insultos —en argentino— son incomprensibles para los hombres. Pero la gente se ríe y así pasamos el rato.

Empiezan a surgir tumoraciones y se repiten los problemas en los pies de la mayor parte de los compañeros. Están hinchados. Parecen patas de elefante. Las botas no sirven. Hay que caminar descalzos o con los pies envueltos en trapos. El Che sufre el enésimo ataque de asma.

Esa noche, al acampar, se registró una tertulia que nunca olvidaré.

Tras la cena, uno de los bolivianos preguntó al comandante qué había sucedido realmente en octubre de 1962 con la llamada «crisis de los misiles» en Cuba.

El Che lo miró con desprecio y preguntó:

—Y a ti, ¿por qué te interesa eso?

—Dijeron los periódicos que estuvimos cerca de una guerra mundial...

El Che se desquitó:

—La evitaron los rusos... Cagados.

Los hombres, sorprendidos, preguntaron. No entendían las palabras del comandante.

—Es sencillo —proclamó el Che—. Pudimos terminar con la prepotencia norteamericana. Yo hubiera lanzado los misiles contra la costa este de Estados Unidos... Pero el mierda de Khrushov lo tenía todo planeado y se echó atrás.

Y el Che siguió proporcionando detalles que nadie conocía. Ni siquiera nosotros, los cubanos.

Dijo que Fidel y Raúl Castro establecieron un pacto militar con Moscú. Para autorizar la instalación de los cohetes en la isla, los soviéticos tenían que comprometerse a una serie de condiciones. A saber: lograr que Washington firmara un acuerdo de no invasión de Cuba. Segundo: desmantelamiento de la base norteamericana de Guantánamo. Tercero: entrega a Cuba de veinticuatro misiles balísticos de alcance medio (suficiente para alcanzar Florida), dieciséis de alcance intermedio, cuarenta bombas nucleares, veinticuatro baterías de misiles SAM-2 (tierra-tierra), 42 cazas MIG, 42 bombarderos IL-28, doce buques Komar con misiles de crucero y cuatro regimientos de combate, con un total de 42 000 hombres.

El acuerdo debía renovarse cada cinco años.

El 30 de agosto de 1962, el propio Che se reunió en Crimea con el dirigente ruso Khrushchov. Y este aceptó el pacto.

Cuando los misiles fueron descubiertos por los aviones de reconocimiento de USA, Moscú llegó a un acuerdo con Washington: retiraría las bombas nucleares de Cuba si Estados Unidos hacía lo propio con los cohetes que apuntaban a la Unión Soviética, en Turquía.

—¡Hijo de puta! —bramó el Che—. Pudimos humillarlos. Pudimos destrozarlos...

—¿Hubiera usted lanzado las cuarenta bombas nucleares sobre la costa este de Norteamérica?

Mi pregunta molestó al comandante. Y replicó a gritos:

—¡El revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor! Sí. Hubiéramos lanzado los misiles. Hubiera sido una buena tangana...

Guardé silencio. El Che volvía a mentir. El único que deseaba semejante mortandad era él. Fidel no aprobó la locura de su «amigo».

Esa noche dormí mal. Aquel hombre era un perturbado. Yo quería volver a mi isla...

NOS COMEMOS LOS CABALLOS

El 30 de mayo (1967) volvimos a tropezar con un pelotón de soldados. Los detectamos a tiempo y los emboscamos. Cayeron como moscas. Solo eran reclutas con más miedo que vergüenza.

Resultado: tres muertos y un herido.

No me siento orgulloso de esta nueva matanza; no después de lo que oí sobre las bombas atómicas. Esta guerrilla no obedece a la necesidad de una revolución y de un cambio social. Esta guerrilla es el juguete de un hombre desequilibrado y con una sed interminable de venganza. No es justo.

Estoy pensando seriamente en abandonar.

El Che nos dirige la palabra y —eufórico— asegura que la publicidad provocada por el apresamiento de Debray es «todo un éxito». Dice que estamos a un paso de la victoria... (!).

Si el mes de mayo fue malo, junio fue infinitamente peor.

La radio trajo pésimas noticias: dos compañeros —del grupo de Joaquín— fueron abatidos. No dieron más información.

El Che nos puso en pie y tratamos de encontrar la retaguardia. Empeño inútil. Estábamos tan perdidos como la gente de Joaquín. Subimos y bajamos colinas inútilmente.

El 10 de junio tropezamos con otra patrulla. Los emboscamos y acabamos con la vida de otro soldadito.

Nadie lo sabe pero he decidido disparar al suelo. No volveré a matar a nadie.

El 14 de junio celebramos el cumpleaños del Che. Le han caído treinta y nueve. Los bolivianos hacen un *locro*, una sopa con arroz, papas y los restos de la poca carne salada que nos queda.

Alguien saca una botella de ron y brindamos. El Che habla de su futuro como guerrillero. Dice que le espera la gloria y toda América bajo sus botas.

«Mami, por favor, sácame de aquí».

Uno de los compañeros aprovecha el buen humor del comandante y saca a relucir otro asunto tabú (en Cuba): el desaparecido comandante Camilo Cienfuegos. En octubre de 1959, a los pocos meses del triunfo de la revolución, Camilo, el gran héroe, desapareció cuando volaba en su Cessna desde Camagüey a La Habana. Nunca lo encontraron y tampoco los restos de la avioneta.

El Che se encogió de hombros y respondió:

—Pregunten a la Armada...

Al detectar nuestra extrañeza, añadió con amargura:

—Le hacía sombra a Fidel. Era el verdadero líder. El pueblo lo amaba. Alguien lo liquidó.

Se hizo un silencio de plomo.

Y el Che, que nunca atrancaba, remató:

—Un buque de la Marina de Guerra acudió al lugar del siniestro y retiró la totalidad de los restos del avión.

—¿Y el cuerpo del comandante Cienfuegos?

El Che se negó a responder.

Los días siguientes fueron de relativa calma.

Tuvimos que sacrificar los caballos. El hambre era insoportable y los hombres se negaban a dar un paso.

El Che continuó con su trabajo como sacamuelas. Y el asma le salió al paso de nuevo, destrozándolo. Ya no quedaban prácticamente medicinas. El Che tuvo que recurrir a las inyecciones de adrenalina. Eso le permitió caminar, aunque con grandes quebrantos. Por cierto, gran novedad: el comandante se ha lavado en uno de los arroyos. Lleva seis meses sin tocar el agua. Pero el olor a sudor sigue siendo insoportable. En su juventud lo llamaban *Chancho* (cerdo), con razón.

El 26 de junio, nueva emboscada a los soldaditos.

Caen cuatro. Tuma y Pombo resultan heridos. El primero de gravedad, con un tiro en el vientre. El Che intenta operarlo pero muere en la operación. Tenía el hígado destrozado. Pombo se recupera. Antes de morir, Tuma entrega su Rolex al Che.

En mi cuenta sumamos veinticinco soldados muertos. Nosotros quedamos veinticuatro.

La tensión se hace insufrible. Seguimos sin noticias de Joaquín y su retaguardia. El ejército ha desembarcado nuevos efectivos. Ya no son diez mil soldados. Hablan en las emisoras locales de la operación «Cintia»: una tenaza mortal, con casi treinta mil hombres.

El Che pierde los nervios a cada paso. La última ha sido el acuchillamiento de la yegua que montaba. Cuando el pobre animal se ha negado a caminar, el comandante ha blasfemado y le ha lanzado un machetazo en el cuello.

Esa noche, en la cena, ha solicitado disculpas y ha largado un discurso incendiario sobre la necesidad de superar los graves problemas que nos acosan. «Solo así —ha dicho— nos convertiremos en verdaderos revolucionarios: el escalón más alto de la especie humana».

«Mami: no quiero ser ese escalón...».

Definitivamente, este hombre debería ser encerrado en un loquero.

A KENNEDY LO MATARON LOS ANTICASTRISTAS

El 6 de julio (1967) debería pasar a la historia como el día de la «vergüenza guerrillera».

El Che ordenó que camináramos hacia una de las peñas —creo recordar que habló de la Colorada— y así lo hicimos.

Nos cruzamos con algunos campesinos y, al vernos, huyeron espantados y entre alaridos, como si hubieran visto a una banda de demonios. Y en realidad lo parecíamos. Las barbas nos llegaban al pecho, las ropas eran harapos y nadie se había peinado en meses.

No pudimos obtener información. Ninguno hablaba español.

Después de dejar atrás el alto de Palermo iniciamos otro penoso descenso hacia un grupo de chozas. La gente huyó de nuevo.

Entramos en una pulpería y conseguimos ropa y bastantes viandas. Pero no supimos qué hacer. El propietario había desaparecido. Así que dejamos una nota manuscrita con los víveres que encontramos y calculamos el importe. El Che dejó unos pesos (muy pocos). Con eso no llegaba ni para pagar el tabaco.

Fue otro error.

La nota no tardaría en caer en poder de los militares.

Por la noche acampamos cerca de una carretera de tierra que, al parecer, llevaba a Samaipata.

Y el Che trazó un plan. En la noche interceptaríamos un camión —el primero que pasase— y nos dirigiríamos a la referida Samaipata. En el pueblo tomaríamos el cuartel de la policía,

saquearíamos el hospital y compraríamos golosinas. Después, victoriosos, regresaríamos a la zona de la pulpería.

Y nos preguntamos: ¿para qué necesitamos golosinas? Lo que queremos es volver al campamento central y, a ser posible, a casa...

Pero nadie se atrevió a contrariar al loco.

Hacia las once (p. m.), en efecto, paramos un camión que procedía de Santa Cruz de la Sierra.

Intentamos que bajaran los pasajeros, pero algunos se resistieron. Y empezó un tira y afloja. Algunos reclamaban el dinero del bus. Los compañeros consultaron al Che y este se negó a abonar los boletos. Y empezaron las discusiones entre el comandante y los cubanos. Los pasajeros del camión se asomaron a las ventanillas y aplaudían a los que trataban de convencer al Che. Y este levantaba el puño y amenazaba a los viajeros.

En eso llegó un segundo bus. El chófer se bajó, pensando en un accidente. Y lo mismo hicieron los treinta o cuarenta pasajeros. La discusión se endemonió.

Y en esas estábamos cuando vimos aparecer un tercer y un cuarto camión. El carril quedó obstruido. Aquello fue una multitud. Bajaron campesinas con enormes faldas multicolores, gallinas, cerdos y hasta cabras. La gente se puso a vender fruta y refrescos mientras el Che se desesperaba.

Alguien disparó al aire y la gente salió corriendo hacia los bosques.

Después llegaron un quinto y un sexto camión. Pero este último no paró. Y tuvimos que disparar a las ruedas: ¡25 balazos! Cuando el chófer se bajó y comprobó el desastre, se encaró con los compañeros, muy enfadado. Tuvimos que pagarle las cuatro gomas. El conductor se contentó y se tomó un refresco con nosotros.

Con grandes esfuerzos logramos vaciar uno de los buses, aunque no del todo.

Una viejita, con su nieta, dijo que no se bajaba.

No hubo forma de convencerla. Entre otras razones porque solo hablaba guaraní.

El Che dijo que estaba hasta los cojones y que le pegaran un tiro allí mismo. La niña se echó a llorar y, malamente, lo convencimos para que las dejaran en paz.

Seis compañeros subieron al camión y se marcharon hacia el pueblo de Samaipata. El resto permanecimos en la carretera, vigilando los buses y a los casi trescientos pasajeros que se sentaron en la tierra y en las laderas de las colinas.

Al alba regresaron Coco, Pacho, el Chino, Julio, Aniceto y Ricardo.

Llegaron descompuestos.

Según contaron, al entrar en Samaipata, y cuando se dirigían a pie hacia la sede de la policía, uno de los bolivianos tropezó en los adoquines de la calle y cayó al suelo. La mala suerte hizo que el fusil se disparase. El tiro entró por la puerta del cuartel y alertó a los agentes. En segundos los vieron salir con las manos en alto. Se rindieron. Total: catorce prisioneros.

Los desnudaron y los hicieron correr por el pueblo, ante el asombro de la población.

Mientras tanto, un vehículo de la alcaldía recorría las calles con un altoparlante y repetía «Ciudadanos de Samaipata: gentes foráneas, gentes extranjeras vienen a invadirnos». A eso de la una de la madrugada, los compañeros llegaron hasta la farmacia. Aporrearon la puerta durante un rato, pero el boticario —un tal Isturia— no quería abrir. La mujer lo convenció. El Chino registró la farmacia, llenó una bolsa con medicinas y se pusieron a ajustar cuentas con Isturia. Pero los números no salían y los compañeros y los soldados, prisioneros en el camión, empezaron a gritar, pidiendo al Chino que se apurase. Aquello fue eterno. Tras pagar 1800 pesos se largaron. Pero, entre las medicinas, no estaban las que necesitaba el Che...

El enfado del comandante fue épico. Se pasó la tarde pateando las piedras.

Cuando los camiones se alejaron, los compañeros hicieron ver al Che que estábamos en una zona de alto riesgo. Los viajeros y los agentes de Samaipata no tardarían en dar la alerta al ejército. Teníamos que salir de allí.

Caminamos sin descanso y sin rumbo, hasta que caímos rendidos.

Al día siguiente alcanzamos un campo de caña. Un campesino nos vende un chanco e informa de la presencia de numerosos soldados en los alrededores. No hay más remedio que ocultarse de día y caminar en la oscuridad.

Los disgustos han empeorado el asma del Che. Es necesario inyectarle una solución de adrenalina para que pueda caminar. Las emisoras hablan de un policía muerto en el asalto a Samaipata. No es cierto.

Esa mañana, al acampar en un bosque impenetrable, mientras sirven el desayuno (té y galletas), surge la conversación sobre el asesinato presidente Kennedy.

El Che vuelve a sorprendernos.

Dice que tiene información sobre los verdaderos autores del magnicidio. No fue Oswald, ni la mafia, ni tampoco la CIA quienes lo mataron. Y se extendió sobre las conversaciones secretas que mantuvieron Fidel Castro y Kennedy dos meses antes del asesinato en la ciudad de Dallas. Se trataba —dijo— de normalizar las relaciones entre Washington y La Habana. Pero ese gesto no gustó a los anticastristas de Miami. Y en noviembre de 1963 lo ejecutaron. Fue una venganza por el abandono de Estados Unidos a los patriotas cubanos que desembarcaron en la bahía de Cochinos y que costó 114 muertos y 1500 prisioneros. Los anticastristas no querían (ni quieren) ningún tipo de aproximación de Estados Unidos a la Cuba de Fidel.

El Che sabía de los nombres de los asesinos, y también Fidel y Barbarroja.

El 12 de julio llegan noticias de la muerte de otro compañero guerrillero en la zona de Iquira. Hablan de Serapio Tudela, del grupo

de Joaquín. Sospechamos que la retaguardia también lo está pasando mal. Están rodeados.

El 15 de julio, el general Barrientos confirma lo que ya habíamos oído en días anteriores: la operación «Cintia» está en marcha. La dirige el general Terán. Los militares hablan en las emisoras locales y aseguran que nos aplastarán.

La moral de los guerrilleros está por los suelos. Los bolivianos lloran. No quieren morir. Los cubanos nos emborrachamos cada vez que podemos. Tampoco queremos morir, y menos por una causa tan desquiciada. Pero somos militares, y debemos obediencia al mando.

El 27 de julio (1967) aparece otra patrulla militar. La emboscamos con facilidad. Resultado: cuatro soldaditos muertos. Yo sigo disparando al suelo o al aire.

Contabilizo 38 soldados muertos desde el inicio de esta absurda campaña.

El asma del Che no da tregua. Se asfixia. Tiene que echar mano de los inhaladores constantemente.

El 30 de julio llegamos a la desembocadura de un río. No sabemos si se trata del Suspiro. Los malditos mapas de Barbarroja no lo dicen. Caminamos una hora más y acampamos. El Chino habla de la necesidad de llevar la guerrilla al Perú, su país. Los cubanos no estamos de acuerdo; no de esta manera...

El Che ha pasado la noche en vela, estrangulado por la asfixia.

A eso de las cuatro de la madrugada, uno de los centinelas da la voz de alerta. Hay soldados muy cerca. Calculamos unos 150.

La balacera no se hace esperar. Raúl, uno de los nuestros, cae muerto. Le han disparado en la boca. Otros dos compañeros están heridos.

Huimos a la carrera, sin orden. Perdemos once mochilas. Nos hemos quedado sin medicinas y casi sin munición.

Al día siguiente oímos en la radio que han muerto dos soldados en la refriega. Sumo cuarenta fallecidos. Nosotros quedamos veintidós y totalmente desmoralizados.

El Che sigue empeñado en reunirse con la retaguardia que dirige Joaquín. Ya nadie trata de convencerlo de lo inútil del intento. Estamos rodeados por miles de soldados. ¿Por qué no lo ve?

El 3 de agosto (1967), el comandante está tan débil que es preciso inyectarle novocaína. No responde al tratamiento.

Durante horas no hay jefe. No sabemos qué hacer ni hacia dónde caminar.

El hambre aprieta y tomamos la ingrata decisión de sacrificar los caballos. Los matamos en silencio. Los dejamos que se desangren y preparamos la carne para el festín y para su transporte. El campamento es un río de sangre. Para colmo, muere *Anselmo*, el caballo que nos acompaña desde el principio. Ha muerto de agotamiento. Con todo nuestro pesar, también es despiezado y salado.

El Che se recupera un poco y toma el mando.

La radio trae malas noticias: un guerrillero del grupo de Joaquín ha caído en otra refriega.

ALUCINACIONES

El 13 de agosto (1967) sucede algo que preocupa seriamente al grupo. Uno de los muchachos —al que llamamos *Chapaco*— regresa a la carrera al campamento y, nervioso, asegura haber visto soldados en una vaguada cercana. Dice que son cinco, pero muy altos. Y visten uniformes blancos. A su lado hay un aparato redondo, «con muchas luces de colores».

El Che envía una patrulla, pero no ven nada.

Chapaco gime y se lamenta. Dice y repite que los vio muy cerca: a cosa de cincuenta metros, o menos. Eran «soldados» de más de dos metros. No llevaban armas. La nave no tenía puertas ni ventanas. Solo luces de colores. Tampoco oyó ruido.

Los compañeros se ríen del boliviano y piensan que ha sufrido una alucinación, consecuencia del cansancio, del miedo y de la carne de caballo.

El Che pide que no nos burlemos del compañero y revela algo que vivieron los comandantes cuando peleaban en la Sierra Maestra.

Una luz muy intensa y silenciosa descendió sobre el grupo e iluminó el monte como si fuera de día.

—Cuando pensamos en hacer uso de las armas —explicó—, la cosa aquella salió disparada hacia lo alto. No era un helicóptero ni tampoco un avión. Era una esfera enorme.

El boliviano, al escuchar el testimonio del Che, se ha quedado más tranquilo.

El 13 de agosto, el comandante toma tres tabletas al día, pero el asma no remite.

Dos días más tarde, las emisoras locales anuncian otra refriega. Caen dos guerrilleros del grupo de Joaquín. No sabemos dónde.

La moral es bajísima.

Hablamos entre los cubanos sobre la necesidad de evacuar al Che (quiera o no quiera) y trasladarlo a Cuba. Lo mejor sería por el norte, por la frontera de Brasil. Está menos vigilada. Pero ¿cómo hacerlo? Además, sería traición.

Siguen las malas noticias. El 25 de agosto anuncian otra emboscada en la zona de Camiri. Se trata de los guerrilleros de Joaquín, una vez más. No sabemos si hay muertos.

El Che pierde los nervios y golpea a un compañero.

Esto no puede seguir así. Tenemos que tomar una decisión o moriremos todos. El comandante está claramente incapacitado para el mando.

28 de agosto.

Seguimos dando vueltas por los montes y bosques.

El Che se limita a gritar.

Hace días que carecemos de agua. La mitigamos con los higos chumbos que encontramos. Los muchachos han vuelto a beber la orina. Y las consecuencias no tardan en presentarse: empiezan de nuevo las diarreas.

Los bolivianos se presentan ante el Che y solicitan su retirada de la guerrilla.

El comandante dice que lo pensará.

La situación es crítica. No hay respaldo del campesinado. Todo lo contrario. No tenemos conexión con «Manila». No hay suministros de nada. No sabemos realmente dónde nos encontramos. El grupo de Joaquín está tan acosado como nosotros. No hay víveres ni agua. Casi no queda munición y la moral combativa no existe.

Ahora lo veo claro: la trampa urdida por Fidel se está cerrando. El Che caerá, y nosotros con él.



Mi nombre de guerra es *Saturno*. Soy coronel del ejército boliviano y jefe de la Octava División.

Desde el mes de abril (1967), en el que tuvimos la certeza de que Ernesto Guevara de la Serna, alias *Che*, se encontraba en Bolivia al frente de un grupo de rojos, he trabajado sin descanso en las operaciones de búsqueda de estos comunistas.

Desde ese mes de abril, los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas fueron infiltrando decenas de agentes secretos, de paisano, que convivieron con los campesinos y fueron reuniendo una información preciosa.

En esos meses —entre abril y junio—, los agentes infiltrados contactaron con un campesino llamado Honorato Rojas.

En su día, tanto Honorato como su hijo Lucio habían servido de guías a los subversivos del Che, facilitándoles víveres e información de la zona.

Los amenazamos con meterlos en prisión y Honorato cambió de actitud. Fue fácil «darle la vuelta». Si volvía a ver a los barbudos avisaría al ejército. Y con esa condición quedaron libres. Fue un excelente trabajo del capitán Mario Vargas.

LA CARRERA DEL SOLDADO REA

Y llegó la gran ocasión...

En la mañana del 30 de agosto (1967), el grupo de guerrilleros de Joaquín se aproximó a la casa de Honorato Rojas, cerca del río Grande.

Joaquín envió a tres exploradores para conversar con Honorato. Necesitaban comida y, sobre todo, que los guiara para cruzar el río.

Coincidió que, horas antes, varios soldados se habían presentado también en la vivienda del campesino. Buscaban información. Los mandaba el subteniente Barbery.

Mientras conversaban con Honorato, uno de los soldados —Fidel Rea— se desplazó río arriba con la intención de pescar.

Al ver llegar a los tres rojos, los soldados se ocultaron.

Y la esposa de Rojas, hábilmente, logró enviar a uno de sus hijos al encuentro del soldado Rea, advirtiéndole de la presencia de los subversivos.

Honorato conversó con los exploradores y aceptó el trato: los guiaría al otro lado del río Grande. Pero eso tendría que ser al día siguiente. Por la noche no era conveniente vadear las aguas. Las crecidas eran repentinas y peligrosas.

Los guerrilleros aceptaron y regresaron con el grupo de Joaquín.

Mientras tanto, el soldado Rea había emprendido una agotadora carrera hasta el acuartelamiento del capitán Mario Vargas, a 40 kilómetros de la casa de Honorato Rojas. Cruzó montes y quebradas, y llegó, exhausto, a las seis de la tarde. Una hazaña comparable a la del soldado ateniense Filípides, cuando llevó la noticia del triunfo de los griegos sobre los persas (año 490 a. C.). El

capitán Vargas, en la población de Lajas, movilizó a sus hombres y se trasladó a los dominios de Honorato Rojas. Allí confirmó la noticia de la presencia de los guerrilleros y estableció un plan para emboscarlos cuando cruzaran las aguas del río Grande.

Honorato y su familia —según el capitán Vargas— debían proseguir su vida con absoluta normalidad. Los soldados se apostarían en ambas márgenes del río, muy cerca del punto por el que tenían que cruzar los subversivos.

UNA CAMISA BLANCA

Y el capitán y Honorato acordaron también que este debería vestir una camisa blanca. Eso le distinguiría de los comunistas.

Una vez llegados al cauce, Honorato tendría que buscar una excusa para regresar a su casa. Del resto se ocuparían los soldados.

Y poco antes del amanecer, la fuerza del capitán Mario Vargas tomó posiciones entre las rocas y la maleza, a escasos metros del lugar por el que tenían que vadear los guerrilleros.

El lugar es conocido como vado del Yeso, a un kilómetro y medio de Puerto Mauricio y a 60 al sureste de Vallegrande.

A la hora convenida, los rojos se presentaron en los dominios de Honorato. Y Joaquín pidió al campesino que, una vez cruzado el río, buscara sal para preparar una vaca.

—Lo haré —respondió Honorato—. Buscaré la sal en el pueblo de Arenales.

Era la excusa que necesitaba nuestro hombre.

Honorato señaló el vado por el que debían cruzar y recomendó que lo hicieran todos juntos.

—Ellos —declaró el campesino— querían pasar de uno en uno. Les dije que no. Eso demoraría mucho. Aceptaron.

NUEVE HORAS DE ESPERA

El 31 de agosto (1967), al alba, un total de 41 soldados, al mando del capitán Vargas, se distribuyó a lo largo del río, ocupando 90 metros de playa. El lugar por el que tenían que vadear los rojos no superaba los cuarenta metros de anchura.

Allí, inmóviles y mimetizados, tenían que esperar la orden del capitán para abrir fuego. La señal sería un disparo.

Fueron nueve horas largas de angustiosa espera.

Los soldados no podían moverse, no podían hablar, no podían aproximarse al río para beber, no podían desplazarse para hacer sus necesidades. Si deseaban orinar tenían que hacerlo en los pantalones. Los mosquitos, tábanos y zancudos cayeron sobre ellos como una nube y los abrasaron. Al terminar la jornada estaban irreconocibles. El sol empezó a apretar y la temperatura alcanzó los 35 grados Celsius. Hubo algunos desmayos, pero nadie se movió de su sitio.

A las 17 horas, poco antes de la puesta de sol, vieron aparecer unas sombras. Eran los subversivos.

Caminaron despacio hasta la orilla del río. Parecían muy cansados.

Y se detuvieron.

Uno de ellos, alto y fornido, se adelantó. Llevaba en la mano izquierda una ametralladora Browning, con la banda de munición colgada del hombro. En la otra mano portaba un machete. Se trataba de Israel Reyes, alias *Braulio* (cubano).

Entre los guerrilleros se hallaba Honorato Rojas, con una inmaculada camisa blanca. Se distinguía a la perfección.

Braulio cruzó el río y permaneció unos segundos contemplando la rivera, a derecha e izquierda. Pero no se movió. Ese fue un error.

Después, convencido de que el terreno estaba despejado, se inclinó hacia el río y metió la mano en el agua, bebiendo en la palma.

Era la señal.

Y el grupo empezó a vadear el cauce. Honorato, el campesino, huyó del lugar.

Tania, que era la última, cambió de pronto su posición (no se sabe por qué) y otro guerrillero cerró la columna. Este último —que logró salvar la vida gracias a ese cambio— era José Castillo, alias *Paco*.

Fueron instantes de gran tensión.

Los soldados apuntaron sus rifles y esperaron la señal del capitán.

A las 17 horas y 17 minutos, Mario Vargas abrió fuego y derribó a uno de los subversivos.

Acto seguido, los soldados dispararon sobre la columna y liquidaron a los comunistas de Castro.

El único que reaccionó fue Braulio, que se encontraba en la otra orilla. Disparó dos ráfagas y mató al soldado Antonio Vaca.

En cinco minutos todo había terminado. El capitán ordenó el alto el fuego y se hizo un silencio de muerte.

Olía a pólvora.

Algunas bandadas de palomas huían aterradas.

El río se volvió rojo.

Paco, el único superviviente, se había escondido detrás de una roca, pero fue localizado y hecho prisionero.

Y antes de que cayera la noche, los soldados sacaron los cadáveres del agua. El río había empezado a arrastrarlos.

El guerrillero superviviente fue identificando los cuerpos.

Se trataba, en efecto, del grupo de retaguardia que capitaneaba el cubano Joaquín. Inicialmente eran diecisiete. Ahora, al cruzar el río, quedaban diez.

Pero solo fueron hallados siete cuerpos. Faltaban dos guerrilleros.

Los identificados fueron los siguientes: Juan Vitalio Acuña, alias *Joaquín* (jefe del grupo), Braulio y Alejandro (cubanos), Moisés Guevara, Apolinar Aquino, Walter Arancibia y Freddy Maymura (bolivianos).

Al día siguiente —primero de septiembre— los cadáveres fueron trasladados a Lajas y, posteriormente, a la sede del Batallón III de Ingenieros, a 60 kilómetros de Vallegrande. Los cuerpos fueron expuestos y, por último, sepultados en secreto. La operación corrió a cargo del coronel Selich, subjefe del Regimiento Pando de Ingenieros Militares con base en Vallegrande.

Dos días después (3 de septiembre), el guerrillero huido —Restituto José Cabrera, alias *Negro*— fue localizado y muerto. Era un médico peruano.

El 6 de septiembre, en otra operación de rastillaje en el vado del Yeso, en río Grande, fue encontrado el cuerpo de Tania, la triple espía. Se hallaba a 800 metros del lugar de la emboscada, atorado entre las piedras. Apareció hinchada y con la cara y las manos comidas por los peces. La descomposición del cadáver era muy avanzada. Tenía treinta años de edad.

Al practicarle la autopsia se comprobó que había recibido un disparo en un pulmón. Estaba embarazada de tres meses. ¿Hijo del Che?

Los restos de Tania fueron enterrados en secreto, también por el coronel Selich.

La fosa común en la que fueron sepultados los guerrilleros y la tumba de Tania figuran en los informes confidenciales de las Fuerzas Armadas, juntamente con las correspondientes fotografías y las coordenadas de ambas sepulturas. Dichos papeles nunca han sido desclasificados.

50 000 PESOS

El éxito de la operación elevó la moral de las tropas y los servicios de inteligencia recomendaron la intensificación de los infiltrados, así como nuevas campañas de propaganda contra los rojos que habían invadido Bolivia.

Y las emisoras de radio lanzaron toda suerte de noticias falsas sobre las operaciones del ejército.

Parte de la guerra psicológica se llevó a cabo desde el aire, con la distribución de miles de octavillas en las que se ofrecía una recompensa de 50 000 pesos bolivianos para aquel que proporcionara pistas sobre la guerrilla y, en especial, sobre el Che.

Las denuncias llegaron a decenas.



Tras el descalabro del grupo de Joaquín, el mayor Saucedo, de la inteligencia militar boliviana, me pidió que le acompañara a Vallegrande con el fin de interrogar a Paco, el único superviviente del grupo guerrillero.

Lo hice encantado.

Y el 3 de septiembre volamos desde Santa Cruz de la Sierra.

Al entrar en el hospital de Nuestro Señor de Malta, donde se hallaba José Castillo (alias *Paco*), quedamos desconcertados.

El prisionero, sentado en una silla, aparecía rodeado por diez soldados, armados hasta los dientes. Los militares le apuntaban con los fusiles, dispuestos a abrir fuego a cualquier movimiento. Paco era un pobre hombre, sucio y herido, que no sabía dónde mirar.

El guerrillero había sido torturado por el coronel Selich.

Le fueron arrancadas las uñas, una a una, pero Paco no dijo nada.

Quedé asombrado. Y me propuse trasladar al prisionero a la ciudad de Santa Cruz.

Pero tropecé con la obstinación de Selich.

El coronel había comunicado a la prensa que Paco estaba malherido y que no tardaría en morir. En realidad, el guerrillero solo tenía heridas superficiales. El coronel Selich pretendía fusilarlo.

Hablé con el general Lafuente y solicité la custodia del subversivo.

Selich se opuso, pero conseguí convencer al general. Yo podía obtener información, pero por otros métodos.

Metí a Paco en un avión y conseguí trasladarlo al cuartel de la Octava División, en Santa Cruz de la Sierra.

En el camino, el guerrillero, que no dejaba de gritar, aseguró que él había sido engañado y que no deseaba luchar con la guerrilla.

Necesité dos semanas para convencerlo de que nadie lo mataría. Lo curé y, poco a poco, fue contando lo que necesitábamos.

La información fue clave.

Supimos quiénes eran los guerrilleros, confirmamos la presencia del Che, y Paco habló de cómo funcionaba el grupo. La vanguardia siempre se movía por delante, a cosa de mil metros. Después caminaba el grueso de la guerrilla, o «centro», y, también a mil metros, se desplazaba la retaguardia.

Nos dijo quién había muerto y cuál era el estado de la guerrilla. Según Paco, la situación era muy mala. Carecían de alimentos y el contacto con el exterior era nulo.

Y aclaramos igualmente otro de los errores que circulaba desde la destrucción del grupo de Joaquín. El Che no había muerto. La confusión se debía a la muerte de David Guevara, un boliviano que formaba parte de la referida retaguardia de Joaquín.

El guerrillero contó que la situación del Che era penosa. Viajaba a lomos de una mula y los hombres tenían que ayudarlo a subir y bajar de la caballería. El asma lo estaba matando. Fumaba en una pipa de plata y marchaba siempre en el «centro» de la columna. Sus hombres (los cubanos) lo trataban como a un dios. Llevaba dos relojes y jamás se lavaba. Olía a muerto.

La información, como digo, fue utilísima.

Meses después, Paco ingresó en los servicios de inteligencia del ejército de Bolivia. Hoy es un convencido anticomunista.



Nos enteramos de la caída de Joaquín y los suyos por la *Voz de América*. Eso ocurrió el 1 de septiembre. Tratamos de confirmar la mala noticia pero no fue posible. Ninguna emisora local dice nada.

El comandante cree que se trata de un *paquetazo* (una mentira difundida por la inteligencia boliviana). Yo no estoy de acuerdo.

Si la caza de Joaquín es cierta, nuestra situación es digna de revisión. Deberíamos abandonar el país —ahora que estamos a tiempo— y regresar a casa. Pero ¿quién se lo dice?

La radio asegura que el Che ha muerto en la emboscada tendida a Joaquín. Nos reímos. Otros guardan silencio. El error confirma que la noticia de la muerte de Joaquín y los otros compañeros es cierta. El «otro Guevara» era un boliviano que marchaba en la retaguardia.

EL CHE MATA UN PERRO

Continuamos caminando hacia el norte.

El 3 de septiembre (1967) se registra otra emboscada.

Aparecen algunos soldados. Llevan perros.

Hay un intercambio de disparos. Vemos caer a un soldadito.

El Che asegura que ha matado a uno de los pastores alemanes.

Está eufórico, aunque todos salimos corriendo como conejos.

No ha sido posible capturar ni un grano de arroz.

Caminamos como podemos, siempre hacia el norte.

Las rencillas entre nosotros son ya infantiles. Nos acusamos mutuamente por cualquier cosa.

El día 6 oímos la noticia del hallazgo del cuerpo de Tania. Nueva confirmación de la derrota de Joaquín.

El comandante se retira y llora. Todos sabemos por qué.

Horas después, las emisoras locales anuncian la llegada del general Barrientos, presidente de la República. Dicen que se trata de una visita rutinaria a las tropas, pero nosotros sabemos la verdad: Barrientos fue amante de Tania.

El general asiste al entierro de la guerrillera.

SIGUEN LAS ALUCINACIONES

El 10 de septiembre (1967), al cruzar un río, el Che pierde los zapatos. Es preciso detener la columna para buscarlos. Al fin encontramos uno.

Esperaba que siguiera caminando descalzo. Ese fue el castigo que me impuso cuando yo perdí los míos al vadear un cauce con una balsa. Pero no. Él se calza y continúa.

Este no es el Che que conocí en Sierra Maestra...

En la noche del 12 de septiembre, el comandante despierta sobresaltado y entre gritos.

Asegura que ha tenido una pesadilla. Y cuenta lo siguiente: en el sueño vio a Celia, su madre, fallecida en 1965 como consecuencia de un cáncer.

«Estaba bellísima —afirmó el Che—. Parecía que tuviera veinte años... Se acercó a mí y me hizo señas para que me alejara... E insistió mucho: “Marcha de aquí, querido”... Lo repitió tres veces... Después desapareció...».

El Che dice que son alucinaciones, «muy propias de la tensión del combate». Los compañeros no sabemos qué pensar. Yo creo que puede tratarse de una advertencia de los cielos. La madre le está avisando. Esto no va bien.

Esa mañana, el Che nos reúne y cuenta algo que le ocurrió cuando era joven, en las montañas de Guatemala. ¿O no fue en Guatemala? La cuestión es que —según dice— una noche se le presentó un extraño individuo. Tenía solo cuatro dientes. Surgió en mitad de la oscuridad, entre relámpagos. Y habló con el Che y le anunció su muerte, con el puño en alto y en defensa del pueblo

oprimido. Y asegura que esa noche oyó el «aullido bestial del proletariado triunfante».

Yo creo que este hombre está perdiendo el juicio...

Los días, en aquel mes de septiembre, prosiguieron lentos y fatigosos.

La comida se terminó y nos vimos en la necesidad de comer buey podrido. Encontramos los restos en una de las vaguadas. Tuvimos que emplearnos a fondo con los buitres que lo devoraban.

El Che sigue atacado por el asma. Ahora ingiere tres tabletas al día, pero el mal no le da tregua.

Sigue obsesionado con la altitud. La mide a cada paso.

Las peleas no cesan. Los compañeros nos vigilamos como fieras, pendientes de cada gesto. Esto no es una guerrilla revolucionaria.

Ahora nos robamos hasta las balas...

El 18 de septiembre (1967), al cruzar un barranco, perdemos una mula. El Che, furioso, detiene a cuatro campesinos que nos indican por dónde seguir.

El comandante lo paga conmigo. Me llama «comemierda» y termino en un rincón, avergonzado. No sé de qué me acusa.

Los aviones sobrevuelan la zona y lanzan bombas de napalm. Nadie ha resultado herido.

El día 19, para colmo de males, se termina la tinta de la pluma del Che. Alguien le presta otra, pero el comandante se queja. Es tinta azul y, por tanto, burguesa. Eso dice.

«Mami: sácame de aquí».

CONFERENCIA EN ALTO SECO

El 21 de septiembre, tras caminar durante la noche, avistamos una aldea. Son cuatro casas. Lo llaman Alto Seco. Estamos a dos mil metros de altitud.

Pero los campesinos nos han detectado y han corrido a dar cuenta al ejército.

Como represalia, el Che ordena entrar en la pulpería y confiscar los víveres. Esto no es confiscar; esto es robar...

Nos alojamos en una pequeña casa, a las afueras. Podemos descansar durante unas horas. Los soldados no tardarán en aparecer.

Los campesinos han huido. Solo quedan unos pocos, que terminan acercándose, curiosos.

Y uno de los compañeros —Inti— tiene una idea. Los reúne en la escuela del pueblo (en realidad, en la casa de una de las maestras, una tal Justa Pérez) y larga un discurso sobre las excelencias de la revolución. Habla de la lucha del proletariado y de la necesaria justicia social.

Los veinte aldeanos y tres maestros miran con asombro. Y digo bien: miran, porque los campesinos no entienden español. Solo hablan guaraní. Uno de los maestros —Walter Romero— es el único que pregunta.

Dos días más tarde decidimos continuar el camino.

El Che sigue con sus alucinaciones.

Ahora ve naranjales bellísimos por todas partes.

Estamos descompuestos. El comandante no está en condiciones de nada. ¿Qué haremos?

Aunque tenemos provisiones de sobra, las peleas son diarias. No importa por qué. La tensión es máxima. Pero el comandante sigue aislado, con su diario, sus libros, su pipa y su asma.

Llegamos a otra ranchería —a la que llaman Pujío—, pero todos han huido. Solo queda un campesino ciego. Después de mucho negociar le compramos un cerdo.

Estamos violando las reglas de la guerrilla. Ahora caminamos a la luz del día, sin protección alguna, y sabiendo que el ejército nos pisa los talones. No hay apoyo del pueblo; todo lo contrario. El comandante está enfermo y desquiciado. Somos muy pocos y sin moral. Queremos regresar a casa...

LA HIGUERA

El 26 de septiembre (1967) llegamos a otra aldeíta. La llaman La Higuera. No tiene ni trescientos habitantes. Las casas son de adobe.

La gente, al saber de nuestra proximidad, ha escapado.

Se trata de un pueblo perdido entre dos crestas rocosas.

En la casa del telegrafista encontramos una notificación del día 22. En ella se comunica a Vallegrande que «los rojos están en las proximidades de La Higuera». No sabemos dónde están los soldados. El telegrafista también ha huido.

El Che envía a varios exploradores en dirección a Jagüey, el pueblo más cercano. Yo soy uno de esos exploradores.

Al dejar atrás la primera loma caímos en una emboscada. Resultado: tres compañeros muertos. Yo resulté herido, pero pude llegar a La Higuera en la compañía de Pablo y Aniceto.

Ahora lo sé: la emboscada en las cercanías de La Higuera fue premonitoria. Y también sé que la pesadilla del Che, en la que vio a Celia, su madre, no fue un sueño. Fue mucho más...

Como pudimos nos refugiamos en un bosquecillo, en una colina desde la que se divisaba la aldea. Allí permanecimos ocultos durante tres días. Veíamos a los soldados, buscándonos.

Finalmente decidimos salir del bosque y caminar por un largo y abrupto desfiladero.

Al principio lo hicimos durante la noche, pero los hombres empezaron a quejarse. Arrastrábamos mucho sueño.

Las emisoras locales dieron la noticia de la emboscada y de los tres compañeros muertos. También mencionaron la desertión de Camba y León, ambos bolivianos.

El Che los maldijo.

Era preciso salir de allí. La radio hablaba de un total de 1800 soldados, pertenecientes a los *rangers*, que ocupaban La Higuera y las quebradas circundantes.

La noticia podía ser falsa... Pero ¿qué importaba que fueran 1800 o 180? Nosotros éramos diecisiete.

Oíamos en silencio y desconcertados...

Unos locutores aseguraban —de buena fuente— que el Che había sido abatido. Otros hablaban de su captura y de su juicio en Santa Cruz de la Sierra.

Fueron momentos especialmente angustiosos; los más tensos desde que empezó la guerrilla.

Los soldados pasaban muy cerca, en grupos de cuarenta o más. Y nosotros hundíamos el rostro en la tierra rogando que se alejaran. Algunos compañeros lloraban en silencio. Otros apretaban los dientes o se abrazaban a los fusiles. No entendíamos por qué el Che no plantaba cara. Hubiéramos terminado con muchos soldados.

En una de esas eternas esperas sonó un disparo. Y cundió la alarma.

Los soldaditos tomaron posiciones, y pensamos que había llegado el final. Pero no. La radio del pelotón avisó de un disparo fortuito y los soldados —más de setenta— prosiguieron la marcha.

Esa noche, radio Balmaseda, de Chile, anunció que el Che y su grupo se hallaban rodeados y sin salida posible, «a no ser que los campesinos de la zona se alzarán y los protegieran».

¡Qué ridiculez! ¡Qué pésima información! Ningún campesino boliviano nos prestó ayuda. Al contrario.

Oímos que el general Barrientos ha llegado a Vallegrande para festejar el final de la guerrilla. Le acompañan numerosos militares y periodistas.

El Che no dice nada.

Todos sabemos que la tenaza militar nos ahoga. El fin está cerca...

7 DE OCTUBRE (1967)

Hemos tenido que prescindir de las mulas. La presencia de los animales puede delatarnos.

Nos arrastramos por otra quebrada.

Según mis cálculos nos encontramos a una legua de La Higuera (3 kilómetros). El desfiladero es muy angosto.

Estamos sedientos y hambrientos. Las provisiones se terminaron hace tres días. Para colmo de males, el Chino ha perdido las gafas y hay que guiarlo constantemente. Algunos hablan de abandonarlo a su suerte.

Nadie se atreve a preguntar. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Los soldados están por todas partes. Pasamos más tiempo ocultos que caminando.

Hoy se cumplen once meses del inicio de la guerrilla. El balance no puede ser más negativo. Nos han diezmado y no vemos una salida airosa.

A eso de las doce del mediodía, al acampar en un cañón, aparece una vieja con sus cabras. No tenemos más remedio que apresarla.

La interrogamos sobre los soldados, pero dice no saber nada.

El Che asegura que miente.

La amenazamos con pegarle un tiro, pero la vieja se ríe, se levanta las faldas y nos enseña el culo.

En represalia nos quedamos con los chivos.

No podemos hacer fuego. Tenemos que comer la carne cruda. Nos bebemos la sangre de los animales. La vieja sigue riendo. Yo creo que está mal de la cabeza. Y nosotros también...

A eso de las cinco de la tarde, tres compañeros la escoltan hasta su choza. Allí vive con una hija, inválida, y con otra, medio enana.

Insiste en que no sabe nada de los soldados. Le entregan 50 pesos para que no hable. Probablemente lo hará en cuanto nos alejemos.

El Che decide caminar en la noche.

Casi no hay luna.

Nos arrastramos por otro desfiladero, cuesta abajo, y entre sembradíos de papas.

El avance es lento y laborioso. El Chino no puede dar un paso. No ve.

A eso de las dos de la madrugada nos detenemos. Necesitamos dormir y descansar.

El comandante envía exploradores. Necesitamos agua.

De pronto, entre las papas, observamos una luz. Parece un mechero.

Avisamos al Che y, al poco, la luz se apaga. ¿Podría tratarse de un campesino? ¿Nos ha visto?

8 DE OCTUBRE

Al amanecer observamos sombras en lo alto de los riscos que forman el cañón en el que nos encontramos.

Son soldados.

Están muy cerca.

Nos rodean por todas partes.

El Che organiza la guerrilla en tres pelotones. Tomamos posiciones pero los soldados siguen llegando. Cuento más de cuarenta.

Hay que romper el cerco. El Che señala el fondo de la quebrada, a cosa de trescientos metros.

Caminamos entre las piedras y la maleza, agazapados.

El Che indica silencio. Nada de disparar.

Las horas pasan lentas. El sol abrasa.

Los soldados continúan rastrillando la zona. Buscan minuciosamente, palmo a palmo. Nos están cercando. Si no abrimos fuego no saldremos del agujero.

Le hago señas al comandante, pero no hace caso.

Se quita la gorra y se abanica. No parece preocupado. De vez en cuando hace señas a la gente para que no asomen las cabezas.

Nadie entiende nada.

¿Por qué no abrimos fuego?

Así transcurren ¡seis horas!

Finalmente, hacia la una del mediodía, los soldados descubren a dos de los compañeros. Y se registra fuego de morteros y de ametralladoras.

Veo caer al boliviano Reinaga.

Disparamos sin saber hacia dónde. Los soldados están ocultos en las alturas. Es muy difícil acertar.

El Che cambia de posición y se parapeta detrás de una gran roca.

La lluvia de proyectiles es tal que no hay forma de asomarse y de comunicarse. Veo caer a otros compañeros.

El Che maldice.

Una bala ha inutilizado su carabina. Trata de disparar pero la M-1 no responde. Al quedar ligeramente al descubierto, otro proyectil le quita la gorra. De pronto veo que se lamenta y lleva la mano a la pierna derecha. Parece que lo han herido.

A su lado se encuentra Willy, otro boliviano. Hablan y señalan una chimenea en la pared de la quebrada.

El comandante casi no puede caminar. Willy lo carga y escalan la chimenea muy despacio.

Quise acompañarlos, pero el tiroteo era tan infernal que no fue posible moverse del sitio. Y los vi desaparecer entre la maleza.

Minutos después el fuego cesó, momentáneamente, y pudimos cambiar de posición.

Fue así como rompimos el cerco y escapamos lejos de la quebrada del Yuro o Churo, como la llaman los bolivianos.

De los diecisiete guerrilleros, solo seis quedamos con vida.

Del Che no supimos nada. Y lo dimos por muerto.



A las 6.30 de la mañana del 8 de octubre (1967), un campesino llamado Pedro Peña se presentó en La Higuera y denunció la presencia de diecisiete barbudos en la quebrada del Yuro. Peña se hallaba regando su huerto de papas cuando vio pasar a los rojos.

«Tenía encendido el mechero —manifestó al subteniente Carlos Pérez— cuando los vi caminar, muy cerca. Se detuvieron y acamparon».

De inmediato, tres secciones de las compañías «A» y «B», del batallón de asalto «Manchego 12», de infantería, fueron movilizadas a la referida quebrada.

El capitán Prado, de la compañía «B», se desplaza al lugar con una sección de fusileros, dos morteros de 60 milímetros y una ametralladora Browning (calibre 30). Las tropas de la compañía «A», por su parte, se dirigen a la zona superior de la quebrada. Y toman posiciones.

Poco después del mediodía se inicia el fuego.

Son suficientes cinco granadas de mortero para terminar con el grueso de la guerrilla.

El jefe de los subversivos —Ernesto *Che* Guevara— fue herido en la pantorrilla derecha por una piedra que se desprendió de una roca.

Uno de los guerrilleros bolivianos —Willy— lo carga a la espalda e intenta huir de la zona. El tal *Willy* (Simón Cuba) era considerado por el Che como un comemierda. Su trabajo era transportar bultos y mochilas.

Al poco de iniciarse el tiroteo, el capitán Gary Prado, que se hallaba en el puesto de mando, en lo alto de la quebrada del Yuro, fue advertido por uno de sus soldados: habían capturado a dos guerrilleros.

He aquí el informe de Prado:

... En pleno combate recibo el aviso de uno de mis soldados, destacado unos metros más arriba del puesto de mando —para seguridad—, que me llama:

—Mi capitán, mi capitán, aquí hay dos... Los hemos agarrado.

Acompañado de mi estafeta me dirijo al sitio, y me encuentro con dos integrantes de la guerrilla, desgreñados, llenos de polvo, demacrados, denotando un gran cansancio, sosteniendo aún sus armas y cubiertos por mis dos soldados que les apuntaban...

—¿Qué pasó? —pregunté a los soldados.

Y me explican:

Uno de los soldados, cerca del puesto de mando, descubrió a dos individuos que trepaban por las rocas. Uno cargaba al otro. Se encontraban a cosa de cien metros. Al llegar a lo alto de la quebrada empezaron a arrastrarse por el terreno, intentando huir. Pero, sin darse cuenta, habían ido a parar a las proximidades del mencionado puesto de mando. Y los soldados los abordaron apuntándoles con sus rifles.

—¡Alto ahí o disparamos! —gritaron los soldados.

Los subversivos se dan cuenta. Han sido descubiertos. Y uno de ellos —Willy— levanta la carabina por encima de la cabeza, en señal de rendición.

Entonces dirige la mirada hacia su acompañante, que permanece en tierra, y pronuncia las palabras «Ernesto *Che* Guevara».

Los soldados responden:

—¡No importa quién carajo seas...! ¡Levántate y deja tu arma!

Willy se pone de rodillas, siempre con la carabina sobre la cabeza, pero el segundo guerrillero continúa en tierra, en silencio.

Y los soldados gritan, furiosos:

—¡Cobarde, maricón, párate (levántate)!... Si no te alzas disparamos... ¡Ya, párate, cobarde!

Con el rifle en alto, el guerrillero se alza y camina, cojeando, hacia los soldados.

La carabina, en efecto, está inutilizada. Una bala la ha perforado a la altura del guardamano. El fusil, de fabricación norteamericana, lleva la inscripción «Lan Div. United 744 520». En la culata aparece grabada la letra «D» mayúscula.

Los soldados me avisan, y acudo al lugar.

Son las 15 horas...

Cuando me presenté, los guerrilleros portaban todavía sus armas.

Ordené que las arrojaran al suelo. Así lo hicieron.

Por lo que observé, uno era extranjero.

Le quité la pistola. No tenía cargador.

Era un tipo alto, con larga melena negra y una mirada impresionante. Vestía una chamarra azul, con capucha, y una camisa sin botones. Se cubría con una boina negra. Las botas eran trozos de cuero y trapos mal amarrados. Olía como un cerdo.

El otro parecía boliviano. Era más bajo, moreno, e igualmente sucio.

Observé al «extranjero» y casi tuve la certeza de que era el jefe de la guerrilla. Lo reconocí por sus protuberancias en la frente y por los retratos de Ciro Bustos.

Entonces pregunté:

—¿Quién es usted?

—Soy Che Guevara —replicó en voz baja.

Simulé no dar importancia al asunto y me dirigí al segundo subversivo:

—¿Y usted?

—Soy Willy...

—¿Es usted boliviano?

—Sí.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Simón Cuba...

Como digo, yo tenía la certeza de que aquel sujeto, el alto, era el Che y le ordené que me mostrara la mano izquierda. Sabía que tenía una cicatriz en la zona dorsal. En efecto: allí estaba.

El Che, entonces, esbozó una breve sonrisa, confirmando en silencio mis sospechas.

¡Lo habíamos capturado! ¡Era el fin de la pesadilla!

Pero me mantuve sereno. El combate no había terminado.

Ordené que los registraran.

No había más armas.

El soldado Ortiz, mi estafeta, se ocupó de la impedimenta del Che. Cargaba dos morrales, una mochila y la referida pistola al cinto. Otro soldado se hizo cargo de la mochila de Willy.

Y, de pronto, cuando me disponía a conducirlos al puesto de mando, el Che habló:

—Me destrozaron el arma...

La carabina, en efecto, estaba malograda por un disparo. El cañón aparecía rajado.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté.

—Cuando su ametralladora empezó a disparar...

El Che siguió hablando en voz baja. Estaba claro que no deseaba que se enterase el resto de la tropa. Y continuó:

—Estoy herido...

—Ya lo vamos a curar. ¿Dónde es su herida?

Se subió el pantalón y me mostró la rodilla derecha. Sangraba un poco. Aquello no parecía una herida de bala. La examiné y comprobé que se trataba del impacto de una piedra. Nada importante...

—Supongo que no me irán a matar...

Me quedé mirándolo, sin terminar de comprender. Había miedo en su voz.

—No somos de esa clase de gente —repliqué indignado.

Y él prosiguió:

—Valgo más para ustedes vivo que muerto...

Sonreí con desgana. Aquel tipo era un cobarde.

—Nosotros —añadió— siempre hemos curado a los prisioneros heridos...

—No se apure. Lo curaremos...

Y ordené a los soldados que los llevaran al puesto de mando.

TENGO A PAPÁ

—¿Puede usted caminar? —pregunté al Che.

—Tengo que hacerlo...

Y se apoyó en el otro guerrillero.

En el breve camino hasta el puesto de mando noté una intensa emoción. Aquella locura, aquel horror de sangre y muerte estaba concluida. El Che había caído. Ya no era un mito...

Nos situamos bajo un árbol y ordené a mis soldados que los ataran con sus propios cinturones, sentados y de espaldas al tronco. Una vez amarrados de pies y manos, dos de los soldados los apuntaron con sus fusiles. Al menor movimiento sospechoso dispararían.

Al oír mis órdenes, el Che comentó:

—No se preocupe, capitán, esto ya se acabó...

—Para usted sí... Pero quedan todavía buenos combatientes y no quiero correr riesgos.

Y señalé con la cabeza hacia la cañada en la que continuaba el tiroteo.

Y el Che susurró:

—Es inútil... Hemos fracasado...

Y le vi hundir la cabeza sobre el pecho. Evidentemente, estaba derrotado.

Sentí cierta lástima.

Willy aparecía más entero. Lo atribuí a su condición de minero. Son gente dura y sacrificada.

Entonces acudí a mi radioperador y le rogué que estableciera contacto con la base. Pero el aparato —un PCR-10— era modesto y tuvimos dificultades en la conexión. Fue preciso enlazar con El Quiñal y después con el subteniente Totti para hacer llegar el importante mensaje a Vallegrande:

—Tengo a papá... Repito: tengo a papá y Willy... Papá herido leve... Combate continúa... Capitán Prado.

Una vez emitida la comunicación, proseguí con las operaciones de combate.

Mi reloj señalaba las 16 horas y 10 minutos.

Mis hombres estaban derrotando a los guerrilleros.

A los pocos minutos llamaron por radio. El subteniente Totti me hizo llegar un mensaje del puesto de comando de la Octava División. Solicitaban confirmación sobre la captura del Che. Al parecer habían recibido la noticia con incredulidad. Me enfadé y les dije que no tenía tiempo para tonterías.

El sargento Huanca, con gran valentía, había roto el cinturón guerrillero y eliminado a otros dos rojos (Antonio y Arturo). Uno de mis soldados —Cossío— también resultó muerto. Era la primera víctima de mi compañía. Quedé desolado.

El sanitario, Tito Sánchez, trajo la noticia y comentó con lágrimas en los ojos:

—Esto se va a terminar, mi capitán, ya cayó ese desgraciado... Era la cabeza...

El Che, que estaba oyendo, replicó:

—La revolución no tiene cabeza, compañero...

Tito hizo ademán de golpearlo, pero lo detuve. Y contesté al Che Guevara:

—Puede que la revolución no tenga cabeza, pero nuestros problemas se acaban con usted.

En esos momentos salió de la quebrada Valentín Choque, otro de mis soldados. Llegó herido. Tito Sánchez sacó una camisa de la mochila del Che, la rasgó y empezó a curar a Valentín. Y el Che, de pronto, preguntó:

—¿Quiere que lo cure, capitán?

—¿Es usted médico?

—No, soy primero revolucionario, pero entiendo de medicina... ¿Atiendo al soldado?

Me negué. Y continué con atención el desarrollo del combate. Huanca seguía avanzando en el interior de la quebrada. Estábamos venciendo, gracias a Dios.

Pero el Che volvió a reclamar mi atención:

—Capitán, ¿no le parece una crueldad tener a un herido amarrado?

Cedí y ordené a los soldados que le soltaran las manos.

—¿Podría tomar un poco de agua de mi cantimplora?

La nueva pregunta del jefe guerrillero me puso en alerta. Yo sabía que podía intentar envenenarse. Y le proporcioné agua, pero de mi cantimplora. Bebió con avidez. Casi la vació. Después le di agua a Willy.

El Che, entonces, me pidió permiso para fumar. Le ofrecí mis cigarrillos —Pacific—, pero los rechazó. Dijo que eran muy suaves. Y preguntó si alguien tenía algo más fuerte. Uno de los soldados sacó una cajetilla y le ofreció un Astoria. Lo fumó con verdadero placer.

A eso de las 18 horas, el combate estaba prácticamente concluido.

DOS ROLEX

Numerosos campesinos se habían congregado en lo alto de las peñas, deseosos de contemplar la lucha.

Pero el ocaso empezó a complicar las operaciones.

Los tiroteos eran peligrosos. La oscuridad no permitía distinguir al enemigo.

Y opté por el alto al fuego.

Dejé a una pequeña fuerza en el desfiladero y ordené el regreso a La Higuera.

Lo importante era la captura del Che. Mi trabajo, ahora, era garantizar su seguridad y entregarlo con vida a mis superiores.

Monté un dispositivo y evacuamos, en primer lugar, a nuestros muertos y heridos. Después dispuse el traslado de los guerrilleros muertos. A continuación, el Che y Willy, fuertemente escoltados, y, finalmente, el resto de la tropa.

El Che, cojeando, tuvo que ser asistido por uno de los soldados.

Y así recorrimos los dos kilómetros largos que separaban el puesto de mando de la aldea.

Al salir de la quebrada del Yuro encontramos al mayor Ayoroa, comandante de mi batallón, y al coronel Selich, comandante del Batallón de Ingenieros número 3. Sabían de nuestras operaciones y se habían personado en

el lugar. Informé de lo ocurrido y proseguimos el camino hacia La Higuera.

Llegamos prácticamente de noche. Mi reloj señalaba las 19 horas.

El pueblo era una fiesta. La noticia de la captura del jefe de los subversivos corrió como la pólvora. La gente cantaba y gritaba vivas al ejército.

Después de meditarlo decidimos que la pequeña escuela de adobe era el lugar «menos malo» en el que encerrar a los prisioneros. Y así se hizo.

El Che fue ingresado en una de las clases y Willy en la otra.

Ambos fueron fuertemente custodiados. Decidí que un oficial permaneciera todo el tiempo junto al jefe de la guerrilla.

Arrinconamos los pupitres y la mesa y obligamos al Che a que se sentara, siempre atado de pies y manos.

Los cadáveres de Antonio y Arturo, también guerrilleros, quedaron en el aula en la que se hallaba el Che.

En cuanto a nuestros heridos y fallecidos, fueron trasladados a la casa de uno de los campesinos. Allí procedimos a curarlos, como pudimos, y a velar a los difuntos.

Por supuesto, organicé la defensa de la escuela, y de la aldea, de forma que pudiéramos repeler un posible ataque de los rebeldes.

Y, acto seguido, junto al mayor Ayoroa y el coronel Selich, procedimos a redactar el correspondiente informe y a revisar el contenido de las mochilas y morrales de los guerrilleros; especialmente los del Che.

A eso de las 22 horas, después de comer algo, caminé hacia la escuela con el fin de inspeccionar a los prisioneros.

Primero visité a Willy y supe que le habían dado agua y comida.

Después entré en la clase del Che y lo encontré sentado, apoyado en la pared.

Una vela alumbraba malamente el lugar.

Tenía los ojos cerrados.

El subteniente Totti estaba de servicio, muy cerca del prisionero. Los sanitarios habían vendado la rodilla del guerrillero. Observé unas pequeñas manchas de sangre.

Abrió los ojos y le ofrecí una cajetilla de cigarrillos.

Eran Astoria. Sabía que le gustaban. Le proporcioné unos fósforos y me dio las gracias.

Ordené que le soltaran las manos y empezó a deshacer dos cigarros, llenando su pipa de plata con el tabaco. Después fumó con ansiedad.

—¿Cómo se siente? —pregunté con curiosidad.

—Bien —respondió con serenidad—. El teniente me ha puesto una venda... Siento dolor, pero eso no se puede evitar.

—Lamento que no tengamos un médico con nosotros —repliqué—. De todas formas, mañana llegará un helicóptero y será trasladado a Vallegrande. Allí será atendido...

—Gracias...

El tono era de suma docilidad. Yo estaba desconcertado. ¿Qué había sido de aquel sujeto implacable y violento? Respondía a todo con gran mansedumbre. En el tiempo que alcancé a verlo no supe de ningún mal gesto o de una palabra grosera. El tipo, en efecto, se había derrumbado.

—¿Puedo hacer algo más por usted? ¿Quiere que le traiga unas brazadas (mantas)?

—Sí —respondió con un hilo de voz—, hay algo más, capitán, pero no sé cómo decirlo...

—Dígalo, sin reparos.

Y el Che explicó que le habían robado los relojes que portaba cuando lo detuvieron. Eran dos Rolex Oyster Perpetual. Los soldados se los habían quitado cuando caminábamos hacia La Higuera.

Yo sabía qué soldados eran y los mandé llamar. Me entregaron los Rolex y los reprendí con severidad.

Al entregárselos al Che sentí vergüenza.

—Acá tiene sus relojes —le dije—. Guárdelos. Nadie se los quitará.

—Me temo que son muy notorios... Preferiría que los guarde usted hasta que pueda recuperarlos...

Dudó. Y, finalmente, comentó con cierta amargura:

—De no ser así, hágalos llegar a los míos..., cuando sea posible. ¿Me haría ese favor?

Yo sabía que en Vallegrande volverían a quitárselos. Le dije que sí. Cumpliría la petición. Y, al imaginar que uno de los Rolex pertenecía a un compañero, pregunté:

—¿Cuál es el suyo?

—Lo marcaré.

Tomó una piedrecita del suelo y trazó una «X» en la parte posterior del reloj. Y añadió:

—Este es el mío. El otro es de Tuma.

Y me entregó los Rolex. Yo me limité a guardarlos.

Entonces seguimos conversando, pero sobre temas muy diferentes.

—Yo tengo algo que pedirle —comenté.

El Che me miró con curiosidad.

—Me interesa conocer, de primera mano, el porqué de esta acción suya... tan sin sentido.

BOLIVIA: UN ERROR

—Sin sentido desde su punto de vista, tal vez...

Me senté en uno de los bancos. Encendí un cigarrillo y ofrecí otro a Totti, que seguía a mi lado, pendiente.

—Me parece que se equivocó al elegir Bolivia para su aventura...

—La revolución, capitán, no es una aventura. ¿Acaso no se inició en su país la guerra de la independencia sudamericana? ¿No están ustedes orgullosos de haber sido los primeros?

—Sí, pero su actuación aquí, por lo que llevamos visto, va contra todas las normas de la guerra de guerrillas que defienden Mao, usted y todos los «maestros»...

El Che guardó silencio unos segundos. Parecía pensar a gran velocidad.

—Bolivia —musitó finalmente—. Tal vez fue un error. No sé... En una última instancia, la decisión no fue totalmente mía. Otros compañeros también participaron...

—Fidel, supongo...

La respuesta del Che fue seca:

—Otros compañeros y otros niveles...

Estaba claro para mí. La decisión de llevar la guerrilla a Bolivia, mi país, fue cosa de Fidel Castro y sus servicios de inteligencia.

—¿Y le parece que así, a tiros, vamos a resolver los problemas? Como resultado de este encuentro tengo cuatro muertos y cuatro heridos... ¿Qué voy a decir a sus padres?

—Dícales que murieron por la patria..., en el cumplimiento de su deber.

—Eso es pura lírica... Deme una respuesta realista.

—Usted es capitán. Su formación no le permitiría entenderla.

—Se equivoca. ¿Es que no sabe que los bolivianos ya tuvimos nuestra revolución en 1952?

—Claro que sí. Yo estuve en Bolivia poco después.

—Lo que usted no sabe es que nuestro ejército es parte del pueblo...

—Pero lo oprime...

—¿Le parecen oprimidos esos campesinos que le han dado la espalda y que ahora mismo están cocinando con cariño para mi tropa?

—El atraso en el que los mantienen no permite que entiendan lo que está sucediendo en el continente. Su liberación está en camino.

—Mire, comandante, mi familia es de esta región... Sé que toda esta gente está dispuesta a ayudar al ejército. Esos lazos son más fuertes que sus ideas.

—Tienen que darse cuenta de que la lucha es continental... Habrá muchas muertes y mucha sangre derramada, pero la guerra contra el imperialismo no puede ser detenida. Tiene sus vértices acá, en Bolivia, y en Colombia, y en Venezuela, y en Centroamérica...

Noté que se asfixiaba. Al poco prosiguió:

—... Y ustedes, los militares, tienen que decidirse...

—¿Decidirnos? ¿A qué?

—Tienen que decidir si están con el pueblo o al servicio del imperialismo.

—Que no nos guste el modelo cubano no significa que estemos a las órdenes de los yanquis...

—Fíjese en usted... Ha sido entrenado por los gringos, lleva armamento americano, equipo americano... ¿Qué más quiere?

—Su fusil también es americano...

En ese momento me reclamaron. El mayor Ayoroa me necesitaba.

—Volveré más tarde —aclaré, al tiempo que me alzaba.

Y el Che, con una media sonrisa burlona, comentó:

—Aquí estaré, capitán, aquí estaré... No pienso moverme.

Selich, Ayoroa y yo nos encerramos en una casa y procedimos a un examen detallado de los papeles y libretas que cargaba el Che en su mochila y en los morrales.

Uno de los asistentes del mayor Ayoroa fue tomando notas.

Lo más importante era un diario, escrito en un dietario de origen alemán. En otro cuadernillo aparecía una serie de códigos y claves.

En total fueron inventariados 108 documentos. No tuvimos en cuenta en esos momentos la ropa, la comida, el armamento y la munición. Eso quedó aparte.

Estudiamos siete hojas con mensajes cifrados, procedentes de Cuba, una nota manuscrita de *Roselló* al Che, un pasaporte muy deteriorado a nombre de *Carlos Suárez* (nombre falso, con toda seguridad), varias cartas (una dirigida a Fidel Castro) y algunos libros. Recuerdo los siguientes títulos: *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*, de Vigotski; *Crítica de la economía política*, de Carlos Marx; *Geometría analítica*, de Philips, e *Historia económica de Bolivia*, de Peñaloza.

No cabe duda de que el tipo era culto, pero sanguinario...

Comprobamos algunas de las actividades guerrilleras – a través del diario– y coincidimos en las fechas.

La letra era tan infernal que terminamos abandonando el estudio.

Y a eso de las doce y media de la noche nos encaminamos a la escuela.

9 DE OCTUBRE

El Che se hallaba recostado contra la pared, sentado en el suelo, y cubierto con una manta. Parecía dormir.

La vela osciló cuando entramos en el aula.

El subteniente Espinoza, que montaba guardia, se levantó al vernos.

Fue el mayor Ayoroa el que preguntó al jefe de los guerrilleros:

—¿Cómo se encuentra?

El Che fue breve. Estaba claro que no deseaba hablar.

—Bien...

—Mañana lo trasladaremos a Vallegrande —le informó el mayor—. El comandante de la división llegará a primera hora.

Ayoroa consultó su reloj y rectificó:

—En realidad, hoy...

En esos instantes, el coronel Selich se aproximó al Che, se inclinó y agarró la barba del prisionero, al tiempo que decía:

—Hay mucha gente ansiosa por verlo y fotografiarlo. Tiene que poner buena cara...

El tono sarcástico de Selich no nos gustó. Y prosiguió:

—¿Qué tal si lo afeitamos primero?

El Che miró a Selich con dureza y, sin mediar palabra, sacó la mano derecha de debajo de la brazada y retiró los dedos del coronel.

Este se alejó con una risita que no presagiaba nada bueno y bramó:

—Se acabaron tus paradas, amiguito. Ahora la música la tocamos nosotros...

Y antes de salir de la pieza se volvió hacia el guerrillero y gritó:

—¡No lo olvides!

Ayoroa volvió a interrogar al prisionero:

—¿Cuántos hombres quedan en condiciones de combatir?

—No lo sé —replicó el Che.

—¿Dónde debían reunirse?

—No teníamos punto de reunión...

El Che mentía. Y prosiguió:

—... Estábamos perdidos... Estábamos rodeados... No teníamos a dónde ir.

—¿Por qué vino hacia La Higuera en pleno día?

—¡Qué más da el porqué...! Ya nada importa...

Y el Che preguntó a su vez:

—¿Han caído más de mis hombres?

Ayoroa fue sincero:

—Probablemente. Algunos siguen en el interior de la quebrada. Mañana continuaremos la búsqueda. ¿Por qué quiere saberlo?

El Che se encogió de hombros. Y replicó, casi para sí:

—Por saber... Era buena gente. Me preocupo por ellos; eso es todo.

—Ya le avisaremos. Ahora descanse. Hasta mañana.

El Che no respondió.

Salimos de la escuela y caminamos por las callejas de la aldea. La noche estaba fría y especialmente estrellada.

El mayor y yo nos sentíamos tranquilos. Habíamos cumplido con nuestro trabajo.

En una de las plazas, un grupo de soldados cantaba alrededor de una fogata. Se los veía alegres. Eran conscientes del triunfo de ese día, 8 de octubre.

Me despedí del mayor y acompañé al subteniente Huerta en una gira de inspección del perímetro de seguridad. Todo estaba en orden.

Después regresé al puesto de mando y aproveché para dormir un par de horas.

A las tres de la madrugada me levanté y volví a inspeccionar el dispositivo de seguridad. Los soldados seguían en sus puestos, vigilantes.

Entré de nuevo en la escuela. El Che dormía. El subteniente Pérez, que estaba de servicio, me dio las novedades: todo en calma.

Willy también descansaba.

Al oír mis pasos, el jefe guerrillero abrió los ojos y preguntó:

—¿No puede dormir, capitán?

Me senté en el banquito de siempre, prendí otro cigarrillo y respondí con cansancio:

—No es fácil después de todo lo sucedido... Y usted, ¿tampoco duerme?

—No, ya he olvidado lo que es dormir tranquilo...

—Ahora tiene una ventaja. No tiene que pensar en su seguridad y tampoco en el peligro de ser sorprendido por las tropas...

El Che se tomó un tiempo para responder.

—No sé qué es peor...

Y planteó la gran pregunta:

—¿Qué cree que harán conmigo...? Oí en la radio que si me capturaban los de la Octava División me juzgarían en Santa Cruz... Si lo hacían los de la Cuarta, lo harían en Camiri.

La verdad es que no tenía idea. Y le dije lo que suponía:

—Quizá lo juzguen en Santa Cruz...

—¿Cómo es su comandante de división?

Se refería a Saturno.

—Es un hombre correcto y caballeroso. No se preocupe por él.

El Che, entonces, cambió de asunto:

—Usted es muy especial, capitán...

—¿Por qué?

—He hablado con sus hombres. Le admiran... No lo tome a mal. Hemos tenido tiempo para conversar.

Hice un gesto indicando que no se preocupara. Y el Che continuó:

—Sus hombres le aprecian. Usted es justo y valeroso...

—Gracias. ¿Puedo hacer algo más por usted, comandante?

—Tal vez un poco de café ayudaría mucho...

—Veré de mandárselo. Procure descansar. Mañana empieza otra etapa...

Yo no podía imaginar que mis palabras resultarían proféticas.

Abandoné la escuelita y ordené que llevaran pan y café a los prisioneros.

A pesar de haber dormido dos horas, no sentía cansancio. Era muy raro.

Regresé al puesto de mando.

Todo era oscuridad. Algunos gallos habían empezado a cantar. El alba no tardaría.

700

Hacia las 17 horas del 8 de octubre (1967), cuando se tuvo conocimiento de la captura de Ernesto Guevara de la Serna, alias *Che*, el general René Barrientos, presidente de la República de Bolivia, convocó una reunión de urgencia en el palacio de Gobierno, en La Paz.

Y allí se presentaron los generales que formaban el Alto Mando de las Fuerzas Armadas.

Barrientos, Juan José Torres y Ovando hablaron durante casi cinco horas.

¿Qué hacían con el famoso jefe guerrillero?

La situación —en opinión de los altos jefes— era delicada. La reciente experiencia, con la campaña de prensa desatada en todo el mundo a raíz del juicio a Debray y Ciro Bustos, era traumatizante. Bolivia había tenido que soportar toda clase de insultos y despropósitos.

Por otra parte, el campesinado había exigido a Barrientos que terminara de una vez con el foco guerrillero. Y el general lo había prometido solemnemente.

Permitir el juicio a Guevara entrañaba graves riesgos. La opinión mundial volvería a criticar a Bolivia y a sus Fuerzas Armadas. Era posible, incluso, que los comunistas trataran de liberarlo. El país podía verse envuelto en una guerra más sangrienta...

Solo quedaba una «solución».

Fue el general Torres, jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, quien sugirió con vehemencia «el imperativo de

tomar una decisión drástica y definitiva». La decisión —ejecutar al Che— debía aplicarse con energía y lo más rápidamente posible.

El general Alfredo Ovando apoyó sin reservas la iniciativa de Torres y recomendó lo siguiente: «Señor presidente, el jefe de la guerrilla debe ser ejecutado».

Finalmente, el general Barrientos afirmó: «El tema principal de la reunión está agotado. La recomendación está planteada por los miembros del Alto Mando de las FF. AA., por lo que en el marco de las acciones en una guerra irregular como la que nos ha tocado enfrentar, en mi calidad de Presidente Constitucional de la República asumo la responsabilidad de esta decisión».

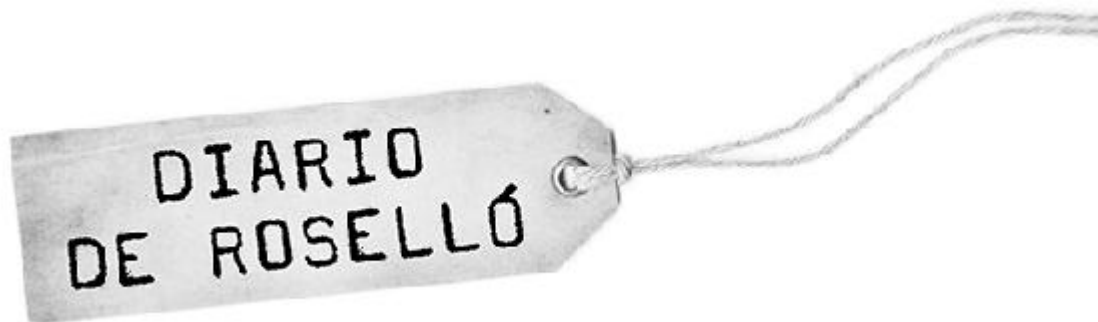
Y René Barrientos concluyó: «Quien viene a matar corre el riesgo de morir. Guevara vino para matar, y ha sido responsable de la muerte de muchos soldados de la patria. Él sabía que quien a hierro mata, a hierro muere».

A las 23 horas de aquel 8 de octubre (1967), el general Juan José Torres transmitía la orden de ejecución al comandante del ejército, el también general David Lafuente Soto.

Media hora más tarde, la red militar de comunicaciones emitió un breve mensaje en clave:

«Del comandante del ejército a Saturno: “700”».

El número «700» equivalía a la palabra «ejecútenlo».



Lo supe mucho después, cuando conseguimos llegar a Cuba...

Esa madrugada del 8 al 9 de octubre de 1967, mientras el Che permanecía prisionero en la escuela de La Higuera, al sureste de Bolivia, Aleida March, la esposa de Ernesto Guevara, despertó sobresaltada. Un sudor frío la bañaba.

Y supo que su marido estaba en grave peligro.

Cuando los hombres de Fidel llegaron a su casa, en La Habana, con la noticia de la muerte del comandante, ella ya lo sabía.

Tras el combate en la quebrada del Yuro, algunos compañeros logramos huir de los soldados.

Caminamos hacia el lugar que habíamos convenido con el Che, en caso de emergencia, pero no encontramos a nadie. Solo hallamos una mochila. Alguien la había abierto y desparramado las cosas. Era del Che. Recogimos el plato, la jarra, la radio y la manta y proseguimos la marcha hacia Santa Elena.

Avanzamos durante la noche con grandes dificultades. Y, al amanecer, nos detuvimos.

Sorpresa: estábamos a 200 metros de La Higuera. Nos habíamos perdido de nuevo...

Nos agazapamos entre la maleza y observamos.

La escuela se veía muy bien. Estaba rodeada de soldados. Contamos más de sesenta.

Alguien dedujo que los compañeros estaban prisioneros en dicha construcción de adobe. ¿También el Che?

En los alrededores de La Higuera se movían muchos soldados. Algunos estaban comiendo. Otros dormían.

Creo que nos vieron, pero quizá nos confundieron con otras tropas. O quizá estaban hartos de luchar e hicieron la vista gorda. Quién sabe...

A eso de las siete y media de la mañana oímos el motor de un helicóptero.

Y allí seguimos, en silencio, sin saber qué hacer.

El helicóptero tomó tierra en la aldea y de él saltaron dos individuos.

Al conectar los audífonos de las radios empezamos a recibir noticias, a cual más confusa.

Hablaban de la captura del Che y de la muerte de varios compañeros. Otros periodistas aseguraban que el comandante había caído en el combate.

Discutimos la posibilidad de que el Che estuviera cautivo en la escuela. El despliegue militar parecía confirmarlo.

La idea de liberar al Che fue rechazada de inmediato. Éramos seis contra un centenar, o más, de soldados. Solo hubiéramos provocado la muerte de todos.

Y, de pronto, hacia las once de la mañana, oímos otra noticia alarmante. El periodista hablaba de una foto del Che con sus hijos, encontrada en el pantalón del comandante. Eso era cierto. La fotografía fue llevada a Bolivia —contra todas las normas— por Olo Pantoja, un compañero cubano. Todos la vimos. En ella aparece el Che con Aleida, su esposa, y tres de sus hijos.

La noticia de la captura del Che, por tanto, era cierta. ¿Qué debíamos hacer?

Y a eso de las 12 horas oímos disparos. Fueron ráfagas de ametralladora.

Nos miramos, perplejos.

Sonaron en el interior de la escuela.

Lo supimos de inmediato: aquellas bestias habían ejecutado a nuestros compañeros; posiblemente al Che.

Tomamos las armas y huimos. Huimos aterrorizados...



Al alba de aquel 9 de octubre, el capitán Prado prosiguió las operaciones de rastrillaje de la quebrada del Yuro. Los subtenientes Totti y Espinoza se pusieron al mando de dos pelotones. Y partieron hacia las siete de la mañana.

Prado, de acuerdo a mis órdenes, esperó la llegada del helicóptero en el que viajaba desde Vallegrande a La Higuera.

Aterrizamos en mitad del pueblo.

Conmigo viajaba Mendi, agente de la CIA. La noche anterior me había propuesto acompañarme. Aseguró que podía ser de gran utilidad. Él conocía físicamente al Che. Acepté.

Y a las 7.30 horas, el mayor Niño de Guzmán, piloto del helicóptero, se posó suavemente en una de las calles de tierra batida.

De inmediato fueron trasladados al aparato dos de nuestros soldados, heridos. Los acompañó el coronel Selich. Y el helicóptero, sin pérdida de tiempo, voló hacia Vallegrande. Las órdenes eran regresar y cargar nuevos heridos.

Escuché al mayor Ayoroa y al capitán Gary Prado, que me informaron sobre las operaciones desplegadas el día anterior. Y preguntaron qué debían hacer con los prisioneros (especialmente con el Che). No supe contestar. El Alto Mando no se había

pronunciado sobre el asunto o yo, al menos, no había recibido ninguna instrucción al respecto.

Eran casi las ocho de la mañana.

Según mis noticias, el Alto Mando, en La Paz, había ordenado «que nos mantuviéramos a la espera». Eso hicimos.

Y terminadas las explicaciones de Ayoroa y Prado indiqué que camináramos hasta la escuela. Quería visitar al Che y ver cómo se encontraba.

Me acompañó Mendi.

El jefe de los guerrilleros se hallaba sentado en el suelo de una de las aulas y amarrado por los pies. Un suboficial lo vigilaba.

Estaba sucio y desgredado.

—Buenos días... ¿Cómo se encuentra? —pregunté.

Pero el Che se limitó a encogerse de hombros.

Me pareció un soberbio y un maleducado.

Me dirigí al capitán Prado y ordené que pusiera de pie al prisionero.

Así lo hizo.

El Che tenía la mirada desafiante.

Mendi, entonces, se acercó al jefe de los guerrilleros y, sin mediar palabra, lo inspeccionó de arriba abajo. Dio una vuelta en torno al Che y, finalmente, regresó hasta donde me encontraba, confirmando que era Ernesto Guevara de la Serna, alias *Che*.

Pregunté si estaba seguro y dijo que sí.

—¿Necesita algo? —interrogué de nuevo al subversivo.

—Nada —replicó secamente.

Y, sin más, volvió a sentarse en el suelo, con la espalda pegada a la pared de adobe. Yo no le había pedido que se sentara. Lo consideré un insulto. Pero no dije nada.

Mendi volvió a entrar en el aula y solicitó permiso para fotografiar al prisionero. Quería sacarlo al exterior. En aquella salita, la iluminación era pésima.

Consulté con Prado, pero dijo que no. En las calles de La Higuera se habían reunido numerosos campesinos, deseosos de

contemplar al célebre rojo. Era mejor mantenerlo en el interior de la escuela.

Y Mendi tomó su cámara y se dedicó a fotografiar al prisionero. Terminó un carrete y colocó un segundo rollo. Todos asistimos pacientemente a la escena.

El Che bajaba los ojos, molesto.

Nunca supe cómo quedaron las imágenes. Mendi las envió a la CIA, aunque supongo que no fueron de mucha calidad. El prisionero estaba en la oscuridad...

Terminada esta visita, acudí con mis hombres a la casa del corregidor (alcalde) de La Higuera. Allí fue instalado el puesto de mando. Y Prado y Ayoroa me mostraron los diarios y el material incautado a los guerrilleros. Leí el inventario e inspeccioné las piezas: dos libretas con el diario del Che (noviembre-diciembre de 1966 y enero-octubre de 1967), una libreta con direcciones e instrucciones, dos libretas con copias de mensajes recibidos y expedidos, dos libros pequeños de claves, veinte mapas de la zona (actualizados por el Che), libros, una carabina M-1 (destrozada), una pistola de 9 milímetros (con cargador), doce rollos de película de 35 mm (sin revelar) y una bolsa con dinero (dólares y pesos bolivianos).

Dado que quedaban trece subversivos —según nuestros cálculos— por apresar, dispuse las normas a seguir para continuar las operaciones de búsqueda de los rojos. Según Inteligencia, cabía la posibilidad de que dicho contingente intentara el rescate del Che. Así que reforcé la vigilancia de la escuela y el perímetro de la aldea.

Mendi solicitó autorización para fotografiar los diarios y el material confiscado y se la di.

Y a las 8.30 horas, en compañía de mis hombres, me dirigí a la quebrada del Yuro, con el fin de supervisar las operaciones de rastrillaje de los últimos subversivos.

El agente Mendi se quedó en el puesto de mando, fotografiando el material y, especialmente, algunas de las hojas del diario del Che. Totti quedó a cargo de los prisioneros.

Minutos más tarde, satisfecho ante el curso de las operaciones, opté por regresar a La Higuera. El capitán Prado se quedó en la quebrada, coordinando con el capitán Torrelio. Parecía claro que los guerrilleros habían huido.

Hacia las diez de la mañana volví a llamar al puesto de comando de la división, en Vallegrande, para tratar de averiguar qué órdenes había dispuesto el Alto Mando en La Paz. Nadie sabía nada.

Y repetí la llamada por segunda vez.

Negativo. No había órdenes, en ningún sentido.

Lo único que se me dijo fue que esperase instrucciones. El cuartel de Miraflores, en La Paz, me informaría en breve.

Y así fue...

A las 11 horas de aquel 9 de octubre (1967) recibí una llamada en clave:

«FERNANDO 700».

Pregunté, como si no hubiera oído, y recibí la misma frase:

«FERNANDO 700».

Eso significaba: «Che Guevara: ejecútenlo».

Eso fue todo. No hubo más explicaciones.

Ahora, pasado el tiempo, entiendo que el Alto Mando de las Fuerzas Armadas bolivianas tomó esta decisión a la vista de lo siguiente:

1. Se consideró más importante para la opinión pública mundial el mostrar al Che derrotado en combate y muerto que prisionero. El juicio a Debray ya se estaba convirtiendo en una molestia, por sus repercusiones internacionales, las que serían definitivamente mayores si se procesaba al jefe de la guerrilla.

2. Los problemas de seguridad con el Che, durante su juicio y posteriores a su segura condena, serían difíciles y mantendrían viva su imagen, con intentos ciertos de liberarlo, lo que significaría mantener un dispositivo especial que garantizara el cumplimiento de la pena.

3. Con la eliminación del Che se asestaría un duro golpe al castrismo, frenando su política de expansión doctrinaria por América

Latina.

Lamentablemente, la orden del Estado Mayor no fue acompañada de los necesarios «detalles» sobre cómo y dónde proceder a la ejecución. Eso quedó a nuestro criterio.

En lo que sí insistió la superioridad fue en la urgencia de la ejecución.

Desde mi modesto criterio, estas circunstancias provocaron mucha confusión entre los periodistas y, por supuesto, en la opinión pública. El Alto Mando debería haber previsto de qué manera hacer pública la muerte del Che. Pero no fue así.

Pero sigamos con los hechos, tal y como los viví...

Hacia las 11.15 horas, nada más conocer la orden de ejecución del Che, el agente de la CIA —Mendi— me salió al paso y trató de convencerme de algo que, en esos momentos, era inviable. Rogó que no matara al prisionero. Su país —Estados Unidos— disponía de medios para trasladar al jefe de la guerrilla a Panamá. Y de allí a las cárceles de USA. Querían interrogarlo a fondo.

Me negué, por supuesto. Mi obligación era cumplir las órdenes del Alto Mando.

VOLUNTARIOS

Y solicité voluntarios entre el personal de Clases.

Fue inmediato.

Al momento se presentaron el suboficial Mario Terán, de la compañía «A», y el sargento Huanca, de la «B».

Ambos habían combatido contra los guerrilleros y algunos de sus soldados, y amigos, cayeron muertos a su lado.

Comprendí el porqué de sus decisiones.

Todo el mundo estuvo de acuerdo: Terán y Huanca tenían derecho...

Di las instrucciones pertinentes y los sargentos oyeron en silencio.

Mendi, a mi lado, sugirió que al Che se le disparase del cuello hacia abajo. Tenía que estar claro que el cadáver era el del jefe de la guerrilla.

Terán y Huanca me miraron y yo asentí. Estaba de acuerdo.

—Respeten la cabeza...

LA EJECUCIÓN

Acto seguido, sin más preámbulos, los sargentos se dirigieron a la escuela.

Yo me fui tras ellos. Conmigo caminaba el mayor Ayoroa y otros oficiales.

Terán entró en la pieza en la que se hallaba el Che y el subteniente que lo custodiaba se retiró. Bernardino Huanca hizo otro tanto en la sala donde estaba Willy.

Fue todo muy rápido.

El Che, al vernos, se alzó.

Comprendió al instante, y palideció.

Solo acertó a levantar el puño derecho. Pero el brazo quedó a medio camino.

Terán soltó una ráfaga —hacia las piernas—, y el Che se desplomó, retorciéndose en el suelo. Gimió de dolor durante unos segundos.

La sangre empezó a brotar de las piernas y salpicó la pared.

Terán me miró y yo le hice un gesto afirmativo con la cabeza. Entonces, el sargento se adelantó un par de pasos, apuntó cuidadosamente, y soltó una segunda ráfaga de su fusil ametrallador.

Los tiros entraron en el pecho y el jefe de los subversivos quedó inmóvil.

Estaba muerto.

Un sanitario confirmó la defunción y salimos de la escuela.

El segundo guerrillero también había sido ejecutado.

Mi reloj marcaba las 12 horas y 10 minutos.

A partir de esos momentos, la alegría entre los soldados se desbordó.

Dispuse el traslado de los guerrilleros muertos en el helicóptero y establecí que el cuerpo del Che fuera el último en volar a Vallegrande.

A las 13.15 horas monté en el helicóptero y me dirigí al puesto de comando de la división, en la referida población de Vallegrande.

Tenía que dar una explicación a los periodistas que me esperaban, pero no podía comprometer al Alto Mando. Y al llegar — a las 13.45— solo se me ocurrió una frase: «El Che Guevara ha muerto, ayer, en combate».

La noticia dio la vuelta al mundo y trajo nefastas consecuencias, naturalmente.

Mentí y mentimos...



Tras la ejecución del Che y de Willy transmití la noticia a nuestra base, en la ciudad de La Paz. Después entré en la escuela y examiné el cuerpo del jefe de la guerrilla castrista. Sangraba abundantemente. Una o dos balas habían impactado en el pecho. Traté de cerrarle los ojos pero no fue posible. Seguían abiertos y espantados.

Sentí cierta pena. Aquel hombre había sido mi enemigo y, sin embargo, ahora...

Al poco regresó el capitán Prado, con sus hombres. Los guerrilleros que seguían vivos habían logrado huir.

Al conocer la noticia de la ejecución quedó desolado. Prado no esperaba una cosa así. Pero, como buen soldado, guardó silencio.

Los cadáveres de los siete guerrilleros caídos en esos dos días estaban siendo dispuestos en camillas para su traslado a Vallegrande. Se haría de dos en dos, con las parihuelas amarradas a los patines del helicóptero que pilotaba el mayor Niño de Guzmán.

Fue un traslado laborioso y delicado. Cualquier error podía desestabilizar el aparato.

El cuerpo del Che quedó para el último viaje.

Saturno necesitaba tiempo para preparar la llegada. Al parecer, la pista de aterrizaje de Vallegrande estaba llena de periodistas y curiosos. Todos deseaban ver y fotografiar al mítico guerrillero.

Cuando el cuerpo fue atado al helicóptero, el capitán Prado se acercó al Che y procedió a cerrarle la boca. Sacó un pañuelo y lo amarró a la parte superior de la cabeza, evitando así el desplome de la mandíbula.

Algunos soldados gastaron bromas diciendo que parecía con dolor de muelas.

Pero la gracia no tuvo mucho éxito...

Hacia las 16.30 salté al interior del helicóptero y nos dispusimos a partir. Conmigo viajaba otro agente de la CIA.

Fue en esos momentos, con el rotor en marcha, cuando vimos aparecer a alguien, en una mula. Venía a toda prisa. Y cuando pensamos que la hélice lo iba a decapitar, saltó de la caballería, se acercó al cuerpo del Che, hizo la señal de la cruz y bendijo al guerrillero. Después supe que se trataba del padre Schiller, un cura católico.

Tenía gracia: el Che, consumado ateo, fue bendecido por un cura...

El vuelo fue rápido. Nadie habló.

A las 17 horas llegamos al aeródromo de Vallegrande. La pista era de tierra y casi de juguete. En aquellas fechas, el pueblo tenía 7841 habitantes.

El piloto aterrizó y los militares procedieron a soltar la camilla en la que fue depositado el cuerpo del Che.

En efecto, había decenas de personas.

Pero Saturno lo tenía todo calculado. Un cordón de seguridad impidió que la gente se arremolinara alrededor del cadáver.

Y el cuerpo fue introducido de inmediato en una ambulancia gris.

La vi alejarse entre el polvo de la pista...

Minutos después, el jefe de la guerrilla era introducido en la lavandería del hospital Nuestro Señor de Malta. Allí, en la improvisada morgue, empezaría otro calvario.

Pero yo no estuve allí...

Esa misma tarde, cuando me encontraba en el cuartel general de la Octava División, el general Ovando dio una orden que —

afortunadamente— no se cumplió. Ovando, jefe del Estado Mayor boliviano, pretendía cortar la cabeza del Che. Si Fidel Castro negaba la captura y muerte de su «amigo», allí estaría la prueba...

Por fortuna logramos convencerlo. Aquello era una atrocidad. Otra...

Sugerimos que se le cortara un dedo, a efecto de comprobar las huellas dactilares. La orden superior, emanada del Alto Estado Mayor, estableció que, una vez concluida la autopsia, ambas manos fueran amputadas y conservadas en formol.

El corte de las manos fue el principio de una operación secreta del ejército boliviano. La llamaron «Cuervo».

Se pretendía, en esencia, que el cadáver del Che fuera incinerado y sepultado en un lugar desconocido.

La operación «Cuervo» fue diseñada por el general Ovando Candía.

Tres días después me trasladé a La Paz y entregué mi informe y las fotografías al jefe de la estación de la CIA en Bolivia.

El 16 de octubre (1967), un avión C-130 me llevó a Panamá.

La Agencia se sentía derrotada. Había luchado para mantener con vida al jefe de la guerrilla. No fue posible.



Esa tarde del 9 de octubre (1967), de acuerdo con las órdenes del Alto Mando de las Fuerzas Armadas bolivianas, el cuerpo del Che Guevara fue trasladado al hospital de Nuestro Señor de Malta.

Una vez en la lavandería, el cuerpo —sucio y ensangrentado— fue lavado por la veterana enfermera Susana Osinagas^[2]. El coronel Selich no se apartó de su lado ni un segundo.

Tras colocar una tabla bajo la cabeza (a efectos de que las fotografías fueran adecuadas), el cadáver quedó listo para su exhibición.

Esas fueron las órdenes: convenía que la prensa y el pueblo de Vallegrande (en realidad todo Bolivia y el mundo) tuvieran acceso a la verdad: al gran triunfo de las Fuerzas Armadas sobre el comunismo de Castro.

Tomaron las huellas dactilares y cortaron velas de esperma. Después procedieron a practicar dos mascarillas con sebo de vela. Con la primera hubo problemas y le arrancaron la piel.

Un médico le abrió la garganta y le inyectó formaldehído, con el fin de frenar la putrefacción.

Y a eso de las 19 horas se permitió el paso de los curiosos, periodistas y compañeros militares por la lavandería.

Se llevaron a cabo cientos de fotografías.

Hubo gente que, más o menos disimuladamente, cortó mechones del cabello del Che y se los llevaron como amuletos.

Otros se apoderaron de la chamarra azul, con capucha, del cinturón y de la camisa sin botones.

La chamarra fue examinada por el director del hospital, doctor Baptista, que confirmó la presencia de varios agujeros de bala. Todos los impactos eran gravísimos. La chamarra, que carecía de cierre, se hallaba ensangrentada. Esto demostraba que el Che no había muerto en combate. La gravedad de los balazos no le hubiera permitido caminar desde la quebrada del Yuro hasta la aldea de La Higuera.

Probablemente, la referida chamarra se la quedó el citado director del hospital.

El coronel Selich, que también posó para los fotógrafos junto al cadáver, se llevó el portafolio de cuero del Che.

El capitán Prado retuvo los Rolex, entregados por el propio Ernesto Guevara, y yo —Saturno— me quedé con la carabina M-1, malograda por un disparo. Y permití a Prado que repartiera entre la tropa y los suboficiales los 8000 dólares y los pesos bolivianos que cargaba el Che en el momento de su rendición.

SIETE HORAS DE EXHIBICIÓN

El cadáver del mítico guerrillero fue exhibido durante siete horas, aproximadamente.

Resulta imposible saber el número de personas que desfilaron frente al cuerpo sin vida de Ernesto Guevara de la Serna.

Algunas monjas del hospital compararon al Che con Jesucristo muerto. Ahí nacería la leyenda del «Cristo rojo».

LA AUTOPSIA

En la madrugada del 10 de octubre (1967), las puertas de la lavandería fueron cerradas. Nadie más pudo ver al Che, salvo los militares y los médicos.

Eran las 2 horas y 27 minutos.

Y prosiguió la siniestra operación «Cuervo».

Cuando el hospital quedó despejado, siempre bajo una estrecha vigilancia, el cadáver del Che fue trasladado al exterior. Allí fue cargado en un camión militar que lo condujo al Batallón «Pando» de Ingenieros Militares (número 3), cerca de Villagrande. El coronel Selich, que acompañó el cuerpo en todo momento, era subjefe de dicho batallón.

El camión se detuvo frente a la enfermería y el cuerpo —siempre cubierto— fue introducido en secreto en el pequeño recinto médico. Allí esperaban los doctores que practicarían la autopsia y la posterior amputación de las manos del Che. Los servicios de inteligencia militar lo fotografiaron todo.

Y, de inmediato, se procedió a la autopsia.

En ella participaron los doctores Baptista y Casso.

En síntesis, Ernesto Guevara murió como consecuencia de las heridas de bala (nueve impactos), que interesaron órganos vitales, provocando importantes hemorragias internas. Los nueve impactos afectaron al tórax, piernas y brazos.

El informe de la autopsia afirma que el Che, ante la gravedad de las heridas, no pudo pronunciar palabra alguna.

La muerte fue, prácticamente, instantánea.

SIGUE LA OPERACIÓN CUERVO

Tras el cosido del cadáver, los médicos —por orden militar— procedieron al corte de las manos (a la altura de las muñecas).

Primero se trató de cortar la izquierda. Hubo problemas y los doctores necesitaron de un nuevo instrumental.

Fue preciso esperar más de una hora. Uno de los doctores tuvo que regresar al hospital Nuestro Señor de Malta para conseguir las sierras necesarias. La pila se llenó de sangre.

Terminadas las amputaciones, las manos fueron igualmente fotografiadas y sumergidas en una solución de formol.

El coronel Selich dirigió nuevamente el operativo.

Inteligencia Militar se hizo cargo del frasco.

Y prosiguió la segunda fase de la operación «Cuervo».

El cadáver del Che quedó en el Batallón «Pando», bajo estrecha vigilancia, y el coronel Selich procedió al traslado de los cuerpos de los siete guerrilleros muertos en la quebrada del Yuro.

A uno de ellos, previamente, le fueron amputadas ambas manos.

Y en la tarde del 10 de octubre (1967), casi oscurecido, los guerrilleros fueron arrojados a una fosa común, en las inmediaciones del aeródromo de Vallegrande.

Una excavadora abrió una zanja de tres metros de profundidad.

Selich, cumpliendo órdenes, llevó a cabo las oportunas fotografías y tomó nota de las coordenadas geográficas de la fosa común. Todo ello, con el correspondiente informe secreto, fue elevado a la superioridad.

Los guerrilleros sepultados en esa fosa común fueron Arturo, Antonio, Pacho, Aniceto, Willy y el Chino. La identidad del séptimo

—el de las manos cortadas— no fue revelada.

Ese mismo día 10, el citado coronel Selich recibió la orden confidencial de incinerar el cuerpo del Che.

Y esperó a que anocheciera.

El cadáver fue trasladado en una carretilla, escoltado por cuatro militares; uno de ellos, el propio Selich.

El cuerpo, cubierto con una lona, fue depositado en un camión militar y conducido por el coronel Selich hasta uno de los campos deportivos del batallón.

Allí, en el campo, el cadáver fue envuelto cuidadosamente en la lona negra y arrojado al interior de un turril o bidón de hierro.

La orden del Alto Mando, como digo, era incinerar al Che y enterrar sus cenizas en un lugar secreto.

Pero algo salió mal...

La leña utilizada no fue suficiente. Selich solo consiguió una importante peste, que alertó a la vecindad.

Buscaron más leña, pero el proceso se hizo eterno.

Selich solo logró que la piel y la grasa se desprendieran del cuerpo.

Probaron con gasolina y con diésel.

Pero los restos no desaparecían.

El suplicio —añadido— se prolongó durante horas.

Finalmente, los restos del guerrillero fueron cortados en cuatro partes.

Y cada trozo fue enterrado en un lugar diferente, en el recinto del batallón.

Como era su obligación, el coronel Selich tomó fotografías y anotó las coordenadas de cada una de las cuatro «tumbas» del Che.

Allí siguen sus restos, que yo sepa.

Los servicios de inteligencia militar y el Alto Mando de las Fuerzas Armadas de Bolivia guardan las fotografías, las coordenadas geográficas de los emplazamientos y los correspondientes informes de Selich.

Número de testigos: cuatro.

Las tumbas del Che no fueron marcadas con nombres, cruces u otros signos identificativos.

El 16 de octubre de 1967, las Fuerzas Armadas de Bolivia hicieron público el siguiente comunicado:

1. Conforme fue informada la opinión nacional y extranjera con los documentos emitidos por el Alto Mando militar en fecha 9 de octubre y posteriores sobre el combate sostenido en La Higuera entre unidades de las Fuerzas Armadas y la agrupación roja comandada por Ernesto *Che* Guevara a consecuencia del cual, entre otros, perdió la vida este último, se establece lo siguiente:

a) Ernesto *Che* Guevara cayó en poder de nuestras tropas gravemente herido y en uso pleno de sus facultades mentales.

Después de haber cesado el combate, fue trasladado a la población de La Higuera más o menos a las 20 horas del día domingo 8 de octubre, donde falleció a consecuencia de sus heridas.

El traslado del cadáver a la ciudad de Vallegrande se efectuó a las 16 horas del día 9 en un helicóptero de las FAB.

b) Los doctores Moisés Abraham Baptista y Martínez Casso, en su calidad de director e interno del hospital Nuestro Señor de Malta, certificaron la defunción y protocolizaron la autopsia ordenada por las autoridades militares.

c) Con relación a la identificación del occiso y la autenticidad del diario que le perteneciera, el Supremo Gobierno solicitó la cooperación de organismos técnicos

argentinos que se hicieron presentes con tres peritos, uno scopométrico y dos dactiloscópicos, quienes ratificaron la identidad del muerto y certificaron que la caligrafía del diario de campaña capturado por nuestras tropas coincide con la de Ernesto Guevara.

d) El diario de campaña y el libro de conceptuaciones son documentos que contienen la relación de actividades, desde la fecha de su ingreso hasta el día 7 de octubre y los juicios que merecieron a este jefe subversor los miembros de las bandas constituidas y los elementos que los colaboraron, tanto en el país como en el exterior. En consecuencia, son documentos de uso exclusivamente militar.

2. De esta manera el Alto Mando militar da por terminada toda información relacionada con la muerte de Ernesto Guevara.

La Paz, 16 de octubre de 1967.

Por supuesto, mis compañeros militares mintieron^[3] (una vez más).



ANEXOS

DESCRIPCIÓN FÍSICA DEL CHE

- Nació el 14 de mayo de 1928 y no el 14 de junio, como se creía. Los padres falsificaron el certificado de nacimiento porque Celia de la Serna, madre del Che, se había quedado embarazada antes de casarse.
- Ernesto Guevara de la Serna nació en la ciudad argentina de Rosario. Un médico amigo falsificó la fecha de nacimiento.
- En mayo de 1930, cuando el Che contaba dos años de edad, su madre lo dejó desnudo en la playa. Era invierno en Argentina y el niño sufrió una bronquitis asmática. Desde entonces, el asma se convirtió en crónica. La madre también era asmática.
- Altura: 1,73 metros.
- Hombros anchos, piel clara, ojos pardos y cabellos acastañados. Frente prominente y labios apretados.
- Canas extrañamente rubias.
- Mirada intensa y perturbadora.
- Dormía entre dos y tres horas al día.
- Carecía de oído musical y del sentido del baile.
- Fuerte y desagradable olor corporal.

PERFIL PSICOLÓGICO DEL CHE

- Odiaba ducharse (desde niño).
- Le gustaba y practicó el *rugby*, así como todo tipo de ejercicios violentos.
- Caótico a la hora de trabajar.
- Protestaba por todo. Violento. Irascible.
- Ególatra. Le encantaba salir en las fotos.
- Estudiante mediocre. Inteligencia escasa.
- Lengua afilada. Grosero.
- Ambicioso.
- Machista.
- Gorrón.
- Mentiroso y sibilino.
- Puntualidad enfermiza.
- Disfrutaba haciendo llorar.
- Despiadado en los castigos. Disfrutaba en los fusilamientos.
- Cuando caía en la tristeza o en la depresión gustaba de cantar tanguitos.
- Poco o nada diplomático. Decía las verdades en la cara.
- Se consideraba un profeta.

- Mal genio casi permanente.
- Encarnizadamente competitivo (para compensar el asma).
- Inmune al ridículo.
- Mujeriego. Odiaba a los homosexuales.

AFICCIONES

- Lectura. En sus treinta y nueve años leyó casi cuatro mil libros.
- Fotografía.
- Rugby y golf.
- Ajedrez.
- Poesía.
- Mate y cigarros habanos.
- Café amargo y zumo de zanahoria.
- Limones crudos (con corteza).
- Yoga.
- Vino mezclado con agua mineral.
- Helado de fresa (a todas horas).
- Cuadro favorito: La nave de los locos, de H. Bosch (pasaba horas contemplándolo).
- Matemáticas.
- Su pipa de plata.
- Arqueología.
- Inventar nuevas bombas.
- Caminar descalzo o con zapatos de distinto color.

- Las mujeres. Tuvo doce amantes conocidas.

FRASES FAVORITAS DEL CHE

- «Acuérdense de vez en cuando de este pequeño *condottieri* [sic] del siglo xx». (Carta del Che a sus padres antes de partir hacia el Congo.)
- «Confíen en que Dios sea argentino.»
- «La verdad de un día no es la de siempre.»
- «Un guerrillero vale más que un soldado.»
- «Hagamos de América el nuevo Vietnam.»
- «Bueno, ya empezó la guerra... Ahora sí me voy a fumar una pipa de la mejor picadura.» (24 de marzo de 1967, tras la muerte de siete soldados en Bolivia.)
- «Los comunistas bolivianos son unos cerdos.»
- «La leyenda de la guerrilla crece como la espuma; ya somos superhombres invencibles.»
- «Revolucionario: el escalón más alto de la especie humana.»
- «Vieja: gasté cuatro. Me quedan tres vidas». (Carta a su madre.)
- «El revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor.»
- «Muerde y huye.»
- «Ya dispongo mi cuerpo, listo para entrar en combate, y preparo mi ser como un recinto sagrado para que allí

resuene, con nuevas vibraciones y nuevas esperanzas, el aullido bestial del proletariado triunfante.»

- «Cuando llega el pesimismo lo soluciono con unos mates y un par de versos.»
- «Veo que, con todo descaro, me prostituyo cada vez que la ocasión asoma.»
- «Me queda el silencio...»
- «Ante la duda, mávalo.»
- «Primero lo fusilamos; después celebraremos el juicio». (Palabras del Che a Serafín Ruiz de Zárate en la rendición de la ciudad de Santa Clara, en Cuba.)
- «Mis amigos son mis amigos mientras piensen políticamente como yo.»
- «El hombre nuevo tiene que crear odio.»
- «No soy moderado y trataré de no serlo nunca.»
- «Hemos fusilado, estamos fusilando y seguiremos fusilando». (Intervención del Che Guevara en la ONU en diciembre de 1964.)
- «Aquí, en la selva cubana, vivo sediento de sangre.»
- «Quien no haya leído los catorce tomos de Stalin no puede considerarse del todo comunista.»
- «La culpabilidad de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios.»
- «Un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.»
- «Eres mentiroso como un andaluz.»
- «Mi último lema es poco equipaje, piernas fuertes y estómago de faquir.»

- «El dinero es un lujo interesante, pero nada más.»
- «Los revolucionarios de verdad se adornan por dentro.»
- «Solo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso.»
- «Soy todo lo contrario de un Cristo... Por las cosas que creo lucho con todas las armas a mi alcance y trato de dejar tendido al otro, en vez de dejarme clavar en una cruz o en cualquier otro lugar». (Carta a Celia, su madre.)
- «He sentido la necesidad de vivir; eso debe corregirse.»
- «Las ejecuciones por los pelotones de fusilamiento son no solo una necesidad del pueblo de Cuba sino también una imposición del pueblo.»
- «Si no matas primero te matan a ti.»
- «El guerrillero es un reformador social.»
- «El guerrillero es, antes que nada, un revolucionario agrario.»
- «La libertad de prensa es peligrosa.»
- «Las revoluciones son feas, pero necesarias.»
- «Es criminal pensar en individuos, porque las necesidades del individuo quedan absolutamente desleídas frente a las necesidades del conglomerado humano. Son moderados los que tienen miedo.»
- «La verdad científica es el marxismo-leninismo, y la guerra de guerrillas el medio para alcanzarla.»
- «Ya no me interesan los chistes.»
- «El fusil puede crear el poder.»
- «No hay vida fuera de la revolución.»
- «La sangre del pueblo es nuestro tesoro más sagrado, pero hay que derramarla para ahorrar más sangre en el futuro.»

- «No debemos temer la violencia, partera de las nuevas sociedades.»
- «La historia, la ciencia y la justicia estaban de parte del socialismo; por consiguiente, este debía librar la guerra necesaria para triunfar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, incluso la guerra nuclear.»
- «Yo vivo partido en dos..., y no tengo a quien contárselo.»
- «Los honores me joden.»
- «Las armas no pueden ser mercancía en nuestros mundos, deben entregarse sin costo alguno y en las cantidades necesarias y posibles a los pueblos que las demandan, para disparar contra el enemigo común.»
- «Los señores son aquellos que humillan y ultrajan a los pobres.»

SENTENCIA EN EL JUICIO CONTRA DEBRAY

El Consejo de Guerra de Justicia Militar, a nombre de la Nación y en virtud de la jurisdicción que por ella ejerce, falla:

Declarando a los acusados Jules Regis Debray y Ciro Roberto Bustos reos de los delitos de rebelión, asesinato, robo y lesiones y los condena a sufrir la pena corporal de 30 años de presidio, de conformidad con el artículo 17 de la Constitución Política del Estado, así como a la satisfacción de los daños civiles y costas a favor de la parte civil y del Estado. Absueltos de pena y culpa los acusados Pastor Barrero, Salustio Choque, Vicente Recabado y Ciro Algañaz, de conformidad con el artículo 12 y artículo 108 del Código Penal Militar y el Código de Procedimientos Judiciales Militares. Líbrense los mandamientos de prisión formal para los dos primeros y mandamientos de libertad para los cuatro últimos.

CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN DE ERNESTO *CHE* GUEVARA

Los médicos que suscriben, director del hospital Señor de Malta y médico interno, certifican:

Que el lunes 9 del presente (octubre 1967), a las 5.30, fue traído el cadáver de un individuo que las autoridades militares dijeron pertenecer a Ernesto Guevara, de aproximadamente cuarenta años de edad, habiéndose constatado que su fallecimiento se debió a múltiples heridas de balas en tórax y extremidades.

Vallegrande, 10 de octubre de 1967.
Doctor Moisés Abraham Baptista y doctor M. Casso.

PROTOCOLO DE LA AUTOPSIA AL CADÁVER DEL CHE

El día 10 de octubre del presente año (1967), por disposiciones militares, se procedió a la autopsia del cadáver que fue reconocido como el de Ernesto Guevara:

Edad: aproximadamente cuarenta años.

Raza: blanca.

Estatura: 1,73 aproximadamente.

Cabellos: castaños rizados, bigote y barba crecidos, igualmente rizados; cejas pobladas.

Nariz: recta.

Labios: delgados, boca entreabierta en buen estado con huellas de nicotina, faltando el premolar inferior izquierdo.

Ojos: ligeramente azules.

Constitución: regular.

Extremidades: pies y manos bien conservados; cicatriz que abarca casi todo el dorso de la mano izquierda.

Al examen general presenta las siguientes lesiones:

1. Herida de bala en región clavicular izquierda, con salida en región escapular del mismo lado.
2. Herida de bala en región clavicular derecha, con fractura de la misma sin salida.
3. Herida de bala en región costal derecha, sin salida.

4. Dos heridas de bala en región costal lateral izquierda con salidas en región dorsal.
5. Herida de bala en región pectoral izquierda entre las costillas novena y décima, con salida en región lateral del mismo lado.
6. Herida de bala en tercio medio de pierna derecha.
7. Herida de bala en tercio medio del muslo izquierdo en sedal.
8. Herida de bala en tercio inferior de antebrazo derecho, con fractura de cúbito.

Abierta la cavidad torácica, se evidenció que la primera herida lesionó ligeramente el vértice del pulmón izquierdo, la segunda lesionó los vasos subclavios, encontrándose el proyectil en el cuerpo de la segunda vértebra dorsal.

La tercera atravesó el pulmón derecho, incrustándose en la articulación costo-vertebral de la misma costilla.

Las heridas señaladas en el punto 4 lesionaron ligeramente el pulmón izquierdo.

La herida señalada en el punto 5 atravesó el pulmón izquierdo en una trayectoria tangencial.

Las cavidades torácicas, sobre todo la derecha, presentaban abundante colección sanguínea.

Abierto el abdomen, no se constató ninguna lesión traumática, encontrándose únicamente distensión de intestinos por gas y líquido citrino.

Las causas de la muerte fueron las heridas del tórax y la hemorragia consecuente.

Vallegrande, 10 de octubre de 1967.
Doctor Moisés Abraham Baptista y doctor M. Casso.

LA MALDICIÓN DEL CHE

A raíz del asesinato del Che en La Higuera (Bolivia), algunos de los que participaron —directa o indirectamente— en su captura y ejecución resultaron muertos de forma igualmente violenta. Dicen que se trata de la «maldición del Che».

La primera víctima de la supuesta maldición fue el general René Barrientos. Su helicóptero se estrelló (abril de 1969).

Honorato Rojas, el campesino que traicionó a los guerrilleros que capitaneaba Joaquín, fue muerto a tiros por orden de Inti Peredo (diciembre de 1969).

Saturno, comandante de la Octava División, que recibió la orden de ejecutar al Che y solicitó voluntarios para el fusilamiento, fue muerto a tiros en París. El asesinato fue reivindicado por una desconocida Brigada Internacional Che Guevara (noviembre de 1970).

En ese mismo mes, Roberto Quintanilla, de los servicios de inteligencia bolivianos, que se hizo cargo de las manos y las mascarillas del Che, fue asesinado a tiros por una mujer que entró en su despacho, en el consulado de Bolivia en Hamburgo (Alemania).

El coronel Selich, que enterró a numerosos guerrilleros e intentó incinerar el cuerpo del Che, sepultando los restos secretamente, murió de una paliza (1973).

El general Juan José Torres, que llevó la iniciativa a la hora de sugerir la ejecución de Ernesto Guevara, fue secuestrado en Argentina. Su cadáver apareció con varios impactos de bala (junio de 1976).

El capitán Gary Prado, que condujo al Che desde la quebrada del Yuro a la aldea de La Higuera, sufrió heridas que lo dejaron parálítico cuando trataba de sofocar una insurrección armada en Santa Cruz de la Sierra (1981).

Manuel Piñeiro, alias Barbarroja, jefe de la inteligencia cubana, que organizó la expedición del Che Guevara a Bolivia, murió al perder el control del coche cuando regresaba a su domicilio en La Habana (marzo de 1998).

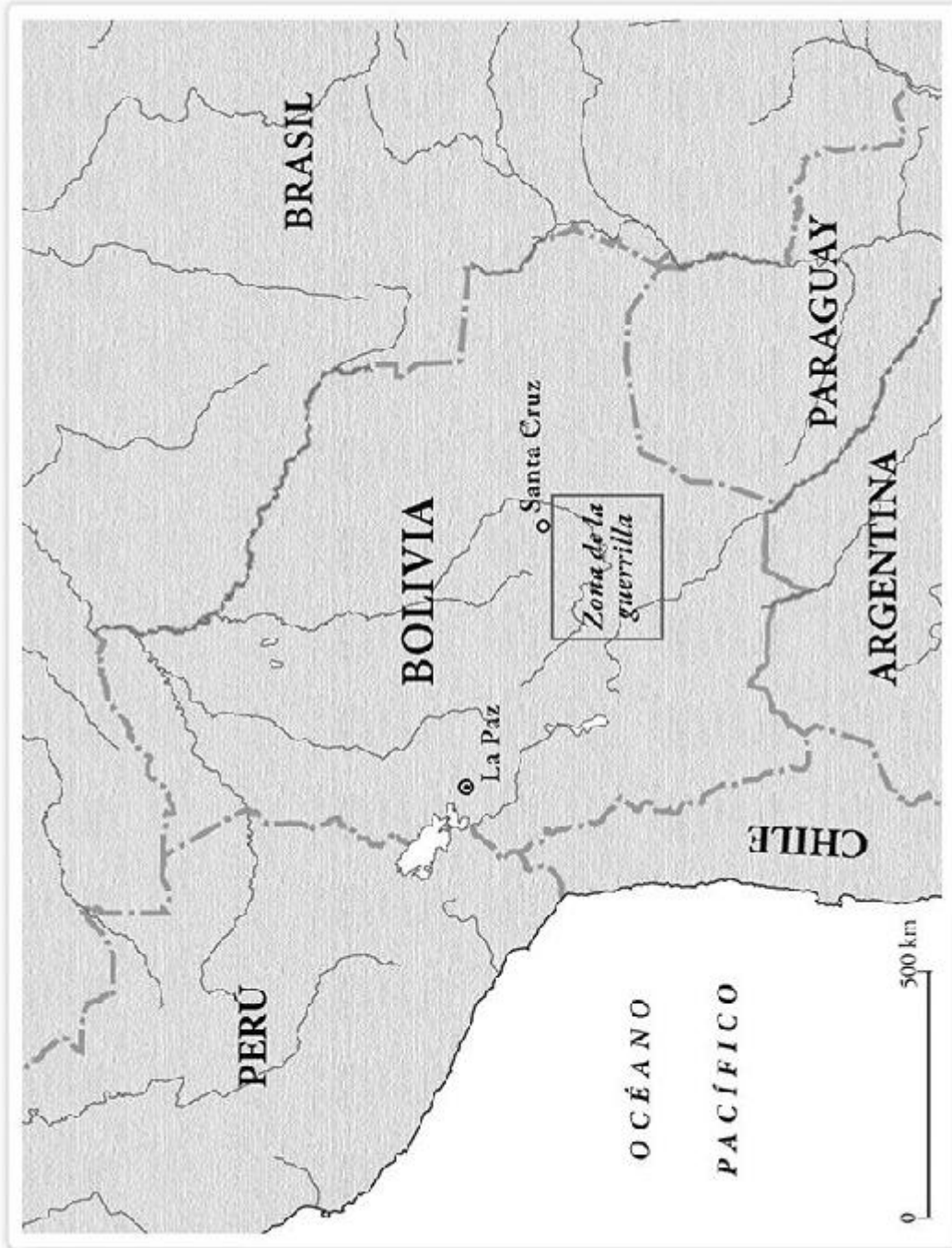
Antonio Arguedas, que fue ministro del Interior en Bolivia, y que se ocupó del traslado secreto de los diarios y de las manos del Che a Cuba, murió a causa del estallido de una bomba que, al parecer, estaba manipulando (febrero de 2000).

Fidel Castro, que traicionó a su «amigo» Che Guevara, falleció en noviembre de 2016.

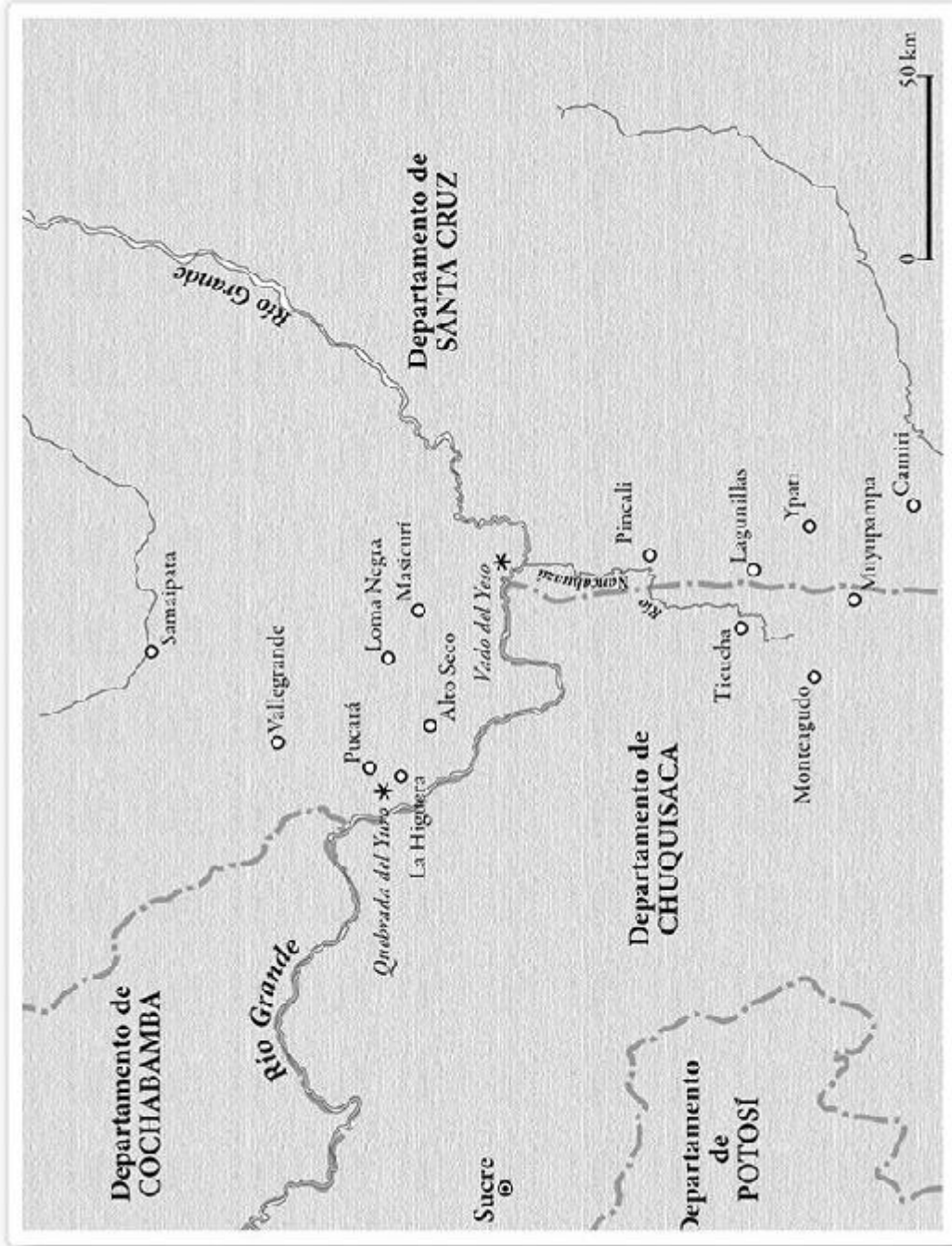
En El Dueso, siendo las 13 horas y 40 minutos del 13 de diciembre de 2016.

Por razones de seguridad, algunos nombres, fechas, emplazamientos, fotos y sucesos han sido alterados.

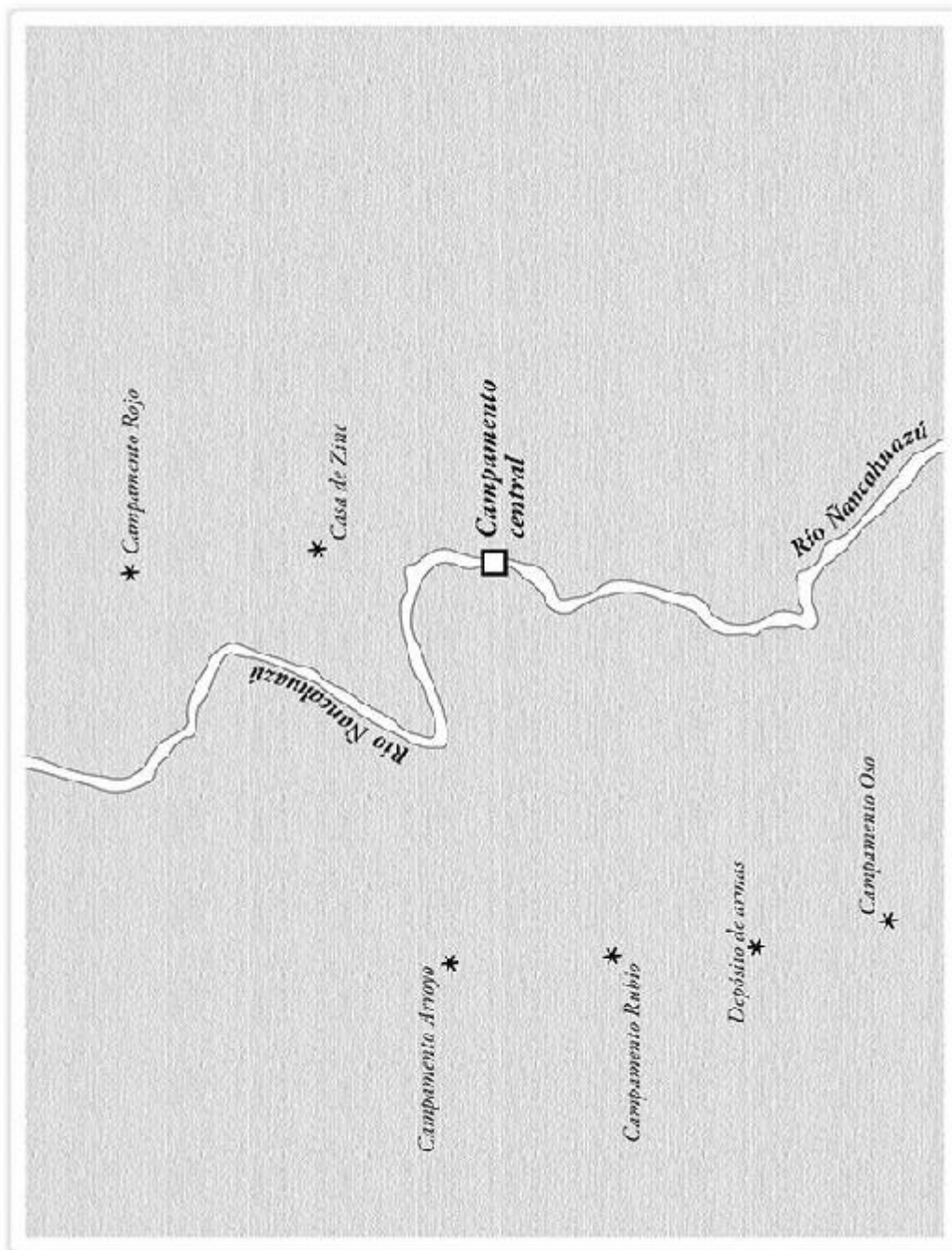
Fotografías



Zona de la guerrilla.



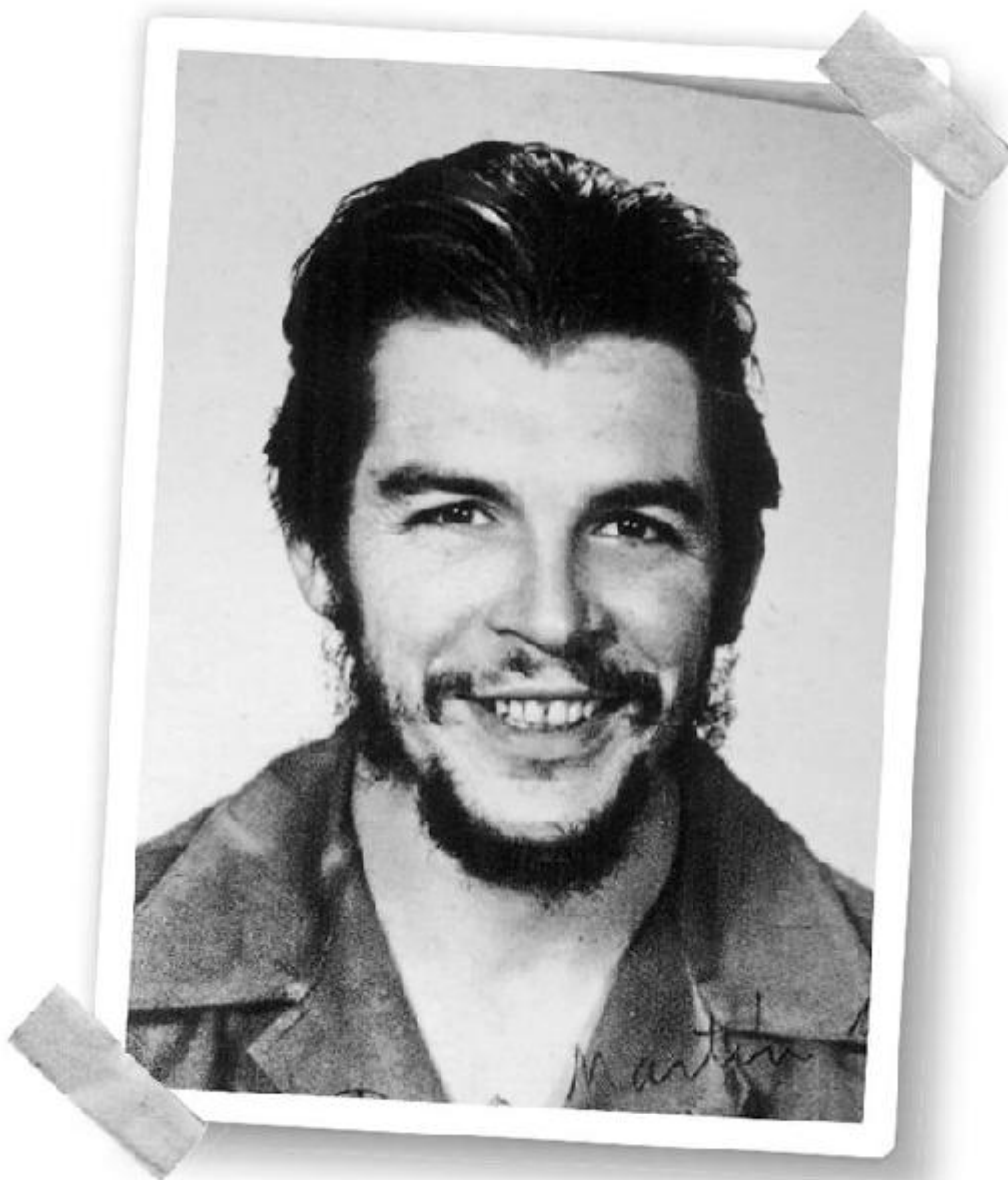
Algunos de los escenarios de la guerrilla en el sudeste de Bolivia.



Distribución de los campamentos y depósitos de la guerrilla del Che en la finca de Nancahuazú, en Bolivia.



El Che con Celia de la Serna, su madre. Su verdadero apellido era Sheinerman (de origen judío).



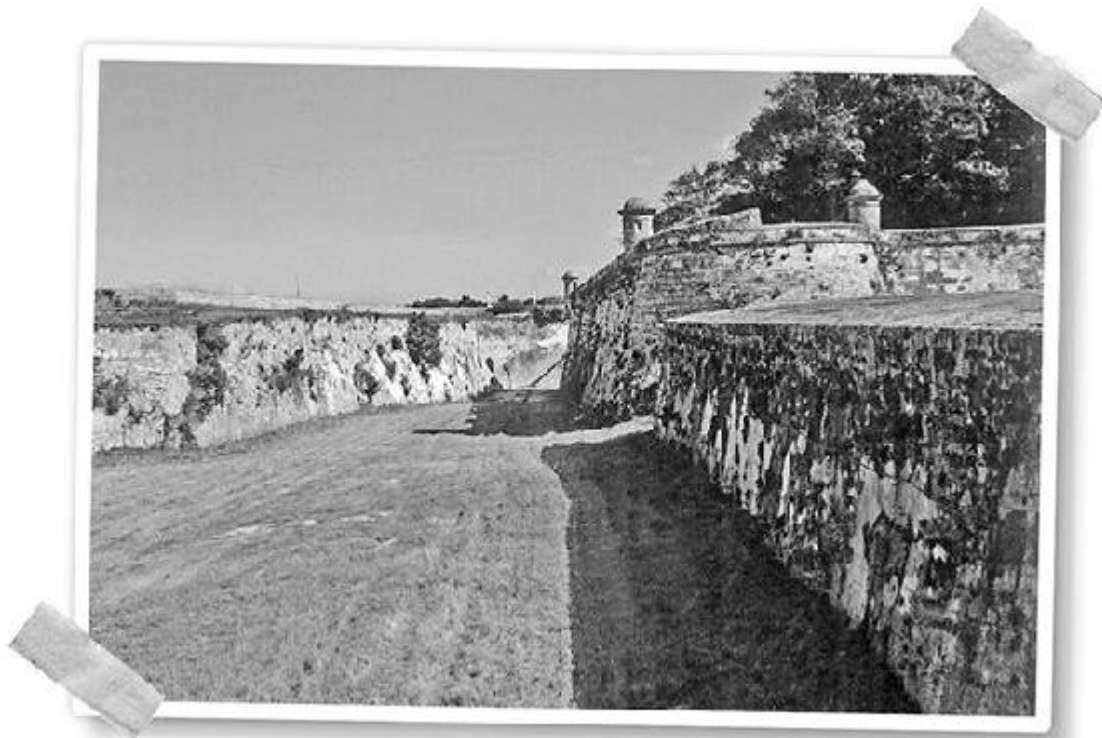
El Che en su juventud. Los que le conocieron aseguran que difícilmente lloraba. «Era mordaz, áspero e hiriente».



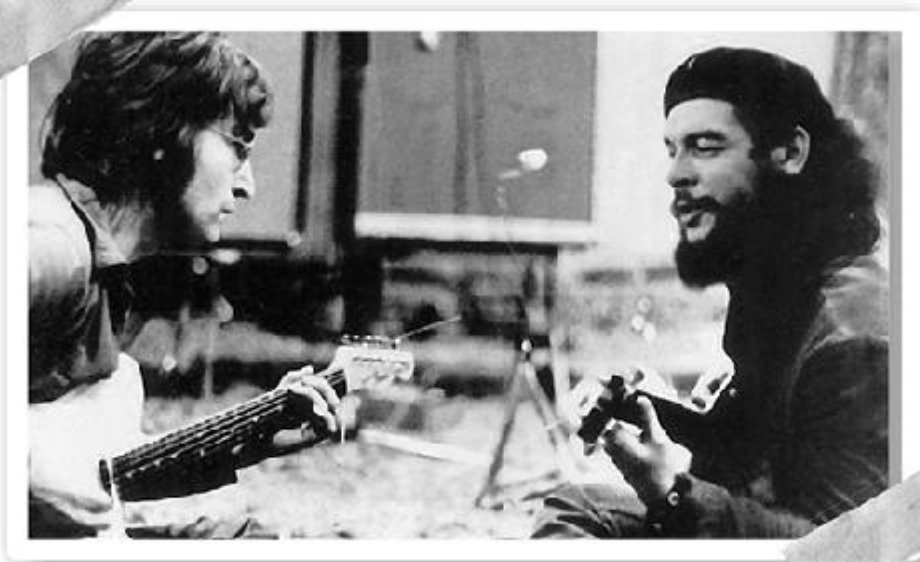
En su visita a China.



El Che saliendo de la comandancia de La Cabaña, en La Habana. Entre enero y mayo de 1959 fusiló a más de quinientos contrarrevolucionarios. En numerosas ocasiones simuló los fusilamientos. En Miami lo llamaban «el carnicerito de La Cabaña».



Los fosos de La Cabaña. A la derecha, en la muralla, se distinguen los desconchones provocados en los fusilamientos ordenados por el Che. Se tumbaba en lo alto del muro y contemplaba el «espectáculo». (Foto: Blanca).



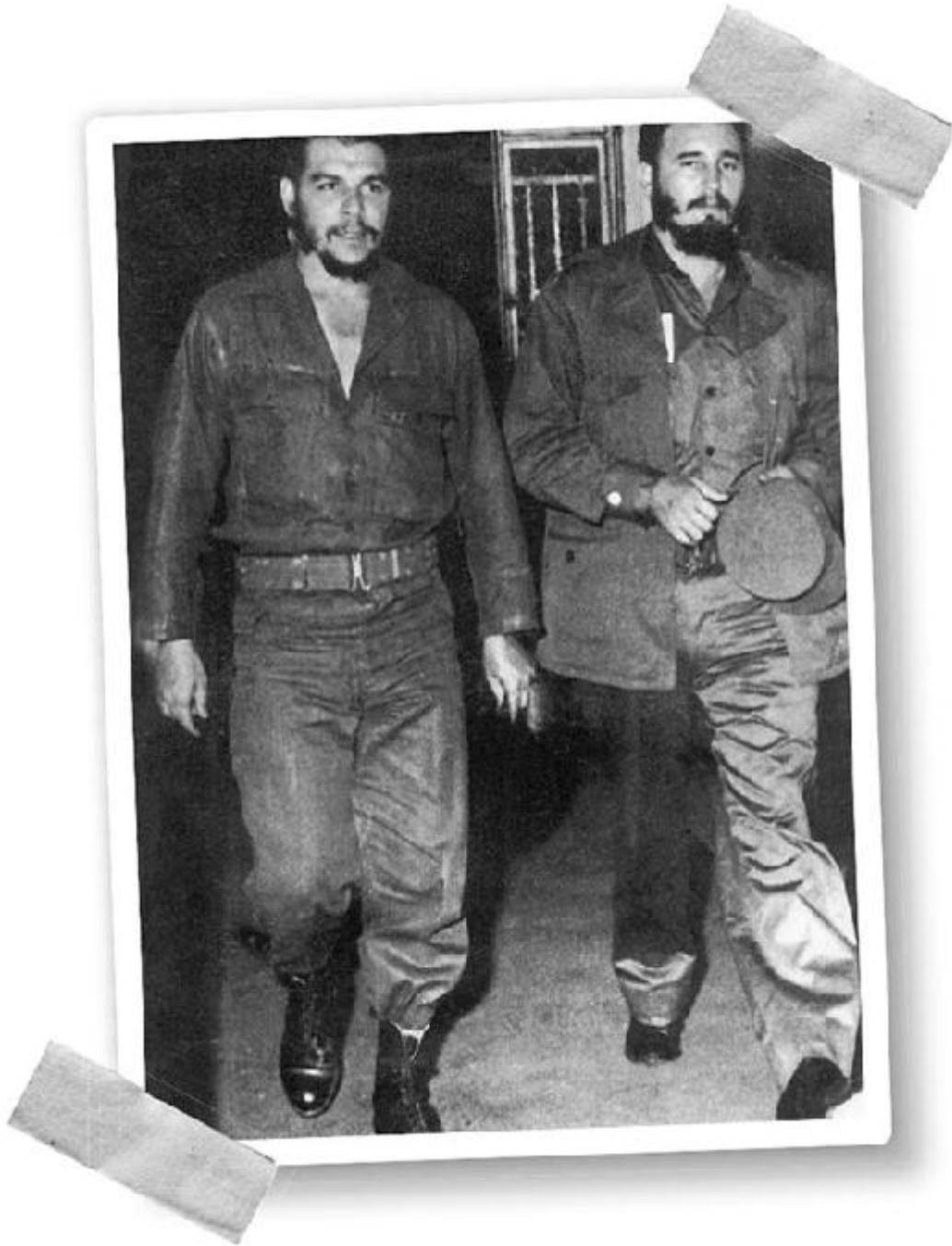
«Su oído musical era nulo», aseguró John Lennon.



El Che con su segunda esposa, Aleida. (Foto: Dindo).



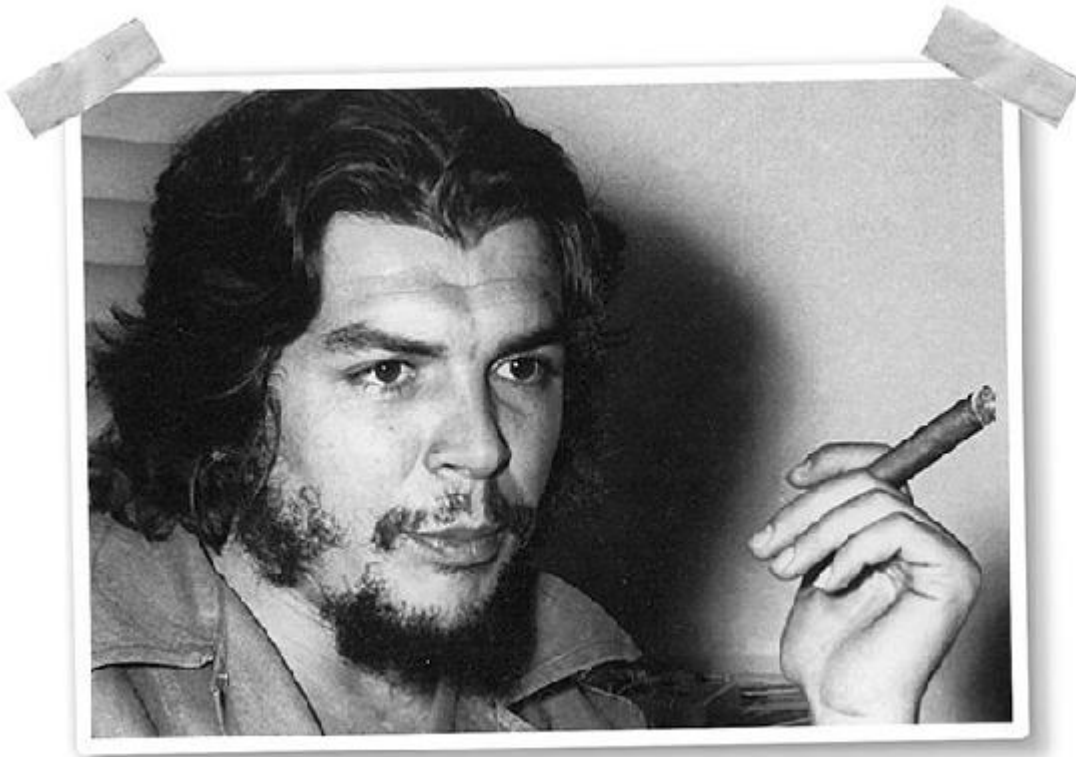
El Che era un iconoclasta. Vestía como quería. (Foto: Salas).



Fidel Castro (derecha) y el Che. El primero, junto a los rusos, maquinó la destrucción del Che.



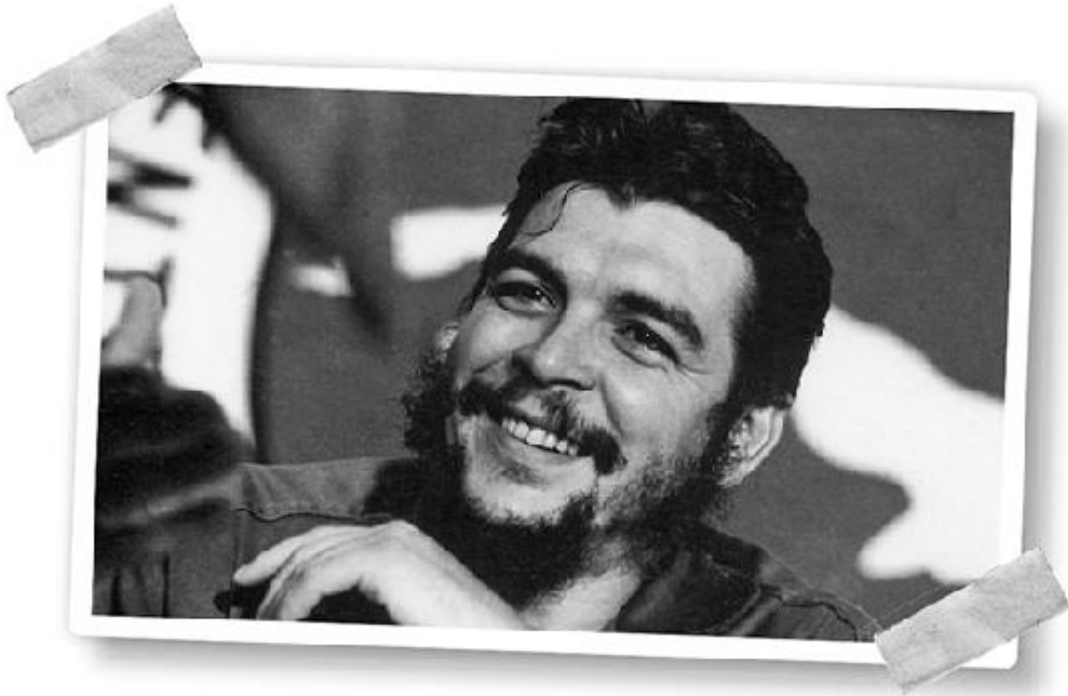
Camilo Cienfuegos (izquierda) y Fidel, en 1959. (Foto: D. R.).



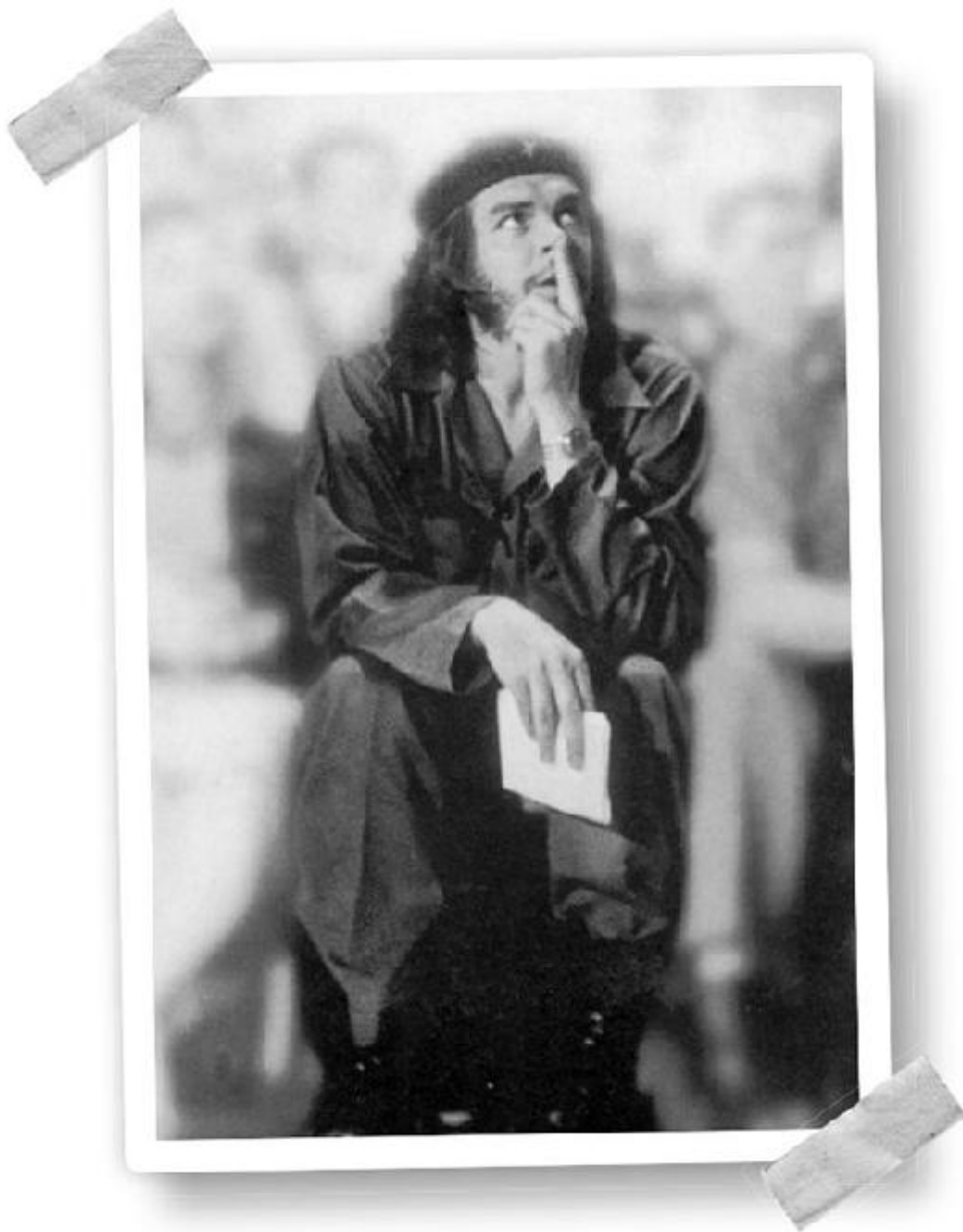
Octubre de 1962. Crisis de los misiles. El Che —según sus palabras— hubiera disparado las cuarenta bombas atómicas contra Estados Unidos.



La imagen que lo hizo famoso. La realidad fue muy distinta. (Foto: Korda).



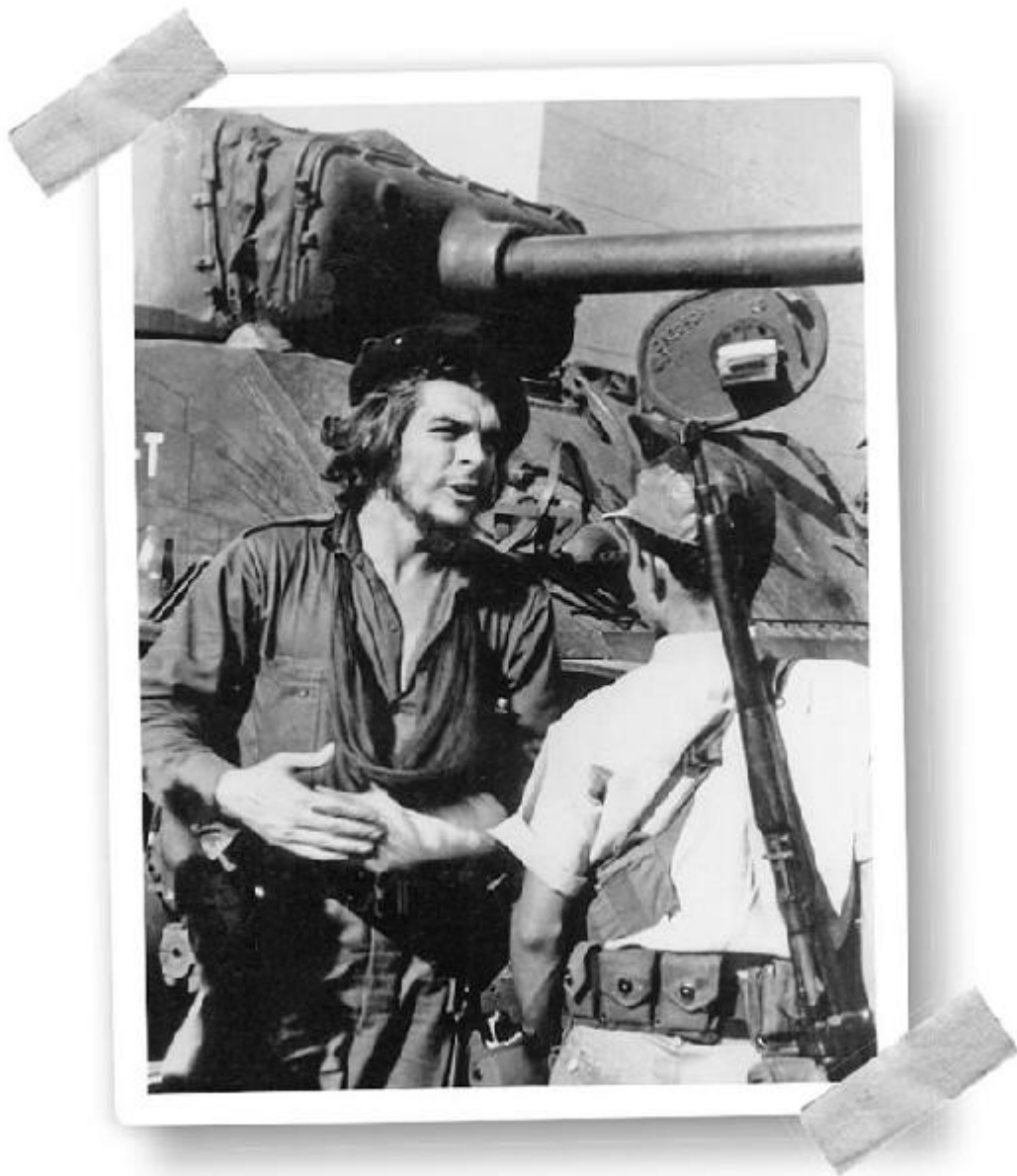
En los tiempos felices (1963). (Foto: René Burri).



El Che en la Universidad de La Habana (1959). (Foto: Chinolope).



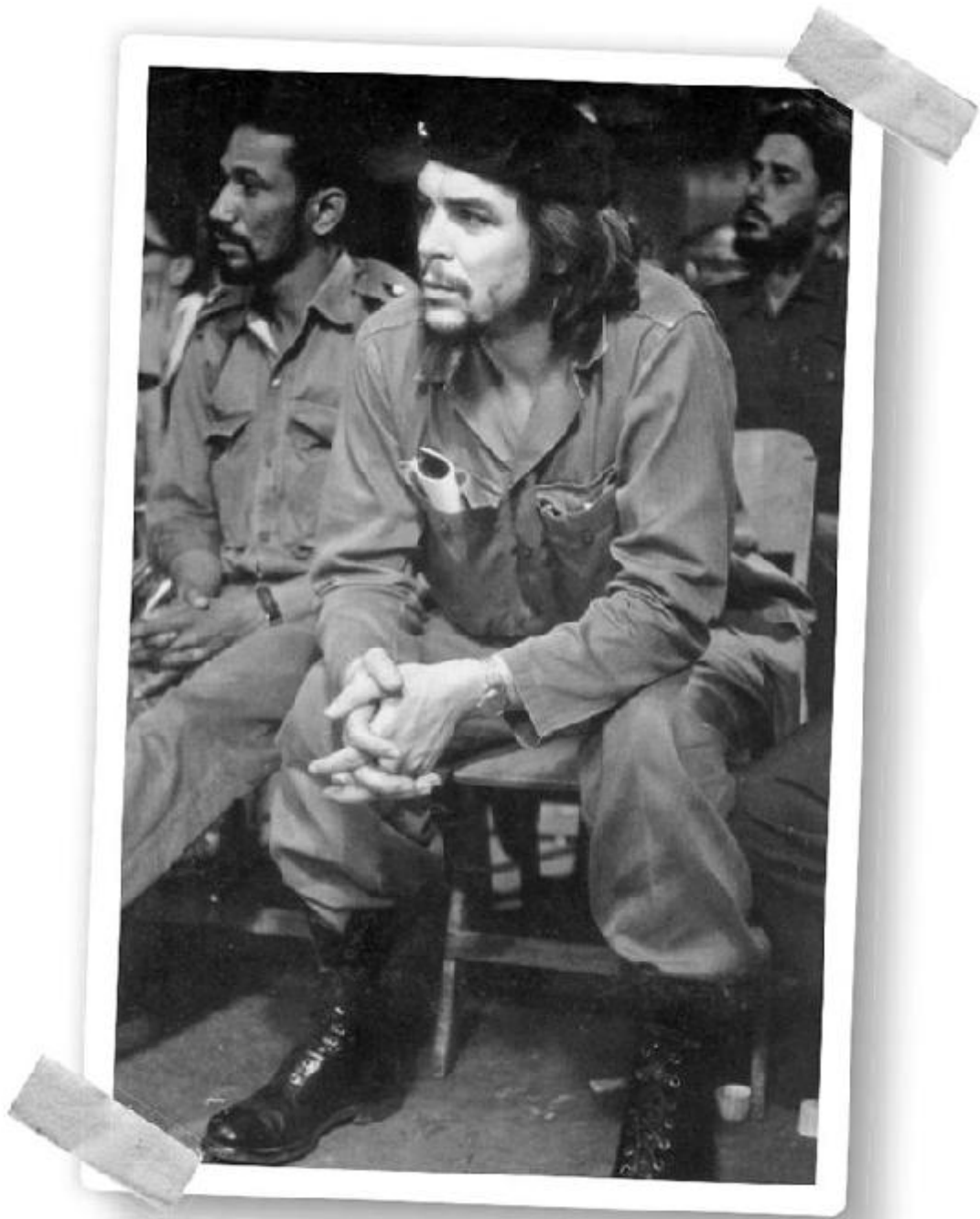
El golf, otra de sus aficiones. (Foto: Korda).



Le fascinaban las armas y odiaba los ascensores.



Uno de los dos sobra. Fidel Castro (derecha) y Ernesto *Che* Guevara.



Fidel lo traicionó. (Foto: Salas).



Segundo pasaporte falso del Che, a nombre de Ramón Benítez. Con él se movería por Bolivia. (Gentileza del ejército boliviano).



Fidel Castro contempla el pasaporte falso del Che (a la derecha). En dicho pasaporte figuraba como *Adolfo Mena*. Con él entró a Bolivia. (Foto: Dindo).



El Che, disfrazado, poco antes de salir para Bolivia.



El Che, con Aleida, el día de su despedida en Cuba.



Autorretrato del Che (irreconocible) en el espejo de su habitación, en el hotel Copacabana, en La Paz (3 de noviembre de 1966).



Camino de la finca de Ñancahuazú, en Bolivia. (Foto: Dindo).



Con el grupo guerrillero, en la finca de Ñancahuazú, en Bolivia (tercero por la derecha). Todavía presentaba la calvicie.



Ernesto Guevara, en el centro, en Bolivia. Para simular la calvicie le fueron arrancados más de veinte mil cabellos, uno a uno.



En la guerrilla, en Bolivia, con los hijos de un campesino.



Extrayendo una muela en el campamento central, en Ñancahuazú, Bolivia. (Foto: Dindo).



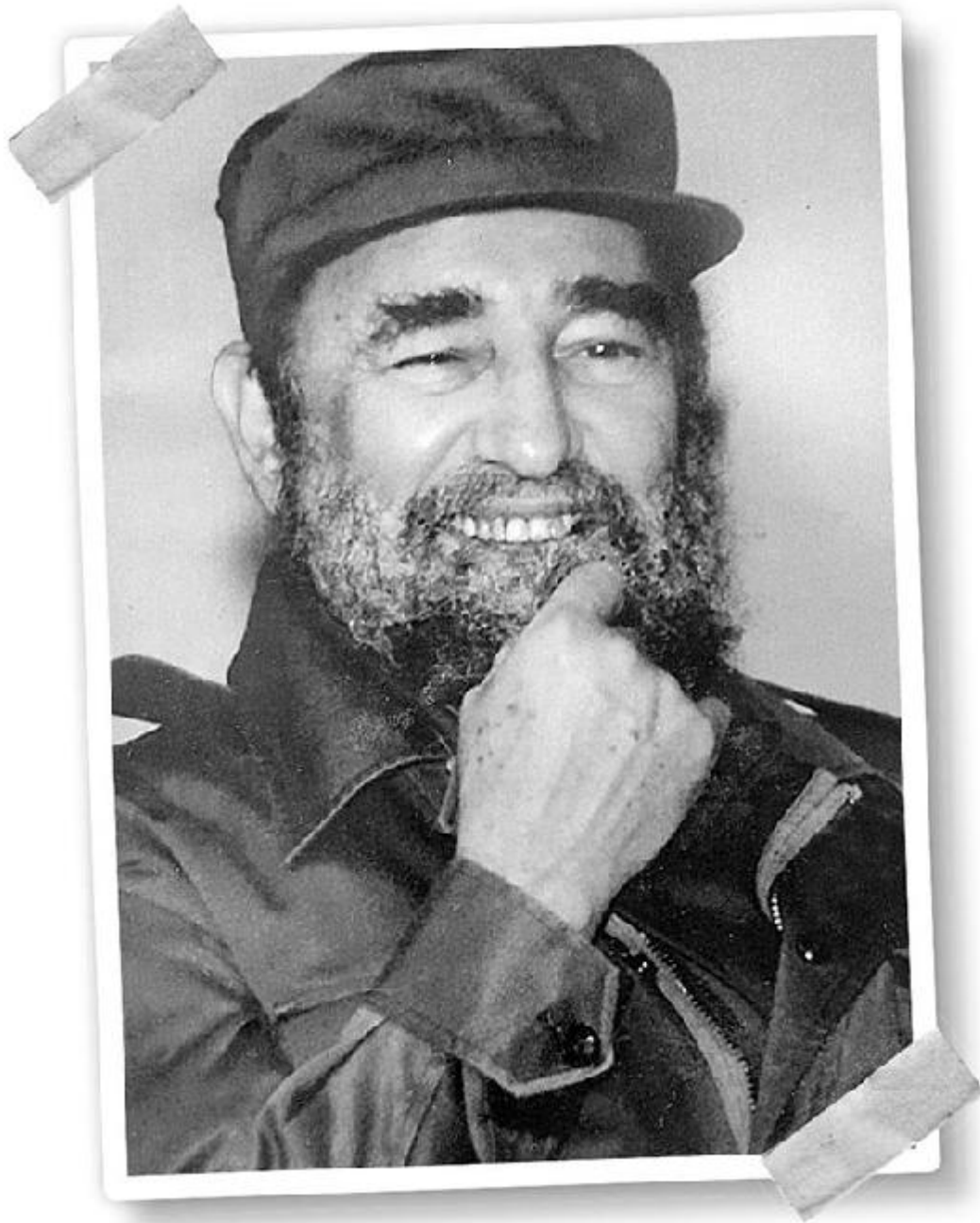
El Che, en el campamento central, en Ñancahuazú, Bolivia. A su izquierda (con gafas), el Chino. (Foto: Dindo).



Durante la larga marcha por el «infierno verde» (Bolivia). (Foto: Dindo).



Los mapas proporcionados por la inteligencia cubana habían sido amañados. El Che y su grupo permanecieron perdidos durante meses.



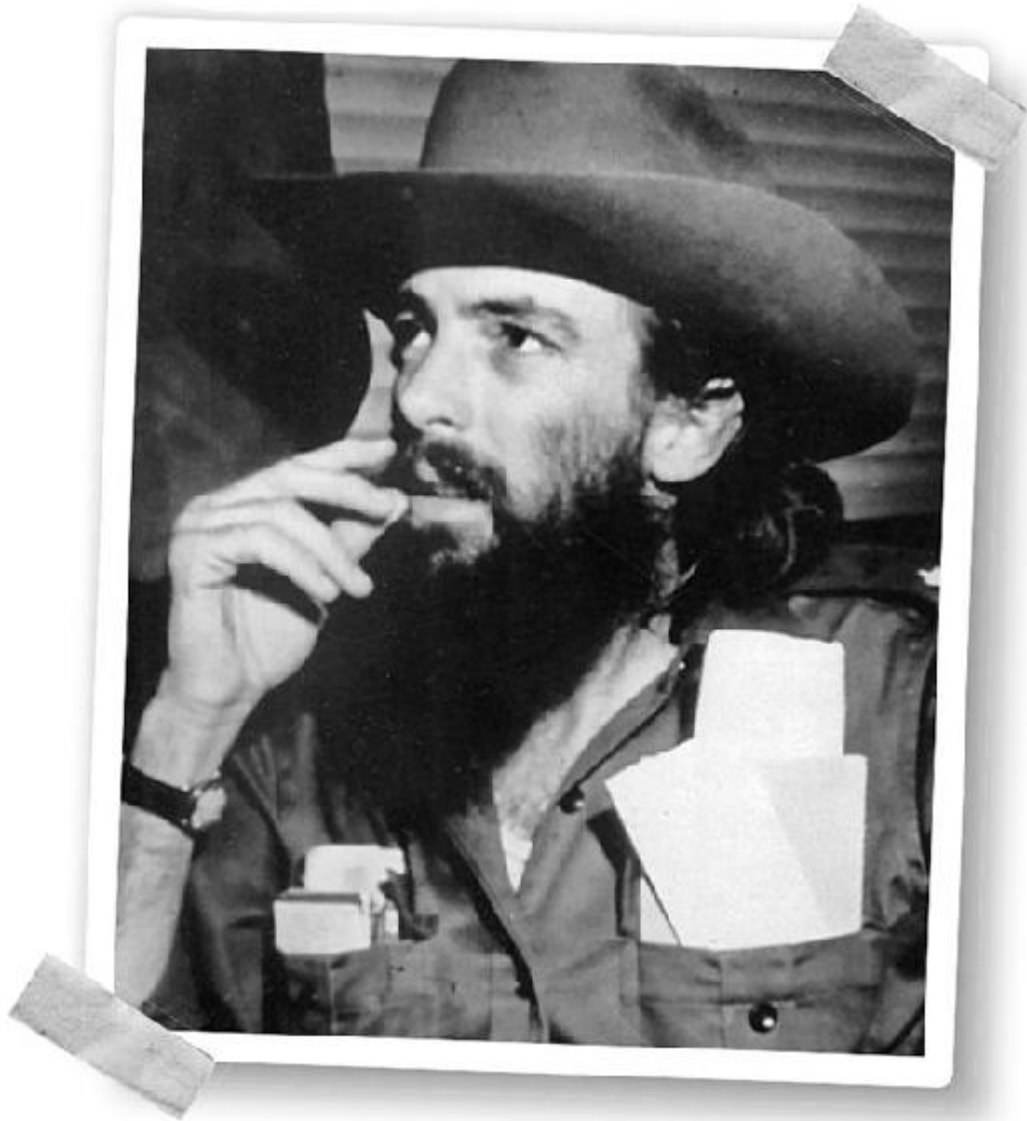
Fidel Castro no perdonó el discurso del Che en Argel, en febrero de 1964. De acuerdo con Moscú decidió eliminar a su «amigo».



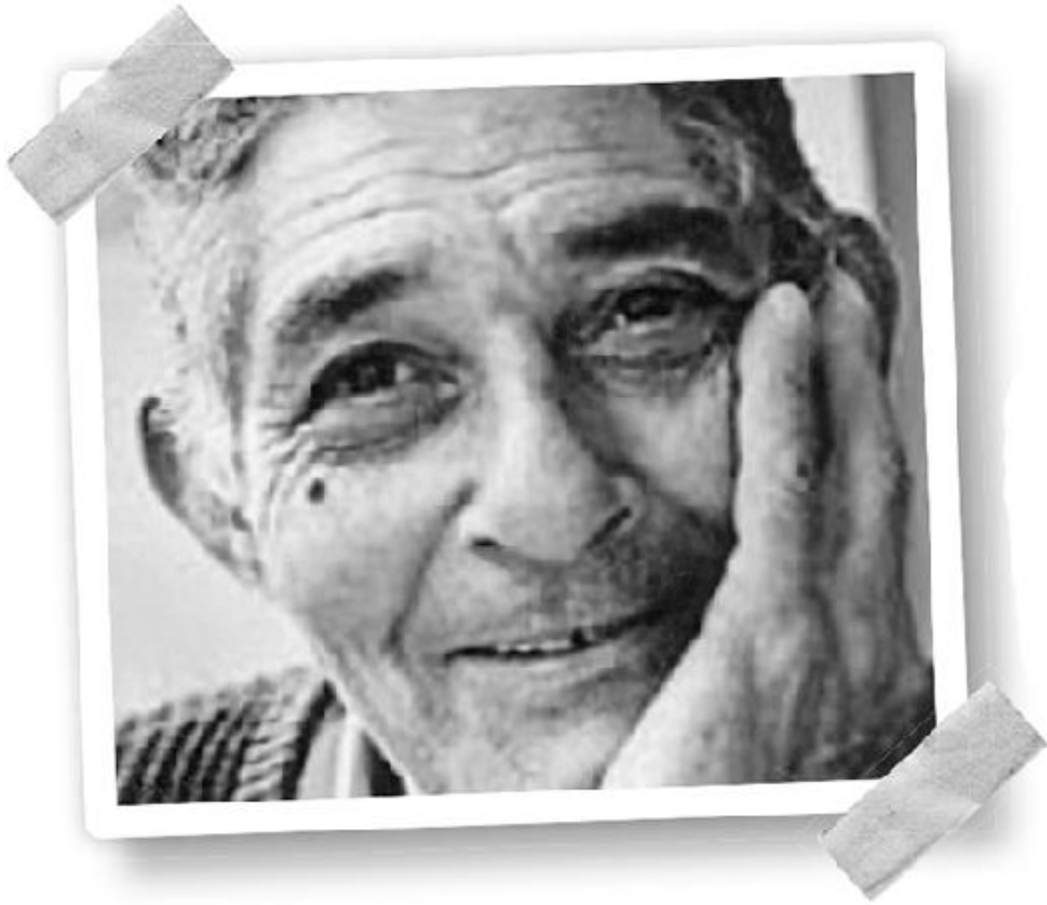
Su afición a las fotografías le perdió. El Che (quinto por la izquierda) en las montañas de Bolivia.



A pesar del asma crónica fumaba sin parar.



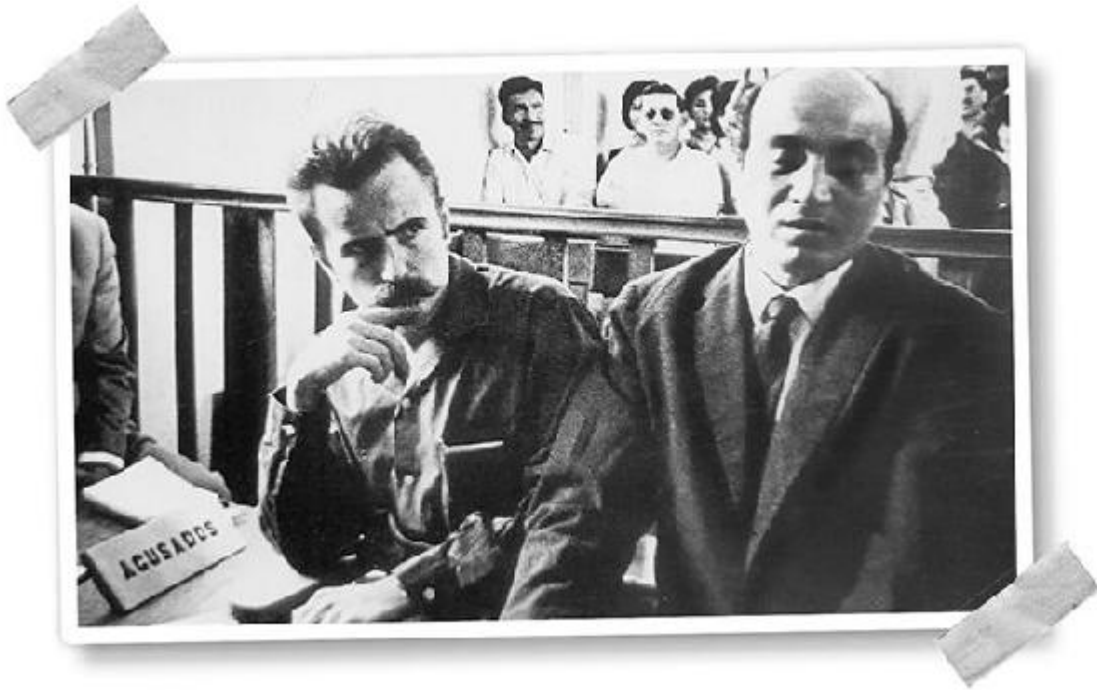
Según confesión del Che, el comandante Cienfuegos fue derribado por la Armada cubana.



Roselló, el guerrillero que acompañó al Che hasta su captura el 8 de octubre de 1967.
(Gentileza de la familia).



Monje, secretario del Partido Comunista de Bolivia en 1967, se negó a prestar ayuda al Che. Huyó a Moscú.



Debray (izquierda) y el argentino Ciro Bustos durante el juicio en Bolivia.



General Barrientos, presidente de la República de Bolivia en 1967.



General Ovando, miembro del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas bolivianas.



General Torres, miembro del Estado Mayor boliviano.



Saturno.



Coronel Andrés Selich, responsable de la fallida cremación del cadáver del Che y de la inhumación de los restos.



Sargento Mario Terán. Ametralló y mató al Che.

RECOMPENSA

**Se ofrece la suma de 50.000.-
Pesos bolivianos (Cincuenta millo-
nes de bolivianos), a quién entregue vivo o muerto, (Preferible-
mente vivo), al guerrillero Ernesto
"Che" Guevara, de quién se sabe
con certeza de que se encuentra
en territorio boliviano.**

Octavilla lanzada por el ejército boliviano en mayo de 1967.



El que fue ministro del Interior en Bolivia —Antonio Arguedas— entregó a Cuba copia del diario del Che y las manos del jefe de la guerrilla.



Capitán Gary Prado, del ejército boliviano. Condujo al Che desde la quebrada del Yuro a la aldea de La Higuera.



Las manos del Che al ser capturado en la mañana del 8 de octubre de 1967. En la jornada del 10, las manos serían amputadas, y conservadas en formol. Años después serían robadas y trasladadas a Cuba.



En el momento de ser apresado, los pies del Che aparecían cubiertos con trapos y cueros.



El Che una hora antes de ser ejecutado en La Higuera.



El Che, en la aldea de La Higuera (Bolivia), poco antes de ser ejecutado. En el camino, desde la quebrada del Yuro, los soldados le robaron los relojes que portaba.



Según los militares bolivianos, al ser capturado, el Che se «ablandó».



Mendi (primero por la izquierda) posa junto al Che frente a la escuela, en la aldea de La Higuera. Una hora después, el guerrillero sería ametrallado por el sargento boliviano Mario Terán. (Gentileza de Mendi).



El cuerpo del Che es trasladado en helicóptero desde La Higuera a Vallegrande.



El cadáver del Che sobre el patín derecho del helicóptero que lo trasladaría desde La Higuera a Vallegrande. (Foto: Niño de Guzmán).



El cadáver del Che en la lavandería del hospital de Nuestro Señor de Malta, en Vallegrande. Cientos de curiosos pasaron ante sus restos. Al pie, uno de los guerrilleros, también muerto.



Tras lavarlo, el cadáver del Che fue examinado por los militares bolivianos.



Solo el ejército boliviano sabe dónde se encuentran los restos de Ernesto Guevara, el *Che*.



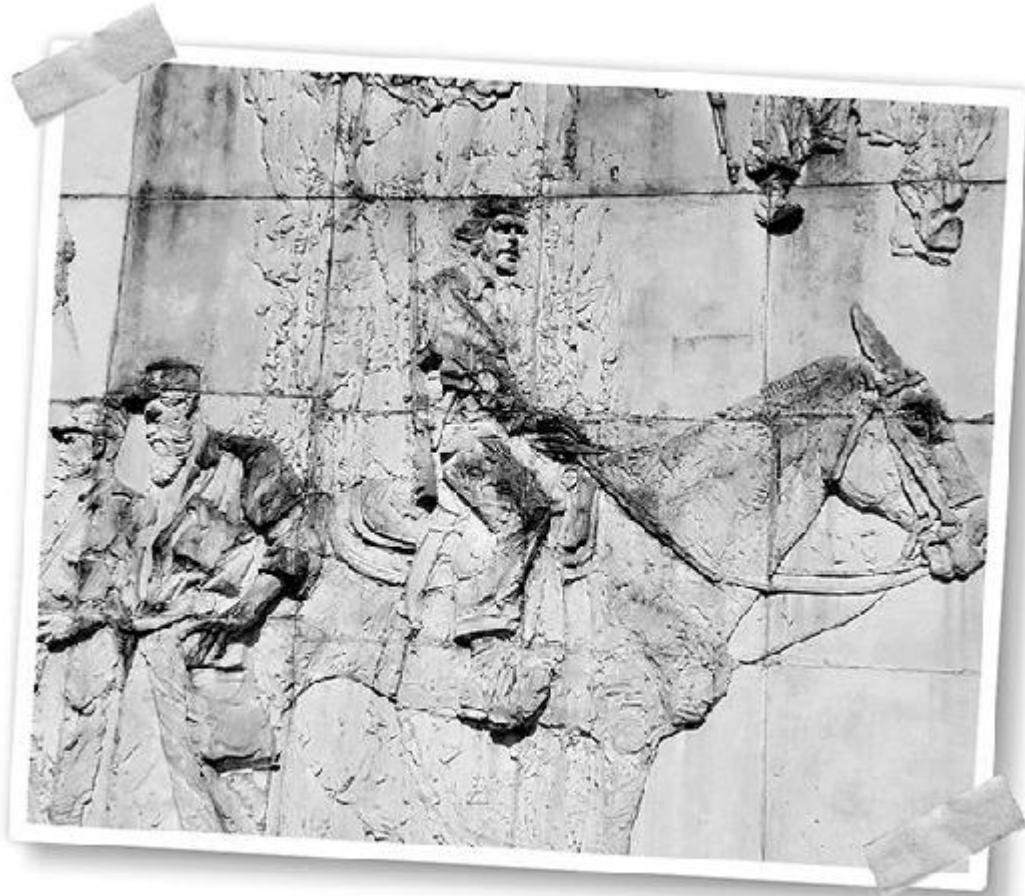
Instrumental utilizado para examinar el cadáver del Che en el hospital de Nuestro Señor de Malta, en Vallegrande (Bolivia). (Foto: Blanca).



Restos del supuesto Che, desenterrados en julio de 1997 en Vallegrande.



El ataúd, con los supuestos restos del Che, fue trasladado a Cuba y enterrado en la ciudad de Santa Clara.



Relieve en piedra del Che (memorial del Che Guevara en Santa Clara). (Foto: Blanca).



Estatua de Ernesto Guevara de la Serna en Santa Clara (Cuba). (Foto: Blanca).



Juanjo Benítez en la casa de Aleida March, segunda esposa del Che, en noviembre de 2016. (Foto: Blanca).



Blanca en el Museo del Che, en La Cabaña (La Habana). (Foto: J. J. Benítez).



Mendi (izquierda) con J. J. Benítez, en 2011. (Foto: Blanca).



Mendi, exagente de la CIA. (Gentileza de la familia).



El ministro de Cultura de Bolivia, Marko Machicao, en el momento de la entrega de los diarios del Che a J. J. Benítez. (Foto: Blanca).

Retratos de algunos de los guerrilleros del Che, dibujados por el argentino Ciro Bustos. (Cortesía del ejército boliviano).



Pombo.



Urbano.



El Chino.



Pedro.



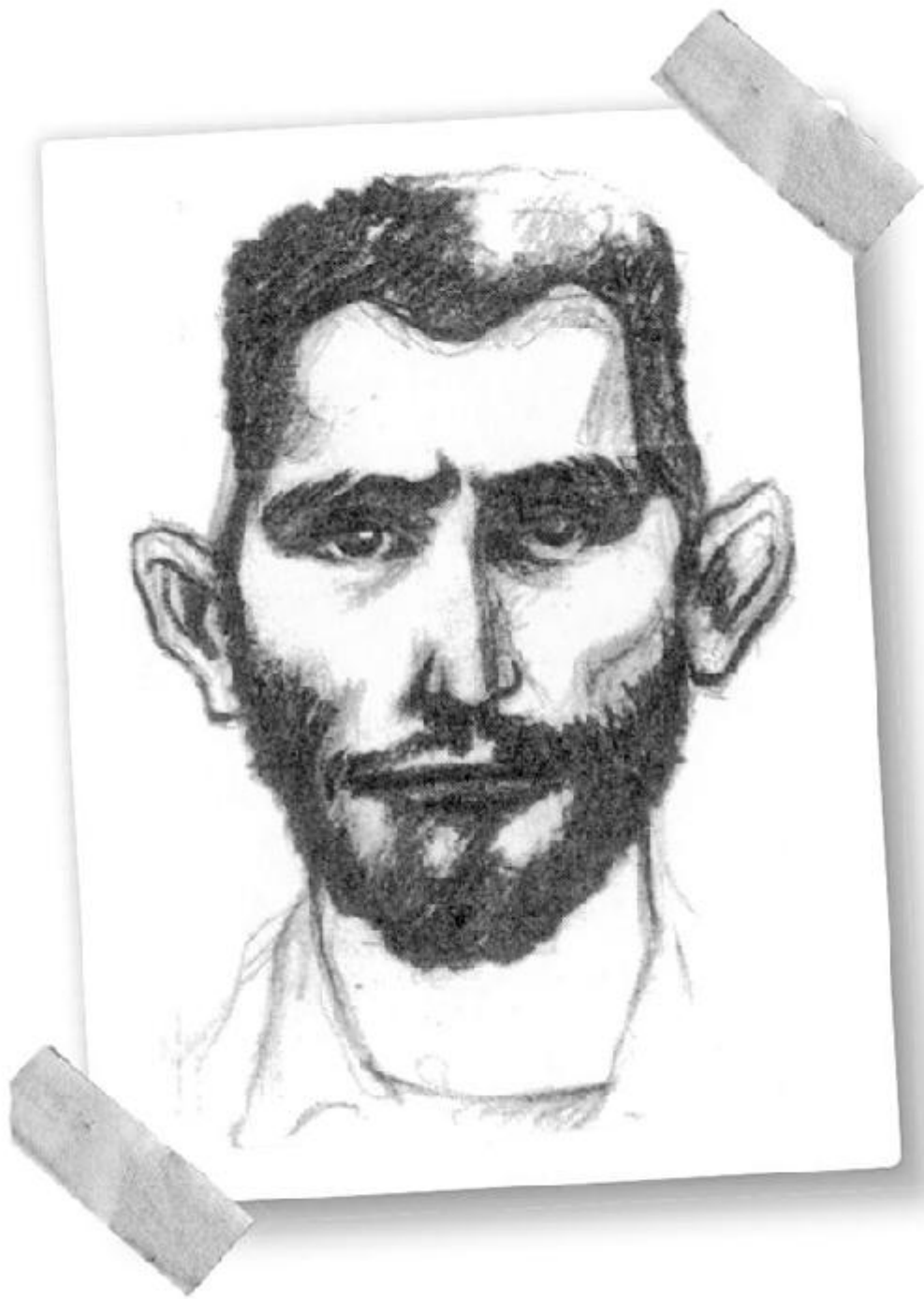
Ricardo.



Marcos.



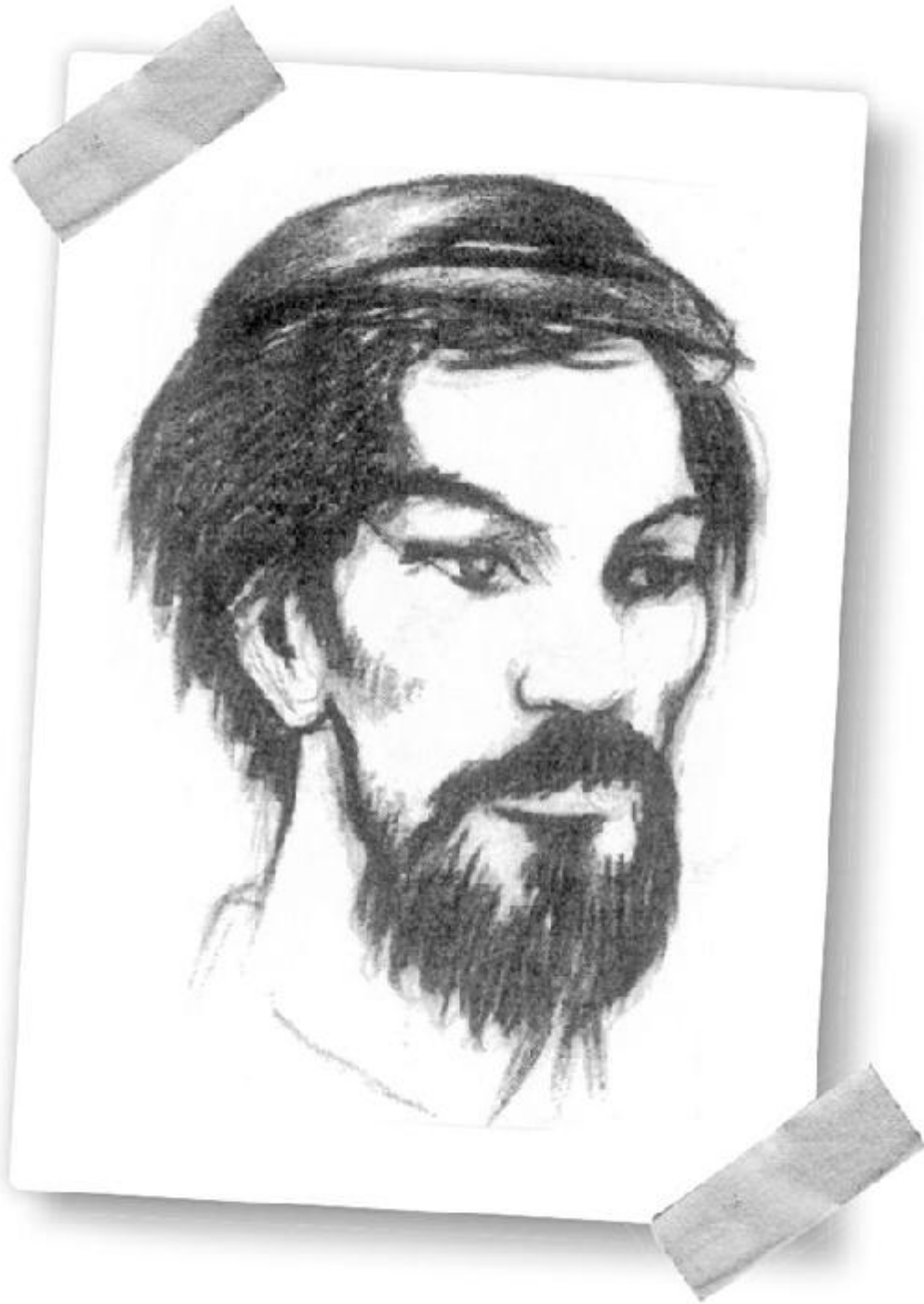
El Negro.



Chapaco.



Mora.



Ñato.



Andrés.



Pacho.

Las presentes 32 imágenes de los guerrilleros que acompañaron al Che en Bolivia fueron proporcionadas por la Editora Política del

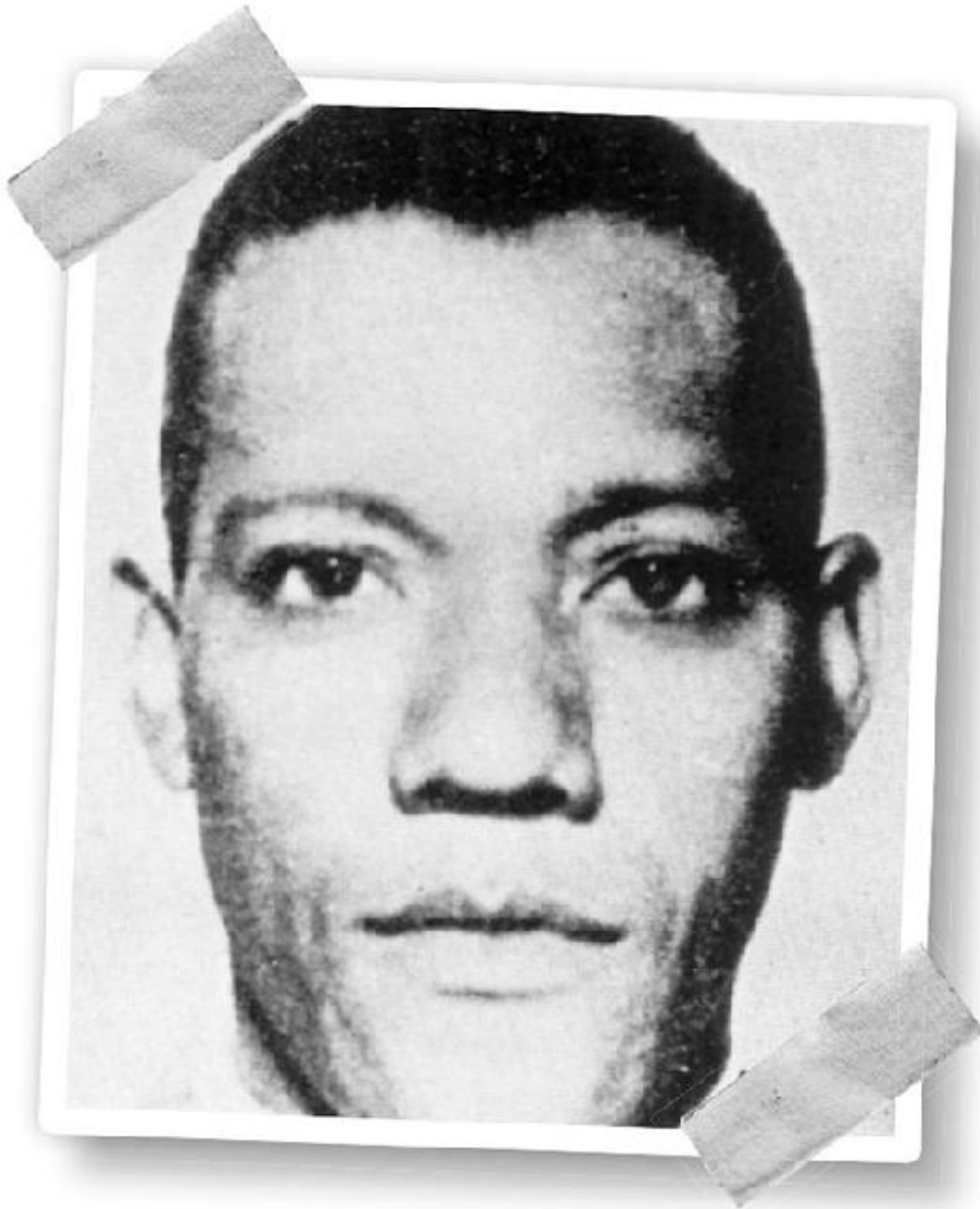
Partido Comunista Cubano.



La bella Tania, agente triple.



Juan Acuña, *Joaquín* (cubano).



Israel Reyes, alias *Braulio* (cubano).



David Adriazola, *Darío* (boliviano).



Serapio Aquino, *Serafin* (boliviano).



Jorge Vázquez, alias *Bigotes* y el *Loro* (boliviano).



Juan Pablo Chang, *el Chino* (peruano).



Harry Villegas, *Pombo* (cubano).



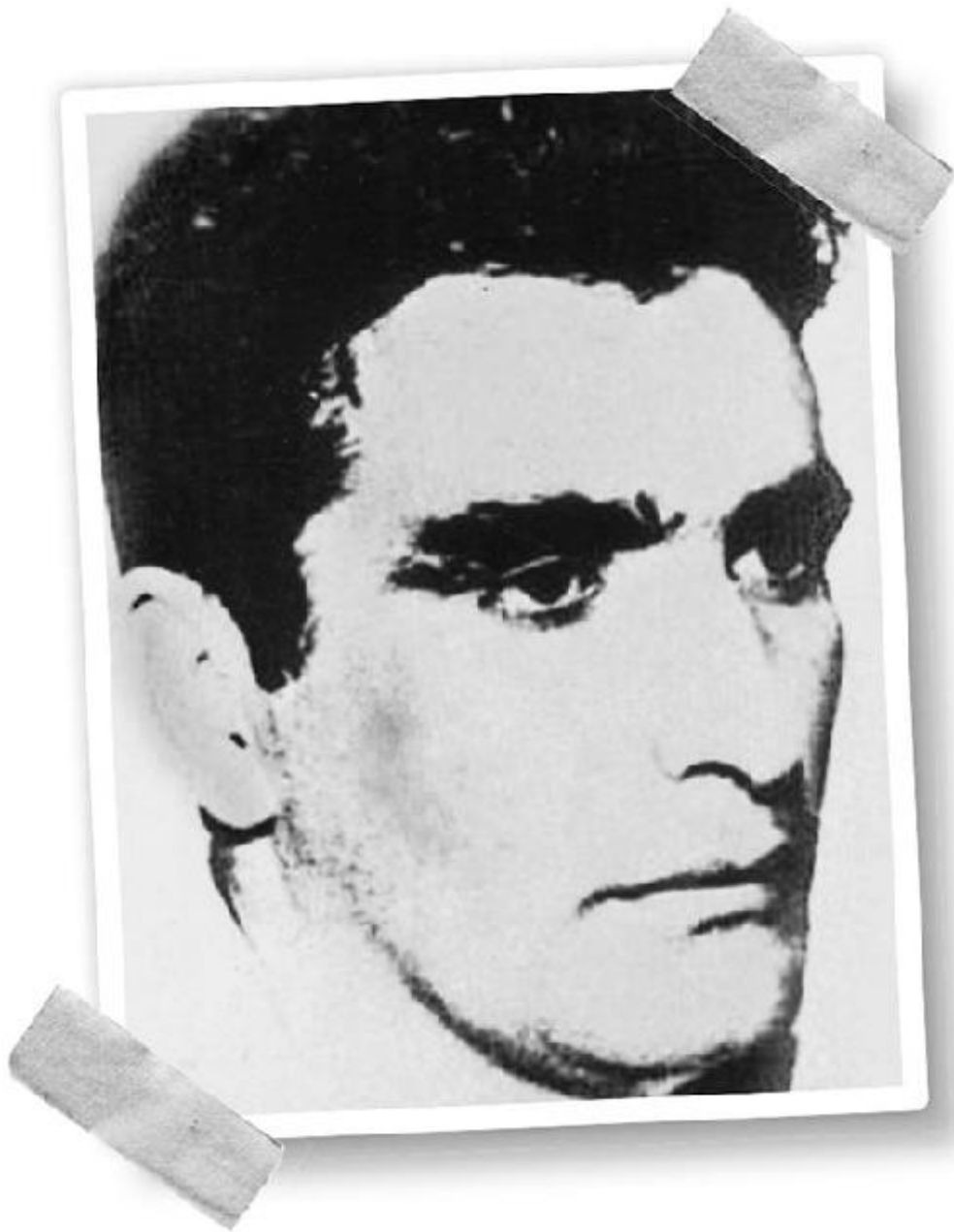
Lorgio Vaca, *Carlos* (boliviano).



Jesús Suárez, alias *Félix* y *el Rubio* (cubano).



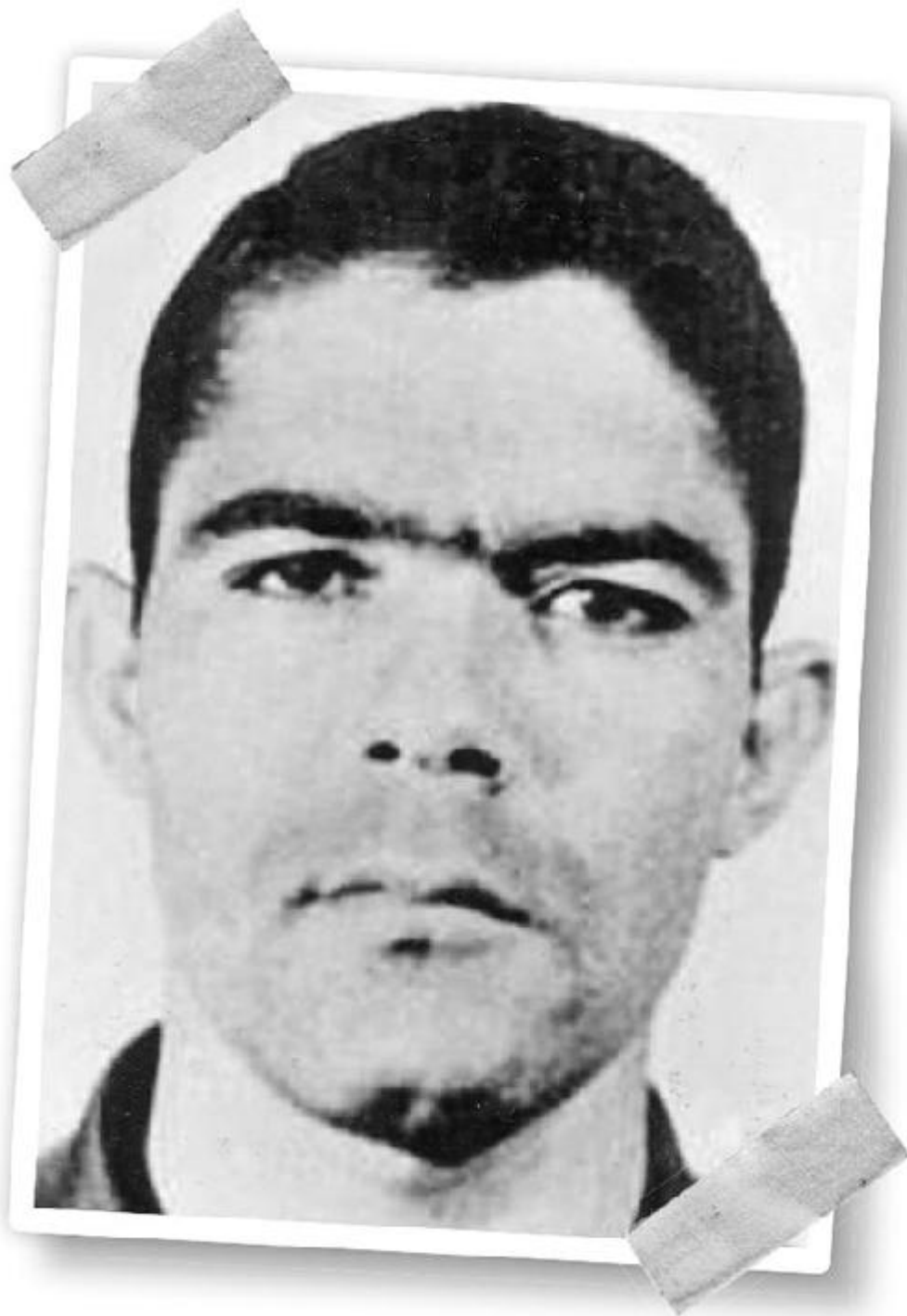
Raúl Quispaya, *Raúl* (boliviano).



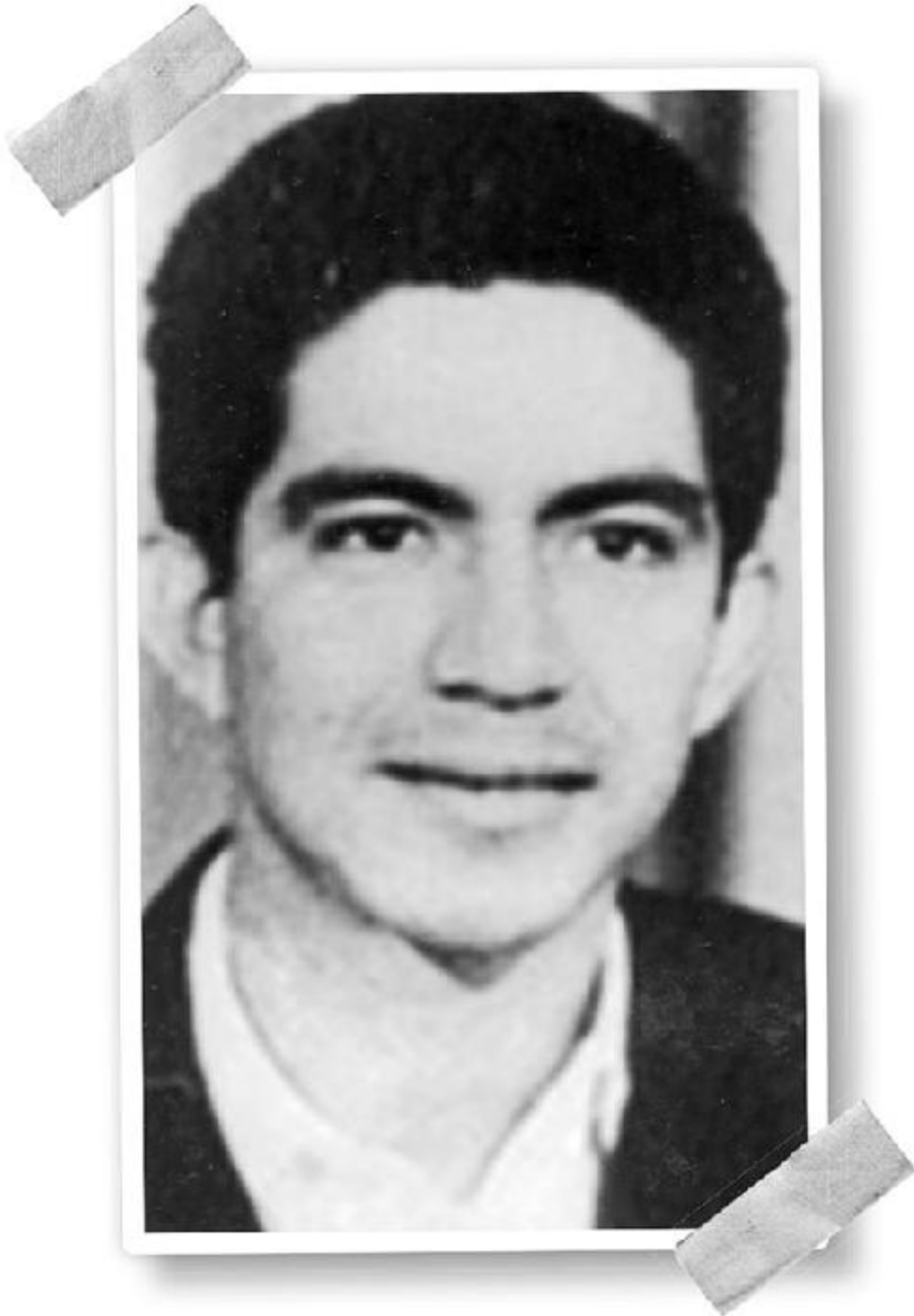
Álvaro Peredo, *Inti* (boliviano).



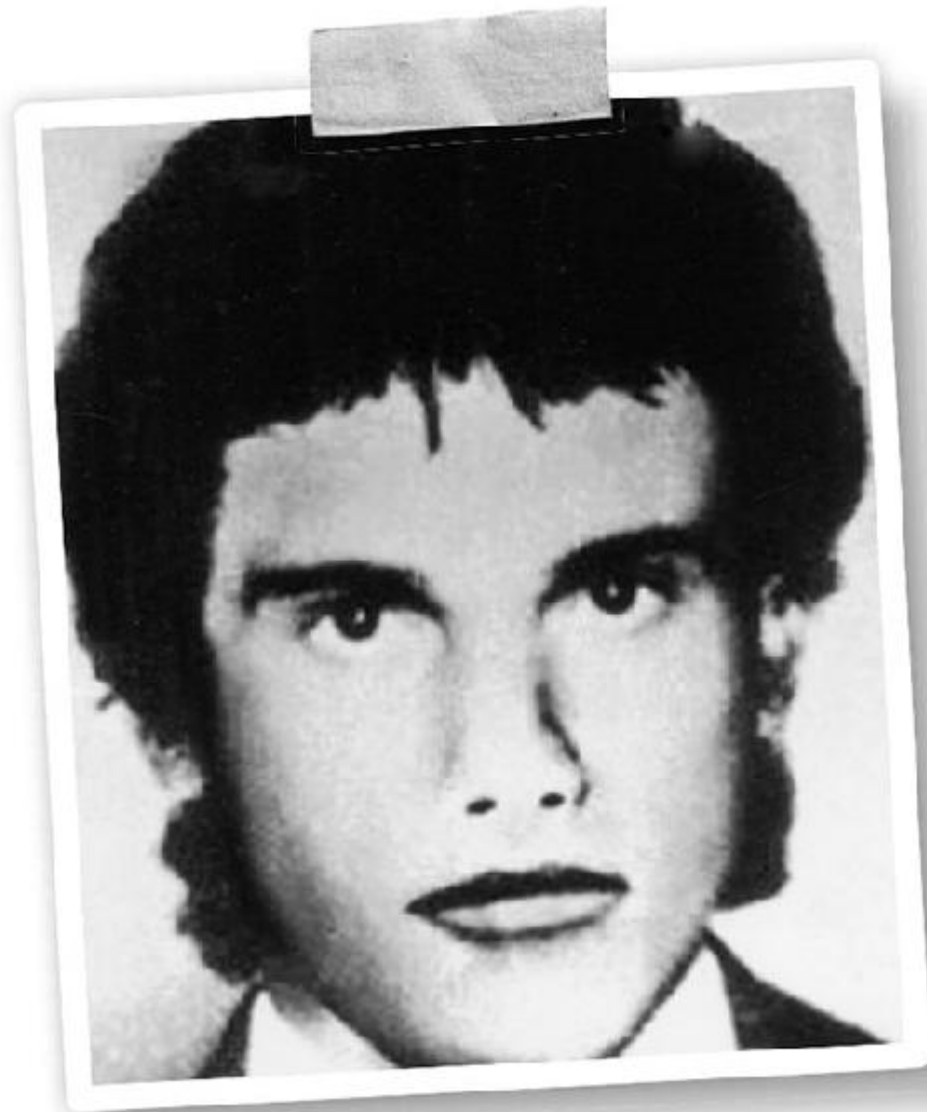
Freddy Maymura, alias *Médico* (boliviano).



José M. Martínez Tamayo, alias *Papi* (cubano).



Mario Gutiérrez, *Julio* (boliviano).



Francisco Huanca, *Pablo* (boliviano).



Manuel Hernández, alias *Miguel* (cubano).



Walter Arancibia, *Walter* (boliviano).



Carlos Coello, *Tuma* (cubano).



Restituto José Cabrera, alias *Médico* y *el Negro* (peruano).



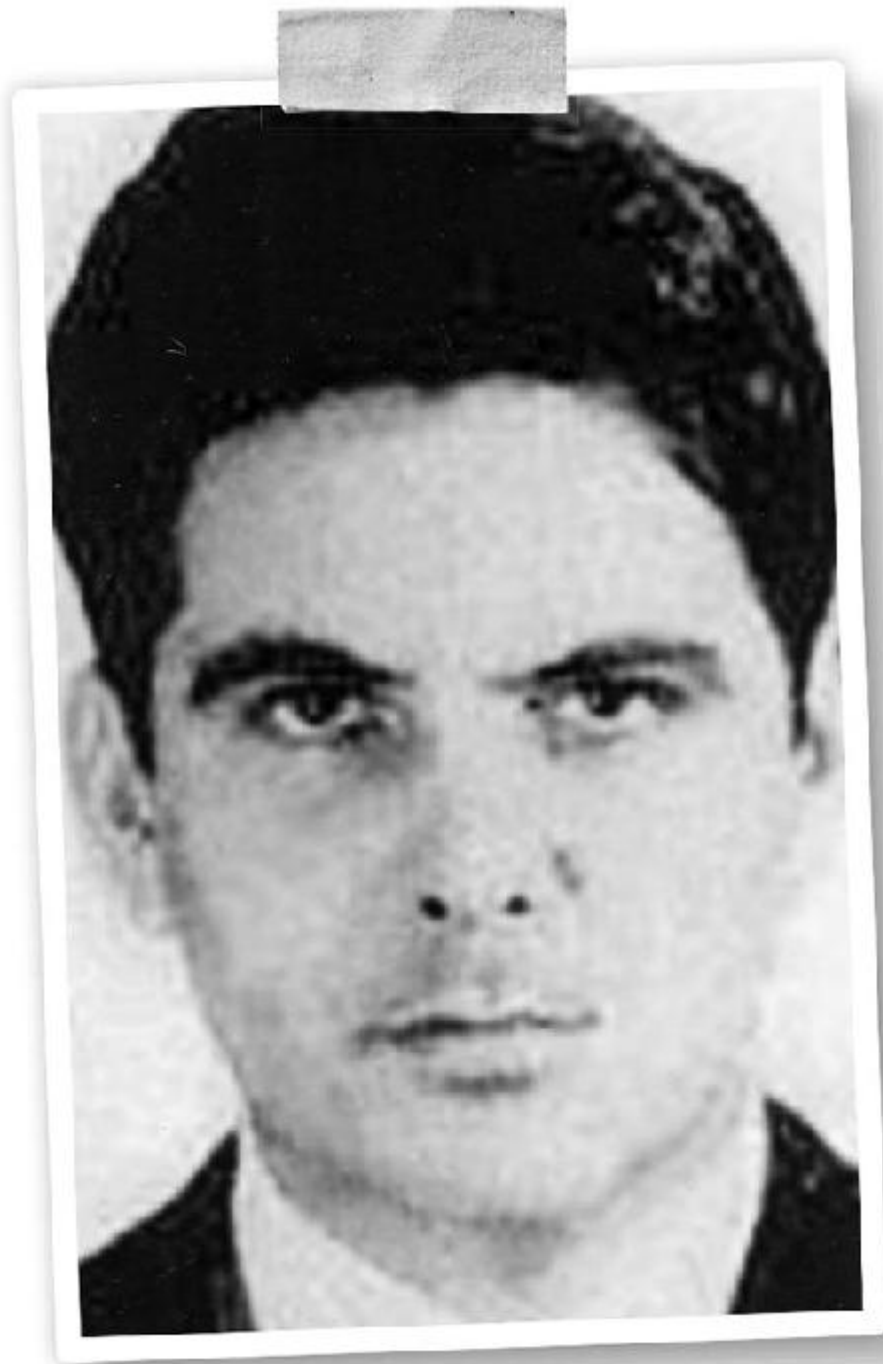
Benjamín Coronado, alias *Benjamín* (boliviano).



Octavio de la Concepción de la Pedraja, *Moro* (cubano).



Moisés Guevara, *Moisés* (boliviano).



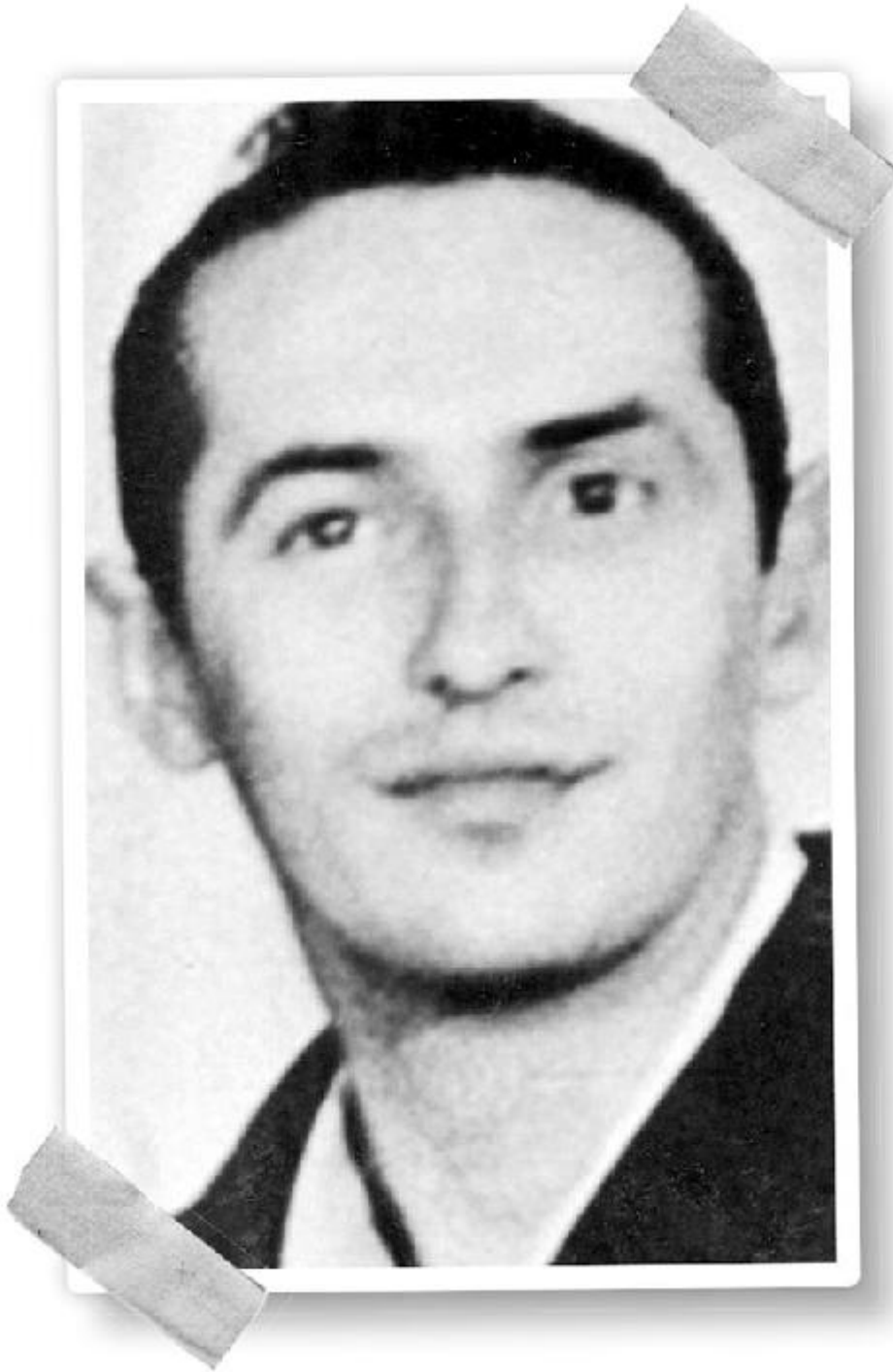
Alberto Fernández Montes de Oca, alias *Pacho* (cubano).



Apolinar Aquino, *Polo* (boliviano).



Gustavo Machín, alias *Alejandro* (cubano).



Jaime Arana, *Chapaco* (boliviano).



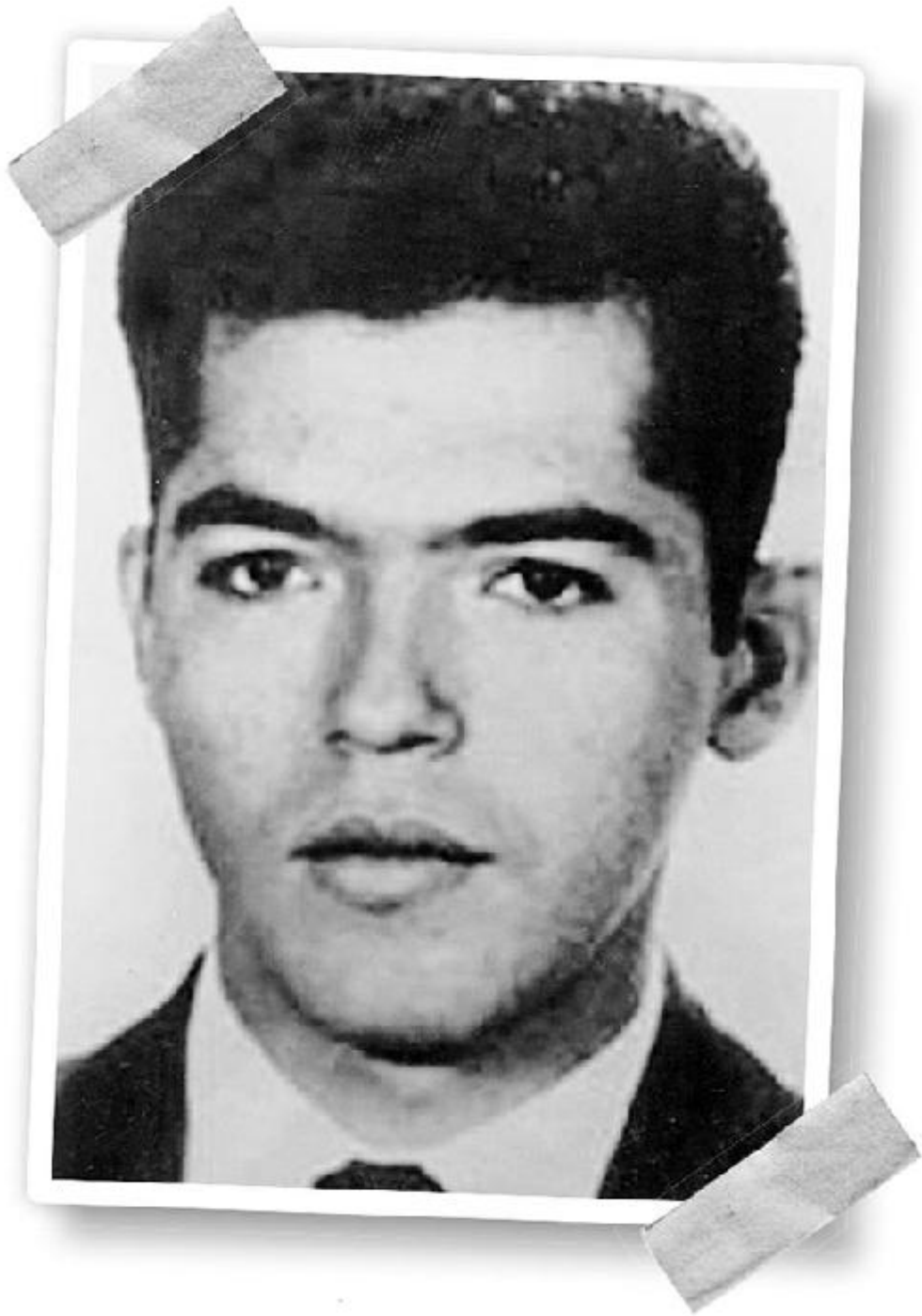
Roberto Peredo, Coco (boliviano).



Antonio Sánchez, alias *Pinares* (cubano).



Eliseo Reyes, alias *Rolando* (cubano).



René Martínez, alias *Arturo* (cubano).



Simón Cuba, alias *Willy* (boliviano).

Notas

[1] Recuerdo a los siguientes: teniente médico Octavio de la Concepción, Harry Villegas, Tamayo, René Martínez (capitán), Carlos Coello (teniente), Montes de Oca, Olo Pantoja, Eliseo Reyes, Jesús Suárez (capitán), Manuel H. Osorio (capitán) y los comandantes Sánchez Díaz, Juan Vitalio, Gustavo Machín y Martínez Tamayo. <<

[2] La referida enfermera se quedó con los tres pares de calcetines que presentaba el Che en los pies. «Unas medias —manifestó Osinagas— eran azules, otras de color café y las terceras aparecían rayaditas». (N. del a.). <<

[3] En julio de 1997 fueron desenterrados en las proximidades del aeródromo de Vallegrande, en Bolivia, los restos de siete varones. Según los cubanos que participaron en la exhumación, uno de los esqueletos —al que le faltaban las manos— pertenecía a Ernesto Guevara. Los otros cuerpos eran de los guerrilleros muertos en la quebrada del Yuro. Los restos fueron trasladados a Cuba. Los cubanos prometieron analizar los restos y hacer público el ADN del supuesto esqueleto del Che. El citado ADN nunca se dio a conocer. En consecuencia, si lo aportado por mis fuentes es cierto, **los restos del Che siguen en Bolivia.** (N. del a.). <<